TRESCIENTAS NUEVE NOVELAS

VOL. I

Franco Sacchetti

Proemio

Considerando el tiempo presente y la condición de la vida humana, que a menudo está contaminada con enfermedades pestilentes y muertes oscuras; y viendo cuantas ruinas con cuantas guerras civiles y patrias habitan en ella; y pensando cuántos pueblos y familias por esta razón han venido en condiciones pobres e infelices y con cuánto sudor amargo han de sufrir miseria, donde sienten que ha pasado su vida; y todavía imaginando cómo la gente está ansiosa por escuchar cosas nuevas, y especialmente de aquellas lecturas que son fáciles de entender, y sobre todo cuando dan consuelo, por lo que se mezclan algunas risas entre muchos dolores; y finalmente refiriéndose al excelente poeta florentino Messer Giovanni Boccacci, quien calificando el libro de las Cien Novelas como cosa material, en cuanto a su noble ingenio... que se populariza y pide... que hasta Francia e Inglaterra la se han reducido a su lengua, y grand...así; Yo, Franco Sacchetti, un florentino, como hombre tosco y corpulento, me propuse escribir esta obra y recopilar todos aquellos cuentos, tanto antiguos como modernos, de diferentes formas para la época, y alguno más que vi y estuve presente. y algunos de los que se me han ocurrido a mí mismo.

Y no es de extrañar si la mayoría de dichos cuentos son florentinos... que yo estaba cerca de esos... y si no más cerca del hecho... y porque tratarán de... condiciones de las personas , como de ... marqueses y condes y caballeros, y de ... grandes y pequeños, y así de mujeres grandes, medianas y menores, y de cualquier otra generación; no obstante en las obras magnificas y virtuosas se especificarán los nombres de los tales; en los miserables y vituperios, donde tocan a hombres de gran negocio o estado, pues mejor se callarán sus nombres; tomando el ejemplo del común poeta florentino Dante, que cuando tenía que tratar de las virtudes y elogios de los demás, hablaba, y cuando tenía que hablar de los vicios y culpas de los demás, hacía hablar a los espíritus.

Y porque muchos, y especialmente aquellos a quienes les toca el disgusto, tal vez dirán, como suele decirse: "estos son cuentos de hadas", a esto respondo que tal vez los haya, pero en verdad me he esforzado en componerlos. Bien podría ser, como se encuentra a menudo, que una novela se titule en Juan, y uno diga:

ella intervino con Piero; esto sería un pequeño error, pero no sería que lahistoria no hubiera sido. Y otros pueden decir...

NOTICIAS II

El rey Federigo de Sicilia es atravesado por una hermosa historia de Ser Mazzeo, el boticario de Palermo.

El rey Federigo de Sicilia era de espíritu valeroso y bondadoso en cuyo tiempo fue boticario en Palermo, llamado ser Mazzeo, que tenía la costumbre todos los años en la época de los cernianos, con el pelo peinado en la gorra, poner una servilleta alrededor de su cuello y traer al rey cedros en un plato con una mano y manzanas con la otra; y el rey recibió este regalo graciosamente.

Sucedió que este Ser Mazzeo, al llegar a la vejez, comenzó a vacilar un poco, y no tanto, sin embargo, que no se siguiera el hábito actual de hacer. Entre otras veces, después de peinarse muy bien, y de arreglarse el pelo por debajo de la gorra, quitaba la servilleta y los platos de los limones y las manzanas para hacer lo de siempre; y partiendo, llegó a la puerta del palacio del rey.

El portero, al verlo, empezó a burlarse de él ya tirarle de la gorra; y contendiendo con él, y otro lo tiraba en otra dirección, porque casi lo dejaban sin sentido; y así, habiéndole dado el camino, ahora por uno y ahora por otro, fue tan jalado y pulido que toda su cabeza fue tragada; y con todo esto, se las arregló para poner a salvo el presente también, presentándose ante el rey con la debida reverencia. El rey, al verlo así protegido, dijo:

- Ser Mazzeo, ¿qué significa eso de que estás tan envuelto?

Ser Mazzeo respondió:

- Monseñor, él es lo que quiere.

El rey dijo:

- ¿Como es?

Ser Mazzeo dijo:

- ¿Sabes cuál es la historia más hermosa de la Biblia?

El rey, que estaba muy bien informado al respecto, respondió:

- Hay muchos, pero el grado superlativo no sé cuál.

Entonces Ser Mazzeo dijo:

- Si me das permiso, te lo digo.

El rey respondió:

- Definitivamente di lo que quieras.

Y Ser Mazzeo dice:

- Monseñor el Rey, la historia más hermosa que existe en toda la Biblia es cuando la Reina de Saba, oyendo la admirable sabiduría de Salamón, partió de lejos para ir a ver sus tierras ya él en Egipto; la cual, al llegar a las tierras gobernadas por Salamone, halló todo tan razonablemente dispuesto que cuanto más veía, más se maravillaba, y más se inflamaba de ver a Salamone, tanto que, llegando a la ciudad principal, alcanzaba su palacio, y andando paso a paso mirando todo y considerando todo, vio a sus criados y súbditos muy ordenados y bien educados; tanto que, habiendo llegado al gran salón, hizo que Salamone le dijera cómo estaba y por qué había venido allí. Y Salamone salió inmediatamente de la habitación y se reunió con él; el cual, al ver a dicha reina, cayó de rodillas, diciendo en voz alta: "Oh rey sapientísimo, bendito sea el vientre que llevó tanta prudencia como reina en ti".

Y aquí se quedó Ser Mazzeo.

Entonces el rey Federico dijo:

- Bueno, ¿qué quieres decir, ser Mazzeo?

Y Ser Mazzeo respondió:

- Monseñor lo re, quiero decir que si esta reina entendió bien, por el orden y costumbres de las tierras y de los súbditos de Salamone, fue el hombre más sabio del mundo; De la misma manera puedo considerarte el rey más loco que vive, pensando que yo, tu siervo más pequeño, viniendo con este regalo acostumbrado a tu majestad, tus siervos igualan la ceniza como puedes ver.

El rey, viendo y considerando a Ser Mazzeo, lo consoló con palabras, queriendo saber quién y cómo había sido, los trajo ante él, y los corrigió y castigó ante Ser Mazzeo, y los expulsó de su servicio; ordenando a todos los demás que cuando Ser Mazzeo quisiera venir a él, nunca habría una puerta para él

retuvo y siempre le hizo honor: y así continuaron haciéndolo, maravillados por el fin de tan notable historia, contada a propósito para un anciano al que ya le faltaba la razón. Este Ser Mazzeo fue la razón, con su dicho, de que desde entonces este rey mantuvo a su familia en mucho mejor estado que antes: y a veces es necesario que se encuentren hombres de esta forma.

NOVELA III

Parcitizen of Linari winnower se convierte en un hombre de la corte y va a ver al rey Eduardo de Inglaterra, quien, elogiándolo, tiene muchas batallas con él y luego, culpándolo, recibe un regalo.

El rey Eduardo el Viejo de Inglaterra fue rey de gran virtud y fama, y fue tan discreto que la presente historia lo demostrará parcialmente. En su tiempo, por lo tanto, había un aventador en Linari en Valdensa en el campo de Florencia, que tenía el nombre de Parcittadino. A este hombre le vino la voluntad de dejar todo zarandeo y ser hombre de corte, y en esto se hizo muy experimentado; y así experimentando él mismo en el arte cortesano, le vino una gran voluntad de ir a ver al dicho Rey Eduardo; y no sine quare, sino porque había oído hablar mucho de sus magnanimidades, y especialmente hacia sus compañeros. Y pensando así, una mañana emprendió su camino, y no se detuvo hasta llegar a la ciudad de Londres en Inglaterra, donde se hospedaba el rey; y llegando al palacio real, donde moraba dicho rey, pasando de puerta en puerta, llegó al salón donde el rey tenía su residencia la mayor parte del tiempo; y lo encuentro apto para jugar al ajedrez con e

Parcitizen, habiendo llegado ante el rey, arrodillándose con las reverentes recomendaciones, aquella vista o aquel cambio hizo al rey hacer como antes de llegar: de lo cual Parcitizen permaneció por un gran espacio de esta manera. Y viendo que el rey no hacía nada, se puso de pie y comenzó a decir:

- Bendita sea la hora y el punto que me trajo aquí, y donde siempre he deseado, esto es, ver al rey más noble y más prudente y más valeroso que hay entre los cristianos; y en verdad puedo jactarme más que nada de mis iguales, ya que estoy en un lugar donde veo la flor de todos los otros reyes. ¡Oh cuánta gloria me ha concedido la fortuna! porque hoy, si yo fuera a morir, con poca pena iría a ese paso, ya que estoy ante aquella corona serena que como un imán atrae al hierro, así con su virtud atrae a cada uno con deseo de ver su dignidad.

Tan pronto como Parcitizen hubo pronunciado su sermón hasta aquí, el rey se levantó del juego y agarró a Parcitizen, y con puñaladas y patadas, tirándolo al suelo,

le dio tanto que lo golpeó todo; y hecho esto, inmediatamente volvió al juego de ajedrez. Muy triste Parcitizen, levantándose del suelo en cuanto supo dónde estaba; pareciendo haber gastado mal sus pasos, y lo mismo las alabanzas dadas al rey, quedó como un desgraciado, sin saber qué hacer. Y tomando un poco de ánimo, quiso probar si diciendo lo contrario al rey, más le siguiera, ya que por hablar bien estaba mal cogido; empezando a decir:

- Maldita sea la hora y el día que me trajo a este lugar, que creyendo haber venido a ver a un rey noble, como resuena la fama, y he venido a ver a un rey ingrato e ignorante: creí haber venido a ver a un rey virtuoso, y he venido a ver a un rey vicioso: pensó que había venido a ver a un rey discreto y sincero, y he venido a ver a un rey maligno, lleno de iniquidad: creyó haber venido a ver una corona santa y justa, y he visto a éste que da mal por bien; y la prueba lo prueba, que mi criaturita, engrandeciéndola y honrándola, me tiene de tal manera que no sé si alguna vez podré volver a zarandear, si alguna vez me convendría volver a mi profesión antigua.

El rey se levantó la segunda vez más furioso que la primera, y fue a una puerta y llamó a uno de sus barones. Al ver a este Parciudadano, no se debe preguntar en qué se convirtió, ya que parecía un cadáver que temblaba, y el rey le aconsejó que lo matara; y cuando oyó al rey llamar a aquel barón, creyó llamar a algún justiciero para que lo crucificase.

Cuando el barón fue llamado por el rey, el rey le dijo:

- Anda, dale mi manto a este hombre, y págale por la verdad, porque bien le he pagado por la mentira.

En seguida fue el barón y trajo a Parcittadino una de las más adornadas vestiduras reales que tenía el rey, con tantos botones de perlas y piedras preciosas, que sin los puñetazos y patadas que tenía, valía trescientos florines y más. Y el ciudadano aún sospechando que esa cosa no era una serpiente o badalischio que lo estaba mordiendo, lo recibió a tientas. Entonces se tranquilizó y se lo puso, y se presentó ante el rey, diciendo:

- Santa corona, si quieres pagarme de esta manera mis mentiras, rara vez diré la verdad.

Y conoció al rey por lo que había oído, y el rey se alegró más que él.

Después de haber hecho lo que le agradaba, se despidió y partió para el rey, siguiendo su camino a Lombardía; donde fue a buscar a todos los señores, contando esta historia, que le valió más de trescientos florines; y volvio a entrar Toscana, y fue a ver a sus parientes niñera con esas cosas
Linari, todo polvoriento de tamizar y pobre; quien maravillado,
Partitadino les dijo:

- Entre muchos puñetazos y patadas yo estaba en el suelo, luego tuve esto en Inglaterra.

E hizo bien a muchos de ellos; luego se fue y fue a procurar su fortuna.

Esto era algo tan bueno para un rey como podía serlo. ¿Y cuántos hay que, siendo alabados como este rey, no han hinchado las mejillas de orgullo? Y sabiendo que se merecía ese elogio, quiso demostrar que no era cierto, usando tanta discreción al final. Muy ignorantes, siendo alabados en su presencia por caminos piadosos, lo creerán; él, siendo valiente, quisodemostrar lo contrario.

NOVELA IV

Messer Bernabò, señor de Melano, manda a un abad a aclararle cuatro cosas imposibles; delas cuales un molinero, vestido con la ropa del abad, se las aclara en la forma que él sigue siendo abad y el abad sigue siendo molinero.

Messer Bernabò señor de Melano, siendo apuñalado por un molinero con buenas razones, le hizo un regalo de gran provecho. Este señor en su tiempo fue reducido más que ningún otro señor; y cruel como era, sin embargo, en sus crueldades tenía mucha justicia. Entre muchos de los casos que le sucedieron fué éste, que un abad rico, habiendo cometido alguna negligencia en no haber alimentado bien dos perros gran danés, que se habían vuelto irritables, y que pertenecían al dicho señor, les mandó pagar cuatro mil florines . Entonces el abad comenzó a pedir clemencia. Y el dicho señor, viéndole pedir misericordia, le dijo:

- Si me aclaras cuatro cosas, te perdonaré en todo; y estas son las cosas que quiero que me digas: cuánto tiene de aquí al cielo; cuánta agua hay en el mar; lo que se hace en el infierno; y lo que vale mi persona.

El Abad, al oír esto, se puso a suspirar, y te pareció que estabas en peor situación que antes;pero sin embargo, para cesar su furor y ganar tiempo, dijo que le gustaría darle tiempo para contestar tan elevadas preguntas. Y el señor le dio término todo el día siguiente; y como deseando oír el fin de tanto hecho, le hizo dar seguridad de devolver.

El abad, pensativo, con gran melancolía, volvió a la abadía resoplando como un caballo en la sombra; y llegando allá, se encontró con un molinero suyo, el cual viéndole tan afligido, dijo:

- Mi señor, ¿qué te pasa que soplas tan fuerte?

El abad respondió:

- De eso me sobra, porque el señor está a punto de darme mala suerte si no le aclaro cuatro cosas, que Salamone o Aristóteles no pudieron hacer.

El molinero dice:

- ¿Y qué son estas cosas?

El abad le dijo.

Entonces el molinero, pensando, dice al abad:

- Te aliviaré de este problema, si quieres.

El abad dice:

- Dios lo haría.

El molinero dice:

-Creo que Dios y los santos lo querrán.

El abad, que no sabía dónde estaba, dijo:

- Si lo haces, toma de mí lo que quieras, porque nada de lo que me es posible me pedirás que yo no te dé.

El molinero dijo:

- Dejaré esto en tu descripción.

- ¿O cómo vas a mantener? - dijo el abad.

Entonces el molinero respondió:

- Quiero ponerme la tónica y la capa, y afeitarme la barba, y mañana por la mañana bien puntual iré delante de él, diciendo que soy el abad; y terminaré las cuatro cosas de una manera que creo que lo hará feliz.

Al abad le pareció durante mil años reemplazar al molinero en su lugar; Y así se hizo.

Habiendo nombrado abad al molinero, partió temprano en la mañana; y llegando a la puerta, donde el señor estaba dentro, llamó, diciendo que el abad quería responder al señor de ciertas cosas que le había impuesto. El caballero, deseoso de oír lo que el abad iba a decir, y maravillado de la rapidez con que volvía, lo hizo llamar: y acercándose un poco delante de él a la luz tenue, haciendo reverencia, cubriéndose muchas veces la cara con la mano para no para que se supiera, fue preguntado por el señor si había traído respuesta a las cuatro cosas que le había preguntado.

Él respondió:

- Señor sí. Me preguntaste: cuánto tiene de aquí al cielo. Habiendo visto todo, está allá arriba treinta y seis millones ochocientos cincuenta y cuatro mil setenta y dos millas y media y veintidós pasos.

El señor dice:

- Lo has visto mucho en verdad; ¿Cómo intentas esto?

Él respondió:

- Háganlo medir, y si no, cuélguenme del cuello. En segundo lugar preguntaste: ¿cuánta agua hay en el mar? Esto fue muy fuerte para mí de ver, porque es algo que no se queda quieto, y siempre se mete; pero también he visto que en el mar hay veinticinco mil novecientos ochenta y dos millones de cognana y siete barriles y doce jarros y dos vasos.

El señor dijo:

- ¿Cómo lo sabes?

Él respondió:

- Lo vi lo mejor que supe: si no lo crees, haz buscar algunos barriles y mídelos; si no lo encuentras así, hazme cortar. La tercera vez me preguntaste qué se hacía en el infierno. En el infierno cortan, descuartizan, roban y cuelgan, ni más ni menos como lo haces tú aquí.

- ¿Qué razón das para esto?

Él respondió:

- Ya hablé con uno que había estado allí, y de él sacó Dante el Florentino lo que escribió sobre las cosas del infierno; pero está muerto; si no le crees, mándalo a ver. Cuarto me preguntaste cuánto vale tu persona; y digo que vale veintinueve denarios.

Cuando Messer Bernabò escuchó esto, enfurecido se volvió hacia él y le dijo:

- Mo te nació el vermocan; ¿Soy tan malo que no valgo más que una olla?

Él respondió, y no sin gran temor:

- Mi señor, haga caso a la razón. Vosotros sabéis que nuestro Señor Jesucristo fue vendido por treinta denarios; Tengo razón en que vales un centavo menos que él.

Al oír esto, el caballero imaginó demasiado claramente que este hombre no era el abad, y mirándolo de cerca, advirtiéndole que era un hombre de ciencia demasiado mayor que el abad, dijo:

- Usted no es el abad.

Piensa en el miedo que sintió el molinero; arrodillándose con las manos juntas, rogó clemencia, diciendo al señor cómo era el molino del abad, y cómo y por qué disfrazado delante de su señoría lo llevaban, y en qué forma había tomado el hábito, y esto más para darle gusto que para malicia.

Messer Bernabò, escuchándolo, dijo:

- Vamos, que te ha hecho abad, y tú eres superior a él, en la fe de Dios, y te quiero confirmar, y quiero que tú seas abad de ahora en adelante, y él el molino, y que tú tienes todas las rentas del monasterio, y que él tiene las del molino.

Y así obtuvo durante todo el tiempo que vivió que el abad era molinero, y el molinero era abad.

Es cosa muy oscura, y gran peligro, asegurarse delante de los señores, como hizo este molinero, y tener esa audacia que tuvo. Pero con los señores interviene como con el mar, donde el hombre va con grandes peligros, y en grandes peligros grandes ganancias. Y es una gran ventaja cuando el mar está en calma, y el señor también: pero es una gran cosa para los dos poder confiar, que la suerte no llega pronto.

Algunos ya han dicho que esta, u otra noticia parecida, le llegó al... Papa, quien, por una falta cometida por uno de sus abades, le dijo que precisara las cuatro cosas antes mencionadas, y una más, a saber: cuál era la mayor fortuna que ha tenido. Entonces el abad, respetando la respuesta, volvió a la abadía, y reuniendo a los monjes y hermanos legos, hasta el cocinero y el jardinero, les dijo lo que tenía que responder a dicho papa; y que en esto le den consejo y ayuda.
Ellos, sin saber qué decir, se quedaron como olvidados; de lo cual el jardinero, viendoque todos callaban, dijo:

- Messer l'Abbot, ya que no dicen nada, y quiero ser yo quien diga y haga, tanto que creo que usted puede salvarse de este esfuerzo; pero dame ahi

tu ropa, para que yo vaya como abad, y estos monjes me sigan; Y así se hizo.

Y habiendo llegado al papa, dijo que la altura del cielo era de treinta voces. Del agua del mar dijo: "Que se tapen las bocas de los ríos, y luego se mida". Lo que valía su persona, dijo: "Veintiocho denarios"; porque le hizo dos denarios menos que Cristo, que era su vicario. De la mayor fortuna que jamás había tenido, dijo: "Cómo de jardinero se había convertido en abad"; y así lo confirmó. En cualquier caso, se trataba de uno u otro, o sólo de uno, y el abad se convertía en molinero o en jardinero.

NOVELA V

Castruccio Interminelli, teniendo uno de sus criados deshecho la flor de lis del brazo florentino en una pared, estando a punto de pelear, lo hace pelear con un soldado de infantería que tenía el brazo de la flor de lis en el área de Pavel, y él está muerto.

Ahora quiero cambiar un poco el asunto y decir cómo Castruccio Interminelli, señor de Lucca, castigó a un hombre fuerte contra las paredes. Este Castruccio fue uno de los señores tan sabios, astutos y valerosos como lo estuvo en el mundo mucho tiempo ya; y haciendo la guerra y pensando mucho en los florentinos, por ser su enemigo acérrimo, entre otras cosas notables que hizo fue esta: que estando acampado en el Valdinievole, y teniendo que ir a comer una mañana a un castillo capturó, de aquellos de la Municipalidad de Florencia, y enviando a uno de sus servidores de confianza antes de que pusiera la comida y las cantimploras, dicho servidor, llegando a un salón donde iban a cenar, vio entre muchos escudos de armas, como suele verse, pintó el escudo de armas del lirio del Municipio de Florencia, y con una lanza, que parecía tener su venganza, lo pateó todo.

Cuando llegó la hora en que llegó Castruccio con otros hombres dignos a cenar, el criado se dirigió hacia Castruccio y, al llegar a la sala, dijo:

- Mi señor, mire cómo he dispuesto esa arma de esos florentinos traidores.

Castruccio, como sabio señor, dijo:

- Vaya con Díos; vamos a cenar

Y mantuvo esta obra en su mente, tanto que a los pocos días su pueblo se reunió para pelear con el de la Comuna de Florencia; donde, al acercarse los dos ejércitos, sucedió por casualidad que un hermoso soldado de infantería bien armado se presentó frente al de los florentinos, con un palvese en sus brazos, en el que estaba pintado el lirio.

Castruccio al ver que era uno de los primeros en llegar a su encuentro, llamó a su servidor de confianza, que tan bien había peleado contra la pared, y le dijo:

- Ven aquí; Hace algunos días le diste tantos golpes al lirio que estaba en el muro que lo venciste y lo destrozaste: ve pronto, y ármate como sabes, y haz que yo vaya inmediatamente a disiparlo y vencerlo.

Al principio creyó que Castruccio se estaba burlando. Castruccio lo obligó, diciendo:

- Si no vas, haré que te cuelguen inmediatamente de ese árbol.

Viendo que estaba mal preparado, y que Castruccio decía que tenía razón, se fue como pudo. Como estaba cerca del infante del lirio, este infante de Castruccio fue inmediatamente muerto por él con una lanza que le pasó de un lado a otro. Al ver a este Castruccio, no hizo ninguna demostración de ira o enfado, sino que dijo:

- Demasiado bien le fue -; y se volvió hacia sus seguidores, diciendo: - Quiero que aparezcan para pelear con los vivos, y no con los muertos.

¿O no fue esta gran justicia? porque hay muchos que atacan las hayas y los muros y cosas muertas, y dan fuerte impresión, como si hubieran vencido a Héctor; y hoy el mundo está lleno de ellos, que en esta forma, ya sea contra los pequeños o contra las ovejitas, siempre se enorgullecen; pero por cada uno de estos hombres Castruccio les había de pagar por su insensatez, como hizo este siervo suyo.

Cosas muy notables hizo Castruccio en sus días; entre otras cosas, dijo a uno que había cometido una traición a petición suya:

- Me gusta la traición, pero al traidor no; págate a ti mismo y vete con Dios, y nunca te dejaré venir delante de mí.

Hoy se hace lo contrario, porque si un señor o comuna hace que se cometa una traición, hace del traidor su provisión y lo tiene siempre con él, haciéndole honor. Pero a muchos ya les ha pasado que los que hicieron la traición fueron luego traicionados por el traidor.

NOTICIAS VI

El marqués Aldobrandino le pide a Basso della Penna un nuevo pájaro para tener en una jaula, Basso hace construir una jaula y se la llevan adentro.

Marqués Aldobrandino da Esti, en el tiempo que tuvo el señorío de Ferrara, tuvo el deseo, como suelen tener los señores, de tener algún pájaro nuevo en una jaula. Por lo cual, por esta razón mandó llamar un día a un florentino que tenía un hotel en Ferrara, un hombre nuevo y de muy buena condición, que se llamaba Basso della Penna. Era viejo y pequeño de persona, y siempre peinado, usaba fregona y gorro. Cuando este Basso llegó delante del Marqués, el Marqués le dijo:

- Bajo, me gustaria algun pajaro para tener en una jaula, que cante bien, y me gustaria que fuera algun pajaro nuevo, que no haya muchos para que los demas busquen, como pardillos y calderos, y yo no estoy buscando estos; y por eso envié por ti, porque diferentes personas y de diferentes países vienen por tus manos a tu hotel; ¿Cómo es posible que tengas uno de estos guardados, de donde se puede obtener uno?

El bajo respondió:

- Mi señor, he entendido su intención, que me esforzaré por llevar a cabo, y trataré de que sea atendido de inmediato.

Al oír esto, el Marqués pensó que ya tenía al fénix en una jaula, y así se puso en marcha. Basso, habiendo ya imaginado lo que iba a hacer, llegó a su hotel, mandó llamar a un maestro carpintero y le dijo:

- Necesito una jaula de tanto largo, y tan ancha y tan alta; y será justo hacerlo tan fuerte que sea suficiente para un burro, si lo pusiere dentro, y tiene una puerta de ese tamaño.

Dándose cuenta que el amo lo tenía todo, asintió en el mérito, y fue a hacer la dicha jaula; cuando lo tuvo, mandó que se lo llevaran a Basso y le quitó el dinero.

Basso inmediatamente mandó llamar a un porteador, y cuando entró en la jaula, le dijo al porteador que se la llevara al marqués. Al portador le pareció este

mercancía nueva y casi no quería; excepto que el Basso dijo tanto que lo trajo. el cual llegó al Marqués, con gran multitud de gente que corría tras la novedad; el marqués casi dudó, sin saber aún qué era eso. Pero acercándose a la jaula y al bajo y siendo llevado hasta el marqués, el marqués, sabiendo lo que había allí, dijo:

- Bajo, ¿qué significa esto?

El Bass, así en la jaula, con la puerta cerrada, comenzó a chillar, y dijo:

- Messer lo marchese, usted me ordenó hace unos días que encontrara la manera de que usted tenga algunos pájaros nuevos en jaulas, y que hay pocos pájaros así en el mundo; por tanto, considerando quién soy y cuán nuevo soy, ya que puedo decir que nadie es más nuevo que yo en la tierra, entré en esta jaula, y me represento ante ustedes, y les doy sobre todo un pájaro nuevo que entre los cristianos puede ser encontrado; y otra vez os digo más, que no ha habido nadie como yo: será tal mi canto, que os deleitará grandemente; y, sin embargo, deja que la jaula permanezcajunto a esa ventana.

El marqués dijo:

- Ponlo en el alféizar de la ventana.

bajo dice:

- Ay, no lo hagas, porque podría caer.

El Marqués dice:

- Póngalo arriba, porque el alféizar de la ventana es ancho.

Y así instalado, le indicó a un familiar que balanceara la jaula y, sin embargo, la sostuviera.

E'l Basso dice:

- Marqués, vine a cantar y usted quiere que llore.

Y así, tranquilizado Basso, dijo:

- Marqués, si me das la comida que comes, cantaré muy bien.

El marqués mandó traerle una hogaza de pan con un diente de ajo, y lo tuvo todo aquel día en la ventana, haciéndole nuevos juegos; y toda la gente estaba en la plaza para ver al Bajo en la jaula; y por fin a la tarde cenó con el señor, y luego volvió al hotel, y quedó la jaula con el marqués, que no la recuperó jamás.

Desde aquella hora el marqués tuvo al bajo más querido que nunca, y muchas veces lo invitó a comer, y lo hizo cantar en la jaula, y se deleitó mucho en él. Cualquiera que conociera la disposición de los caballeros, cuando estaban de buen humor, siempre pensaría en cosas nuevas, como Basso, que ciertamente sirvió bien al marqués, y no fue a la India por el pájaro; pero estando cerca de él,se le sirvió el ave más nueva y única que se pudo encontrar.

NOTICIAS VII

Messer Ridolfo da Camerino, cuando la Iglesia había sitiado Forlí, da una nueva y notable absolución sobre una cuestión que tenían hombres dignos de un oficio.

Messer Ridolfo da Camerino, hidalgo muy sabio, de pocas palabras y notable juicio, satisfacía a una compañía de hombres hábiles con lo que pedían sobre una pregunta, así como el bajo satisfizo al marqués con un pájaro nuevo.

Al tiempo que la Iglesia, y Messer Egidio de España, cardenal por ella, habían forzado la ciudad de Forlí como gran residencia por asedio; y Messer Francesco Ardelaffi, notable señor, siendo señor de aquél, muchos señores notables y hombres capaces a petición de la Iglesia habían concurrido en dicho cerco; y en una parte estaban reunidos casi los que eran los más grandes del campo con una pregunta, y entre ellos estaba micer Unghero da Sassoferrato, que tenía la insignia del Crucifijo, que es la insignia que es más digna que cualquier otra; y habiendo entre ellos gran disputa, ya que el que tenía el emblema dijo que valoraba aquel beneficio en dos mil florines; otros decían: primero quisiera doscientos florines; y unos decían cien florines, y otros trescientos florines, y unos decían menos y otros más; Por aquel lugar pasaba Messer Ridolfo da Camerino, que proveía el campamento, se acercó a ellos preguntando sobre lo que contendían; por lo cual se le dijo la razón de ellos, rogándole de nuevo que resolviera su cuestión, y cuál debía ser el precio de dicha enseña.

Micer Ridolfo, habiendo prontamente considerado la cuestión, replicó diciendo que no podía estar en lo cierto el que creyera que el dicho emblema debía ser de precio y precio de doscientos, o trescientos, o mil, o dos mil; porque cuando nuestro Señor Jesucristo estaba en esta vida, y de carne y sangre, se vendían treinta denarios, y ahora que está pintado en el remiendo y muerto y en la cruz, qué más se puede o se debe estimar razonablemente, es un cosa vana, y por la razón adjunta no puede seguirse con justicia. Escuché que todos tenían esta frase, entre ris

accedieron a poner fin a la cuestión, y dijeron todos, menos micer Unghero, micer Ridolfo, que habían dicho bien y juzgado.

Dicho notable y extraño fue el de micer Ridolfo, y por difícil que parezca relatar lo que dijo de nuestro Señor, el juicio fue justificadamente justo; y demostró, sin decirlo, que hay muchos que valoran más las opiniones que los hechos. ¡Y cuántos ya ha habido que han procurado ser Confalonieri y Capitanes, y tener el escudo tanto real como ajeno, sólo por vanagloria, pero no les importaron las obras! Y de estos ha habido aparentes, y todo el día están más que operativos. Y no sólo en materia de armas, sino también de los que se dejan instruir en teología, sin otra razón que la de llamarse Maestro; Doctor en Leyes, para llamarse Doctor; y así en filosofía y medicina, y con todas las demás cosas: ¡y Dios sabe lo que ellos saben más que ellos!

NOVELA VIII

Un genovés demacrado, pero buen científico, le pregunta al poeta Dante cómo puede enamorarse de una mujer, y Dante le da una respuesta agradable.

Lo que siguió fue un consejo no menos notable que el juicio de Messer Ridolfo. Ya era un ciudadano científico en la ciudad de Génova y muy versado en las ciencias, y era pequeño y muy delgado de persona. Además de esto, estaba profundamente enamorado de una hermosa mujer de Génova, quien, ya sea por su pequeña figura, o por su grandísima honestidad, o por cualquier razón, nunca, sino que lo amaba, pero nunca lo mantuvo. sus ojos en él, sino que al huir de él, se volvió hacia él en otra dirección. Entonces este hombre, desesperado de este amor suyo, oyendo la gran fama de Dante Allighieri, y cómo vivía en la ciudad de Rávena, decidió de todos modos ir allí a verlo y familiarizarse con él, pensando en tener consejo o ayuda. de él Cómo podría enamorarse de esta mujer, o al menos no ser tan hostil con ella. Y así se movió, y llegó a Rávena, donde hizo tanto que estuvo en un banquete donde estaba dicho Dante; y estando a la mesa muy cerca unos de otros, los genoveses, viendo la hora, dijeron:

- Oh messer Dante, he aprendido mucho de tu virtud y de la fama que existe sobre ti; ¿Podría obtener algún consejo de usted?

Dante dijo:

- Mientras te pueda decir.

Entonces el genovés dice:

- He amado y amo a una mujer con toda esa fe que el amor quiere que amemos; nunca de ella, no es que el amor me haya sido concedido, pero solo con una mirada nunca me hizo feliz.

Oyendo a Dante, y viendo su débil vista, dijo:

- Señor, con mucho gusto haría lo que quisiera; y de lo que me preguntas en este momento, solo veo una manera, y esta es que sabes que las mujeres embarazadas siempre tienen fascinación por las cosas extrañas; y todavía

más le valdría a esa mujer que tanto amas quedar embarazada: estando embarazada, como suele pasar que se vuelven adictas a cosas nuevas, pues puede pasar que ella se vuelva adicta a ti; y de esta manera podrías tener un efecto sobre tu apetito: para cualquier otra forma sería imposible.

El genovés, sintiéndose mordido, dijo:

- Messer Dante, me da consejos sobre dos cosas más fuertes que la principal; sin embargo, qué fuerte sería que la mujer quedara embarazada, ya que ella nunca quedó embarazada; y sería mucho más poderoso si después de quedar embarazada, considerando cuántas generaciones de cosas desea, que se rindiera a quererme. Pero en la fe de Dios, qué otra respuesta no conviene a mi pregunta que la que me hiciste.

Y este genovés se reconoció a sí mismo, conociendo a Dante en lo que era mejor de lo que se había conocido a sí mismo, porque estaba tan hecho que eran pocos los que no habían huido de él. Y conoció a Dante de modo que el genovés se quedó en su casa durante varios días, adquiriendo una familiaridad muy grande por todos los tiempos que vivieron. Este genovés era un científico, pero no se suponía que fuera un filósofo, como la mayoría lo es hoy; pero que la filosofía conoce todas las cosas por naturaleza; y quien no se conoce principalmente a sí mismo, ¿cómo podrá jamás conocer cosas fuera de sí mismo? Él, si se hubiera reflejado, ya sea con el espejo de la mente, o con el del cuerpo, hubiera pensado en su forma y considerado que una mujer hermosa, aun siendo honesto, es vago que quienes la aman tengan forma de un hombre, y no de un murciélago vil.

Pero parece que los más tocados son ese dicho común: "No hay mayor engaño que el de uno mismo".

NOVELLA IX

Messer Giovanni della Lana le pide a un bufón que haga un buen matrimonio: hace uno muy nuevo: no le gusta; hace otra, de la que sale messer Giovanni, despreciado.

No sé quién estaba más demacrado en persona, si el pasado genovés o Messer Giovanni della Lana de Reggio, de quien hablaré brevemente en esta historia. Que messer Giovanni, no pudiendo quedarse en Reggio, quedándose en Imola, y estando en un círculo de hombres capaces, sin considerar la deformidad de su persona (porque era un juez muy pequeño, y tenía un sombrerito en la cabeza forrado con indisia, que parece 'l'erba luccia, y era troglio, o verdadero balbo), dijo a un hombre de la corte, llamado maestro Piero Guercio da Imola, bufón simpático y jugador de stormenti, que estaba en dicho círculo:

- Doh, Maestro Piero, haga un buen negocio frente a estos hombres dignos.

El maestro Piero respondió:

- Lo haré, como tú quieras. La decisión es esta: ¿cuál de los dos te quieres llevar, o quieres que me cague con este disfraz tuyo, o te quieres cagar tú?

El maestro Giovanni dijo, casi medio blanco:

- No quiero ni lo uno ni lo otro; hacer otra que haga las delicias de esta brigada.

El tonto dijo:

- Lo haré, como tú quieras; diciendo: "¿Qué quiere, señor Giovanni, cuando tiene mierda en su capucha, o se la pone en la cabeza o quiere que se la ponga yo?"

Messer Giovanni, al oír esto, si en la primera ocasión se había puesto blanco, en esta segunda se puso rojo y bizarro, quedando humillado, diciendo:

- Mo vi nasca il vermocan, ché vui se' en feo rubaldo di merda, e cosí di che vi travi per la bocca, ché dal altro se' vui.

El maestro Piero se defendió con lemas y dijo:

- Vo' se' judice, a ver quién se equivoca con nosotros dos -; tomándolo a un lado, para que no se fuera, que ya estaba en camino; aun con las pocas fuerzas que tenía, se soltó y se fue echando reproches; los demás se quedaron riendo.

Así Messer Giovanni fue enseñado por el Maestro Piero una ley que nunca había vuelto a encontrar. Así se adquiere a menudo con los hombres de la corte, que a menudo uno entra en bromas con ellos, y vituperan a los demás; y por lo tanto uno no podía errar en silencio, y dejar que otro hablara. Messer Giovanni, para presentarse, y sin tenerse en cuenta a sí mismo, fue burlado por este bufón con dos propósitos tan nobles, como habéis oído.

NOVELLA X

Messer Dolcibene, estando con Messer Galeotto en el valle de Josafat y oyendo que en un lugar tan pequeño todos tienen que contribuir al diejudicio, toma otro lugar para no ahogarse entonces.

Messer Dolcibene fue segundo caballero de la corte con mucho tanto como cualquier otro de sus iguales, y de él se pueden escribir muchas historias muy vagas y feas; y en esta historia, no a modo de movida, como quería hacer el Maestro Piero da Imola, sino de otra forma, yendo al Sepulcro con Messer Galeotto y Messer Malatesta Unghero, encontró un nuevo estilo para dar placer a estos dos caballeros.

Yendo entonces llamaron messer Galeotto y messer Malatesta, y messer
Dolcibene con ellos, en el Santo Sepulcro, llegando allí y pasando por el valle de Josafat, dijo Messer Galeotto:

- Oh Dolcibene, en este valle todos debemos acudir al diejudicio para recibir la última sentencia.

Estas ferias Dolcibene:

- ¿O cómo podrá permanecer toda la generación humana en un valle tan pequeño?

Messer Galeotto dijo:

- Será por poder divino.

Entonces Messer Dolcibene desmontó de su caballo y corrió al medio de un campo en dicho valle, y habiéndose bajado las prendas de las piernas, soltó la embarcación del cuerpo, diciendo:

- Quiero ocupar el lugar, para que cuando llegue ese momento, encuentre el cartel y no me ahogue entre la multitud.

Los dos señores dijeron riéndose:

- ¿Qué quiere decir esto? ¿Y qué estás haciendo?

Messer Dolcibene responde:

- Señores, les dije: y no se puede ser sabio, si no se discute sobre el tiempo que ha de venir.

Messer Galeotto dice:

- Oh Dolcibene, dejaste la parte de la cometa que será la mayor señal.

Messer Dolcibene dijo entonces:

- Señor, si nos dejara la señal de la que me habla, no sería bueno por dos razones: la primera, que sería llevada por cometas, y el lugar quedaría sin señal; y la otra, que perderías mi compañía.

Entonces le respondieron aquellos señores:

- Claro, Dolcibene, tú sabes darle los argumentos a todo; súbete a tu caballo, seguro quelo has hecho bien -; y con esta diversión siguieron su camino.

¡Oh, estas son las diversiones de los bufones y los placeres que tienen los caballeros! En cambio, no se les llama bufones, salvo que siempre dicen chistosos; y llamados giucolari, porque juegan continuamente con nuevos juegos. Sin embargo, este Messer Dolcibene no era tan malvado que no compuso una oración a Nuestra Señora en este viaje al Sepulcro en verso vulgar, que le haría bien, contando todos los lugares santos que había visitado en ultramar.

NOVELLA XI

Alberto da Siena es solicitado por el inquisidor, y éste, temeroso, se encomienda a Messer Guccio Tolomei; y finalmente dice que para Donna Bisodia no ha fallado que ella no provoque la enfermedad.

En tiempos de Messer Guccio Tolomei era un hombre agradable y sencillo en Siena, y no malicioso como Messer Dolcibene. Era un tartamudo de la lengua, y se llamaba Alberto; la cual siendo hombre de pura condición, y muy usada en casa de dicho micer Guccio, porque el caballero se deleitaba mucho en ella, aconteció que un día en Cuaresma, encontrándose micer Guccio con el inquisidor, de quien era un gran amigo, compuso con él que el otro día haría pedir al dicho Alberto, y estando delante de él, opusiera contra él algo de resina, y de esto seguiría algo de gusto tanto al inquisidor como a él.

Apenas dio órdenes el dicho messer Guccio, al regresar a su casa, al día siguiente temprano en la mañana se le pidió al dicho Alberto que se presentara inmediatamente ante el inquisidor. Alberto temblando todo, y si antes tartamudeaba, a estas alturas, casi perdiendo la lengua, apenas podía decir: - Vendré -; y fue a ver a Messer Guccio, diciendo: - Quisiera hablar con usted -; y Messer Guccio, al darse cuenta de lo que era, dijo:

- ¿Qué noticias?

Alberto dice:

- Mal por mí, porque el inquisidor me hizo pedir, quizás por paterín.

Messer Guccio dice:

- ¿Ha dicho algo en contra de la fe católica?

Alberto dice:

- No sé cuál es la fe calónica, pero me creo cristiano bautizado.

Messer Guccio dice:

- Alberto, haz lo que te digo; ir al obispo; y di: "Me pidieron, y preséntame ante ti"; y sabe lo que significa para ti: vendré poco después de ti; y el inquisidor es un buen amigo mío, e investigaré tus tratos.

Alberto dijo:

- Aquí voy, y me encomiendo a ti. Y así partió, y fue al obispo.

Quien llegó allí, en cuanto lo vio el obispo, con rostro orgulloso, dijo:

- ¿Que si tu?

Alberto tartamudeando y temblando de miedo dijo:

- Soy Alberto, a quien se le pidió que viniera ante usted.

"Ahora sé muy bien", dice el obispo, "¿eres tú ese Alberto que no cree ni en Dios ni en los santos?"

Alberto dice:

- Mi señor, quien le dijo no está diciendo la verdad, porque yo creo en todo.

Entonces el obispo dice:

- Y si crees en todo, entonces crees en el diablo; y esto es lo que necesito nada mas que quemarte por paterino.

Alberto medio loco, pidiendo clemencia; el obispo dice:

- ¿Conoces el Paternóster?

Alberto dice:

- Messer sí.

"Dilo rápido", dijo el inquisidor.

Albert comenzó; y no conciliando el adjetivo con el sustantivo, tartamudeó hasta un oscuro pasaje donde dice: da nobis hodie; y no podía salir de eso. Entonces el inquisidor, escuchándolo,dijo:

- Alberto, lo entendí; porque quien es padre no puede decir cosas santas; ve, y asegúrate de volver a mí por la mañana, y formaré el proceso como te mereces.

Alberto dice:

- Regresaré a ti; pero os ruego por el amor de Dios que se os encomiende.

El inquisidor dijo:

- Ve, y déjame decirte.

Así que se fue, y al regresar a su casa, encontró a Messer Guccio Tolomei que iba al inquisidor por este asunto. Messer Guccio, al verlo regresar, dice:

- Alberto, debe estar bueno cuando vuelvas.

Alberto dijo:

- ¡Gnaff! no importa, sin embargo, que diga que soy paterino, y que volveré a él por la mañana, y todavía no faltó esa puta de doña Bisodia que está escrita en el Paternóster para no hacerme morir de repente. Decirte

Ruego por el amor de Dios que acudáis a él y roguéis que me encomiende a él.

Estas ferias Guccio:

- Voy allí, e intentaré hacer lo que pueda para salvarte.

Y así fue micer Guccio, y trayendo la noticia de doña Bisodia al inquisidor, le hicieron reír a carcajadas durante dos horas. Y mandando el inquisidor, antes que se fuera mister Guccio, por el dicho Alberto, y volviendo éste con mucho miedo, le dio a entender el inquisidor que si no fuera micer Guccio, lo habría quemado; y bienlo merecía, porque de nuevo había entendido aún peor, que de una santa mujer, es decir, de doña Bisodia, sin la cual no se puede cantar misa, había dicho que era una puta; y que debería ir y hacer tales arreglos que ya no tendría que enviar por él. Alberto, pidiendo clemencia, dijo que nunca más lo dijera, y todo entristecido por el miedo que había sentido, volvió a casa con Messer Guccio. Que micer Guccio, habiendo conducido el asunto a su gusto, disfrutó mucho tiempo en su mente, tanto sin Alberto como con Alberto.

Bella es la inventiva de los caballeros para deleitar a la gente nueva y sencilla; pero más hermoso fue el caso que la fortuna halló en Alberto, siendo embarazado por doña Bisodia; y tal vez tal vez, si Alberto hubiera sido rico

hombre, el inquisidor le hubiera dado tanto por entender que le hubiera devuelto su dinero, para no ser quemado ni crucificado.

NOVELLA XII

Como se mencionó, Alberto, llevándose a casa a un inquieto regaño, responde a algunos que le preguntan nuevamente qué tan nuevo era.

Desde que le he tendido la mano a Alberto da Siena, seguiré contando aún una grata anécdota sobre él, que, si la hiciera sabia, hubiera sido hermosa para cualquier sabio; pero creo que fue más bien por simplicidad. Este hombre, necesitando ir a un lugar suyo fuera de Siena, pidió un rocín a un vecino suyo, en el cual subiendo, y llegando hasta la puerta, al llegar allí, el rocín comenzó a tirar hacia atrás, como si desde la puerta tenía miedo, o estaba en la sombra, o se había propuesto en su corazón no querer dejar la tierra.
Alberto, mencionándolos así en la trista, nunca pude lograr que se fuera; pero comenzando a inclinarse, y teniendo Alberto mucho miedo de ello, por lo mejor bajó al suelo, y tomó las riendas, le dio la vuelta y comenzó a llevarla de vuelta a la casa de quien se la había prestado: allí donde la nag no solo iba de paso, sino que iba a tal trote que hizo trotar bien a alberto.

Y así llegó por el campo de Siena; a lo que aquellos sieneses que estaban allí, teniendo ojos, al ver que conducían a un jamelgo de la mano, gritaron en voz alta:

- O Alberto, ¿de quién es este jamelgo? Oh Alberto, ¿adónde llevas este rocín?

A los que decían: "¿De quién es este nag?" él respondió: “Es su yo”. A los que decían: "¿Dónde está tu meni?" él respondió: “Ciertamente, él me guía”.

Y así dio a los sieneses buenas razones para pensar, tanto que supieron el efecto de lo que dijo; y Albert devolvió el jamelgo, diciéndole:

- Quítale el rocín, que hoy no quiere que vaya a la villa -; y así quedó Alberto, que ese día no fue a la villa.

Por mi parte creo que Alberto fue muy sabio en esto; porque hay muchos que dicen: "Yo hasta ganaría la prueba". Cuando uno tenía que domar, o ver a uno de sus potros, tal vez debería permitirse; pero para ganar la prueba de otro caballo, el que se pone a esto no corrige a su caballo, sino que puede ponerse en peligro.

NOVELLA XIII

Como Alberto, estando a punto de pelear con los sieneses, adelanta su caballo, y él, habiendo desmontado, se pone detrás de ellos con el pie, y la razón que atribuye a que es la mejor.

Igualmente, este Alberto en su tercera novela, que sigue, no me parece muy tonto; sin embargo, desde los sieneses, debido a cierta guerra que tuvieron con los
Perugini, reunido para pelear, y estando el dicho Alberto a caballo entre la brigada de Siena, y bien armado, desmontó, y puso su caballo delante, y él se puso detrás a pie. Al ver a los demás que estaban allí, Alberto se puso de pie por esta forma y dijo:

- ¿Qué estás haciendo, Alberto? súbete a tu caballo, pero estamos listos para pelear de inmediato.

A lo que Alberto respondió:

- Quiero quedarme así, porque si mi caballo estuviera muerto, se remediará; pero si estuviera muerto, no se me mentiría.

Y como Dios quiso, el pueblo fue a la batalla, donde los sieneses fueron derrotados. Y estando el dicho Alberto tan atrás a pie, fue apresado su caballo, y se dio a la fuga, y tomándolo de noche de ciertas maneras en los montes, y soplando el viento que hacía susurrar las hojas, parecía tener mil jinetes detrás de él; y como una espina lo atravesó dijo:

- ¡Pobre de mí! me rindo a ti, no me mates -; creyendo que eran los enemigos los que se apoderaban de él: y así con gran temor y gran angustia consumió toda la noche, tanto que por la mañana al amanecer se encontró cerca de Siena.

Y cuando llegó a Siena, aunque tenían mucho que pensar en otras cosas, sin embargo, estaban entre los que preguntaron:

- Alberto, ¿cómo está la cosa? estas a pie? donde esta el caballo

Y ellos respondieron:

- Está perdido: así había hecho como aquel otro de estos días, que no había querido salir por la puerta.

Pero las cosas le fueron peor a Alberto, a quien, preguntando por la mentira, le dijeron que no había andado a caballo como debía; y nunca podría tenerlo.

El consejo de este hombre era sabio, si se lo hiciera a él, porque se habría liberado de los gastos; y él habría tenido dinero, y la persona segura había regresado a Siena.Y aquí puedes ver cuánto cuesta el sexo humano; porque de todo animal hay una estimación de valor, excepto del hombre, pero de esto no se pide mentira: aunque se podría decir que por su nobleza supera tanto a los demás, y por eso no es precio que se pueda comprar de vuelta Pero aun así, el pobre está más seguro y más fuerte en la guerra que el rico; si el rico es atrapado, él y el caballo son llevados por su dinero; si se lleva al pobre a caballo, se deja al hombre, y se lleva al caballo. Y esto no es otra cosa que el universo entero está corrompido por la moneda, y por eso todos se ponen a todo.

NOVELA XIV

Al igual que Alberto, al tener que lidiar con su madrastra, al haber sido encontrado por su padre, suplica amenamente nuevos motivos.

No quiero dejar la cuarta historia de Alberto, de las que ya he oído hablar de él, como hizo con muchas otras. El dicho Alberto tenía una madrastra muy joven y compleja y unida, que de ninguna manera, como suele ocurrir, podía tener paz con ella; y de este caso suyo, quejándose muchas veces a algunos de sus compañeros, le fue dado este consejo de ellos, diciendo:

- Alberto, si no encuentras la manera de ayudarla, nunca esperes quedarte con ella excepto en la batalla y con mala suerte.

Alberto dice:

- ¿Cree usted esto?

Esas contestan:

- Lo tenemos en el camino.

Alberto dice:

- ¡Sería un pecado demasiado grande! y aunque lo hiciese, y llegare a oídos del inquisidor, y prendiese mi espíritu contra mí, me mataría levemente.

Y casi como si no tuviera corazón, se apartó de sus palabras; y en cambio pensó en poner en práctica el consejo, y no lo negó sordamente; pues un día, habiendo salido el padre fuera y quedando la mujer en el cuarto, Alberto, sin decir demasiadas palabras, que sabía decir mal, llegó al grano y sobre la cama, uno y otro se movieron, y se hizo la paz, que parecía una casa tranquila y descansada, que antes parecía tormentosa y poseída. En que paz y amor continuaba Alberto, ayudando en las labores de su padre, aconteció un día que los dos acostados al medio día, que el padre que había ido a la villa, volvió a esa hora, y habiendo subido, se Encontró a la mujer ya Alberto Ingenuo sobre la cama.

Alberto, al ver a su padre, se tiró en el banco junto a la pared; y el padre toma elmazo de la cama para dárselo, diciendo: “Ful traidor”, y cuando: “ria bittana”.

Y yendo Alberto ya para arriba y ya para abajo, según como se le daba al garrote de su padre, y gritando los dos, toda la vecindad se juntó al estruendo, diciendo:

- ¿Qué quiere decir esto?

Y Alberto dice:

- Este es mi padre, que pasó tanto tiempo con mi madre, y nunca le dije una palabra torcida; y ahora, porque me ha encontrado acostado con su mujer, por nada más queel buen amor, me quiere matar, como veis.

Los vecinos al escuchar la razón dada por Alberto, dijeron que el padre estaba equivocado; y llevándolo aparte, dijeron que no era su ingenio aclarar aquellas cosas que debían ocultarse, y les hicieron creer que, conociendo el estado de Alberto, que no se había subido a aquella cama por ningún mal, sino por mucha familiaridad, ganas de dormir. Y así el padre hizo las paces, y la señora hizo las paces con Alberto por la domesticidad que él había tomado con ella, cada uno desde esa hora en adelante haciendo sus asuntos tan secretos y tan callados que el padre, mientras viviera, no tenía más que jugar. palo.

Fue bueno el remedio que se le dio a Alberto para estar en paz con su madrastra, y fue buena la razón de Alberto, que les dijo a sus vecinos cuando se escaparon. Y así creo que muchas (no todas) tendrían paz con sus hijastros si hicieran lo que él hace, y especialmente las que son esposas de los padres antiguos, como lo fue ella, que siendo joven quiere velar, y la los viejos maridos quieren dormir.

NOVELA XV

La hermana del marqués Azzo, habiéndose casado con el juez de Gallura, vuelve a casa viuda después de cinco años. El fraile no quiere verla, porque no ha tenido hijos, y ella lo alegra con un lema.

El marqués Azzo da Esti fue a buscar lo contrario de uno de sus suspiros.

Este marqués, creo, era hijo del marqués Obizzo, y teniendo por marido una hija suya que, fuera de la verdad, se llamaba Madonna Alda, que se casó con el juez de Gallura; y la razón de este casamiento fue que dicho juez era viejo y no tenía heredero, ni quien le sucediese legítimamente; por lo cual el marqués, creyendo que Madonna Alda, o Madonna Beatrice como algunos han dicho que se llamaba, le daría hijos que quedarían como señores del juzgado de Gallura, voluntariamente hizo esta filiación: y la mujer sabía demasiado bien qué fin tenía el marqués. casado.

Sucedió que, habiéndose casado, permaneció con él durante cinco años y nunca tuvo hijos; y muerto el dicho juez de Gallura, volvió la mujer viuda a casa del marqués: a quien el dicho marqués no fue a recibirla, ni apareció ella, sino por no haber ocurrido nunca dicho caso. Cuando llegó la señora, y creyendo que el marqués la recibía con ternura, y viendo todo lo contrario, y maravillada de esto, y yendo cada vez a donde estaba dicho marqués para quejarse de su fortuna y hacer con él la debida queja, ella no hizo ningún movimiento pero se alejó.

Continuando esto más de un día, la joven, deseosa de saber la causa de los modales y enfados del marqués, caminó un día hacia él y comenzó a decir:

- ¿Puedo saber, hermano mío, por qué muestras tanto enojo y desdén hacia mí, viuda infortunada, y más bien puedo decir huérfana, ya que me fallas, qué otro recurso tengo?

Y él, volviéndose hacia ella con espíritu temeroso, respondió:

- ¿O no sabes el motivo? y ¿por qué me casé en la corte de Gallura? ¿Cómo no te avergüenzas de haber sido su esposa durante cinco años y haber regresado a casa sin haber engendrado hijos?

Tan pronto como dejó decir a la mujer hasta ahora, como el que lo escuchó, y dijo:

- Hermano mío, no digas más, que te entiendo; y juro por la fe de Dios que, para cumplir tu voluntad, no he dejado criado, ni mozo, ni cocinero, ni ninguna otra cosa, con quien no haya probado; pero, si Dios no quisiera, no puedo hacer otra cosa.

Así se regocijó el marqués sobre ésta, como se regocijó otro que, después de una gran abominación dada a una de sus hermanas, la halló sin culpa; y en esa hora él la abrazó tiernamente, amándola y abrazándola más que nunca; y luego se casa con un messer Marco Visconti, o un messer Galeazzo. Alguien ya ha dicho que tuvo una niña llamada Joanna, y que estaba casada con messer Ricciardo da Camino, señor de Treviso. Y esto parece concernir a Dante, el octavo capítulo del Purgatorio, donde dice en parte:

Cuando estabas más allá de las olas anchas

Dile a mi Giovanna que me llame

Donde se responde a los inocentes, etc.

Sea como fuere, esta mujer complació a su hermano. Algunos quieren decir, y yo soy el que lo cree, que ésta era una mujer sabia y casta; pero, viendo la disposición de su hermano, con sus palabras quiso contentarlo con lo que quería, y volver a su amor. Y así quedan satisfechos los ánimos de los que miran también a la utilidad y no al honor; y esta señora lo vio, y le dio de comer cuanto quiso, haciéndole contentarse con lo que pocos se habrían reconciliado.

NOVELA XVI

Un joven sinés tiene tres mandamientos a la muerte de su padre: desobedece en poco tiempo, y lo que sigue.

Ahora vendré a contaros de una que se había casado siendo sirvienta, y su marido vio prueba de lo contrario antes de acostarse con ella, y la envió de vuelta a su casa, sin tener que tratar con ella jamás.

Era una vez un ciudadano rico en Siena, quien, llegando a la muerte, y teniendo un hijo y no más, que tenía como veinte años, entre los otros mandamientos que hizo estaban tres. La primera, que nunca usó tanto con alguien que le desagradaba; la segunda, que cuando hubiera comprado una mercadería u otra cosa, y pudiera ganar con ella, que tomara esa ganancia y dejara la ganancia a otro; la tercera, que cuando viniere a tomar mujer, se llevaría algunas de las más cercanas, y si no pudiese de las más cercanas, más bien las de su propio pueblo que las de los otros de lejos. El hijo se quedó con estas advertencias, y el padre murió.

Este joven se lo pasaba bien con una de las Forteguerri, que siempre había sido pródiga, y tenía varias hijas para casar. Sus familiares se hicieron cargo de sus gastos todos los días, y nada ayudó. Sucedió que un día Forteguerra había preparado una buena cena para el joven y para algunos otros; Entonces sus parientes vinieron sobre él, diciendo:

- ¿Qué haces, desafortunado? ¿Quieres pasar una prueba con el tipo que se ha quedado tan rico, y has hecho y sigues haciendo el ajuar, y tienes hijas para casarte?

Tanto dijeron que se fue a su casa como desesperado, y lavo toda la comida que habia en la cocina, y tomo una cebolla, y la puso en la mesa puesta, y que venga a cenar ese joven, le dijeron a comer de esa cebolla, que no había otra cosa, y que los Forteguerra no cenaban allí.

Cuando llegó la hora de comer, el joven se dirigió a donde lo habían invitado, y llegando al comedor preguntó a la mujer por él: la mujer le contestó que no estaba allí, y que no estaba cenando allí; pero lo que le sobró, si viene, que coma

esa cebolla, que mas habia. El joven se dio cuenta del primer mandamiento de su padre sobre aquel plato, y de lo mal que lo había observado, y quitó la cebolla, y al volver a casa la ató con unos espaguetis y la pegó a la tarima bajo la que siempre comía.

Sucedió poco tiempo después que habiendo comprado un corcel cincuenta florines, de ahí a ciertos meses, pudiendo tener noventa florines, nunca quiso darlo, diciendo que querría también cien florines; y estando quieto sobre esto, una noche vinieron dolores y pieles al caballo. Pensando en esto, el joven se dio cuenta de que había hecho caso omiso del segundo mandamiento de su padre y, después de cortarle la cola al caballo, la colgó en el escenario junto a la cebolla.

Sucedió entonces otra vez por casualidad, como él deseaba tomar esposa, no pudo encontrar cerca, ni en toda Siena, un joven que le agradara, y se puso a buscar en varias tierras, y finalmente llegó a Pisa, donde encontró se encontró con un notario, que había estado en el cargo en Siena, y había sido amigo de su padre, y lo conocía.

Entonces el notario le dio una calurosa bienvenida y le preguntó qué asuntos tenía en Pisa. El joven les dijo que buscaba una novia hermosa, pero que en toda Siena no encontró ninguna que le agradara.

El notario dijo:

- Si es así, Dios te ha enviado y serás bien educado; porque tengo en mis manos una joven de los Lanfranchi, la más hermosa que jamás se haya visto, y dame el corazón para hacerla tuya.

Al joven le gustó, y te pareció mil años de verla, y así lo hizo. Tan pronto como la vio, se acercó al mercado, se hizo la orden y se dio cuando debía llevarla a Siena.
Este notario era una criatura de los Lanfranchi, y la joven siendo deshonesta, y habiendo tenido que tratar con ciertos jóvenes de Pisa, nunca había podido casarse. Entonces este notario trató de apartarla de sus parientes y colgarla en el sienés. Dada la orden de la criada, tal vez el proxeneta, que era una muchachita muy cercana a él, llamada monna Bartolomea, con quien la nueva mujer solía ir de vez en cuando divirtiéndose; y dadas todas las órdenes de las cosas oportunas y de la compañía, entre la cual estaba algún mozo de los que muchas veces la habían conocido por amor, se fueron todos con su marido y con ella a ir a Siena, y allí fue enviada delante a hacer el 'dispositivo.

Y así, yendo por el camino, un joven suyo que la seguía parecía ir a la horca, pensando que se había casado en un lugar extranjero, y que sin ella sería mejor volver a Pisa; y con pensamientos y suspiros hizo tanto, que el joven casi se dio cuenta tanto de ella como de él: porque bien dice el proverbio que el amor y la tos nunca se pueden ocultar. Y con esta vista, sospechó tanto que supo quién era la joven y cómo el notario lo había traicionado y engañado. Al llegar a Staggia, el novio usó este truco, diciendo que quería cenar temprano, pero que la mañana anterior quería ir a Siena, para arreglar lo que se necesitaba; y lo dijo para que el ayuda de cámara lo oyera.

Eran las habitaciones donde casi todos dormían sobre tablas uno al lado del otro. El marido tenía uno, la mujer y la criada otro, y en otro estaba el joven y otro, que no dejaba de oír lo que decía el sienés; pero toda la tarde habló con la criada, esperando que amaneciera, y así se acostaron. Y como llegó la mañana, casi una hora antes del día, y el novio se levantó para ir a Siena como había dado a entender. Y se apeó y montó su caballo, cabalgó casi cuatro ballestas hacia Siena, y luego dio media vuelta, volviendo paso a paso y en silencio hacia la venta de donde había salido; y colgando su caballo de una campana, subió por la escalera; y llegando a la puerta del cuarto de la mujer, miró suavemente y sintió que el joven estaba dentro; y abriendo la puerta mal cerrada, entró adentro; y acercándose al somier despacio, si encontraba alguna tela del que tenía cólico, por casualidad encontró sus piernas, y las de la cama, o que palpaban, y por miedo callaban, o que no palpaban , este buen hombre se puso los calzones y, habiendo salido de la habitación, bajó las escaleras y montó su caballo con estos calzones, y caminó hacia Siena.

Y llegando a su casa, lo colgó en el escenario junto a la cebolla y el rabo.

La mujer y su amante se levantaron por la mañana en Staggia, el ayuda de cámara no encontró los calzones, sin ellos montó a caballo con la otra brigada, y se fueron a Siena. Y habiendo llegado a la casa donde se iba a celebrar la boda, desmontaron. Y habiendo sentado a una cena ligera bajo las tres cosas colgadas, se le preguntó al joven qué significaban esas cosas colgadas. Y él respondió:

- Te diré; y pido a todos que me escuchen. Hace poco tiempo que murió mi padre, y me dejó tres mandamientos: el primero sí y sí, y por eso tomé esa cebolla y la colgué allí; el segundo me mandó así, y en esto le desobedecí;

muriendo el caballo, le corté allí la cola y allí lo colgué; el tercero, que tome una esposa lo más cerca que pueda; y yo, no que me la quité, sino que llegué hasta Pisa y me llevé a esta joven, creyendo que era como deben ser los que se casan por doncellas. Viniendo en el camino, este joven, que se sienta aquí, se acostó con ella en el hotel, y en silencio fui a donde estaban; y encontrando sus calzones, los traje y los colgué en aquella plataforma: y si no me creen, búsquenlo, no lo tiene: - y así lo encontraron. - Y por lo tanto esta buena mujer, después de dejar la mesa, te quedas atrás, no importa, no es que me acueste con ella, pero nunca pienso verla. Y dile al notario, que me aconsejó e hizo el parentesco y el papel, que haga un pergamino de roca.

Y así fue. Ellos y la mujer regresaron cojeando con los dedos en los ojos; y la mujer sehizo en los tiempos con varios maridos, y el marido con otras mujeres.

En estas tres tonterías este joven contravino los mandamientos de su padre, los cuales fueron todos útiles, y mucha gente no los hace caso. Pero de este último, que es el más fuerte, no se puede errar en hacer parientes cercanos, y nosotros hacemos todo lo contrario. Y no la de los matrimonios, sino teniendo que comprar rocines, no queremos los de los vecinos, que nos parecen llenos de defectos, y los de los
Alemanes que van a Roma, compramos con furia. Y así muchas veces se encuentra tanto de uno como de otro, como habéis oído, y cosas peores.

NOTICIAS XVII

Piero Brandani de Florencia complace y le da ciertos papeles a su hijo; y él, perdiéndolos, huye, y acaba donde vuelve a cazar un lobo, y le quita cincuenta liras en Pistoia, vuelve y vuelve a comprar los papeles.

En la ciudad de Florencia ya había un ciudadano Piero Brandani que siempre consumía su tiempo en el placer. Tenía un hijo suyo que tenía dieciocho años, y tener que ir una mañana al Palagio del Podestà entre otras cosas a oponer un cartel, y haberle dado a este hijo de sus ciertos papeles, y que iba adelante con ellos, y lo esperaba desde un costado de la Abadía de Florencia; el cual, obedeciendo a su padre, como le había dicho, fue al dicho lugar, y allí con los papeles se puso a esperar a su padre, y esto fue en el mes de mayo.

Aconteció que, mientras esperaba al niño, comenzó a llover una lluvia muy fuerte: y como pasaba un forese, o trecca, con una canasta de cerezas sobre su cabeza, dicha canasta cayó; con lo cual las cerezas se fueron esparciendo por toda la calle; el hilo de cuyo camino crece como un pequeño río cada vez que llueve.
Los aprendices, por muy bien dispuestos que estuvieran, con otros juntos, forcejeando unos con otros, se dispusieron a recoger dichas cerezas, y corrieron a por ellas hasta el hilo de agua. Sucedió que, cuando se hubieron consumido los cirieges, el muchacho, volviendo a su lugar, no encontró los papeles bajo el brazo, sin embargo, habían caído en dicha agua, que los había llevado velozmente hacia el Arno, y no los encontró. estaba consciente; y corriendo ahora abajo, ahora arriba, pregunta aquí, pregunta allá, eran palabras, pues los periódicos ya navegaban hacia Pisa. El aprendiz salió muy triste, pensó en huir por miedo a su padre: y el primer día, donde suelen ir los más descarriados o fugitivos de Florencia, fue en Prato; y llegó a un hotel, donde, después de la puesta del sol, llegaron ciertos comerciantes, no para pasar allí la noche, sino para comprar más en el camino hacia el puente de Agliana. Estos mercaderes al ver a este muchacho muy miserable quedarse, le preguntaron qué tenía y de dónde era: cuando respondió a la pregunta, dijeron si quería quedarse y irse con ellos.

Al muchacho le parecieron mil años, y perdieron el viaje, y a las dos de la noche llegaron al pont'Agliana; y llamando a la puerta de una posada, el posadero, que se había ido a dormir, se acercó a la ventana:

- ¿Quién está ahí?

- Ábrenos, porque queremos alojarnos.

El posadero gruñó:

- ¿O no sabes que este país está lleno de pícaros? Me sorprende que no te hayan pillado.

Y el ventero dijo la verdad, que una gran brigada de bandidos estaba atormentando aquel pueblo.

Rezaron tanto que el posadero abrió; y entrando y acicalando los caballos, dijeron quequerían cenar; y el posadero dijo:

- No tengo bocado de pan.

Los comerciantes responden:

- ¿O cómo lo hacemos?

Di la oste:

- Sólo veo una manera para que este muchacho suyo se ponga unos harapos, para que parezca un sinvergüenza, y suba aquí desde esta playa, donde encontrará una iglesia: llame a Ser Cione, que es un cura allí, y de mi parte dime, préstame doce panes: digo esto porque, si los que hacen estas maldades encuentran a un niño mal vestido, no le dirán nada.

Al mostrarle el camino al niño, éste fue de mala gana, porque era de noche y era difícil verlo. Temeroso, como hay que creerlo, se puso en marcha, yendo envolviéndose ahora aquí y allá, sin encontrar jamás esta iglesia; y habiendo entrado en una arboleda, vio a un lado un arbolito que daba a un muro. Aconsejé ir hacia ella, pensando que era la iglesia; y llegando allí en una gran era, percibió que ésta era la plaza; y la verdad era que era la casa de un obrero: ve allí, y empieza a tocar la puerta. El trabajador, al oírlo, grita:

- ¿Quién está ahí?

Y el niño dice:

- Ábreme, ser Cione, porque este posadero del puente de Agliana me envía a ti, para prestarle doce panes.

El trabajador dice:

- ¿Qué panes? pequeño ladrón que eres, que acechas a estos criminales.
Si salgo, te enviaré a Pistoia y te colgaré.

El niño, al oír esto, no supo qué hacer; y mientras estaba fuera de sí, y volviéndose para ver si podía ver el camino que lo llevaría a un mejor puerto, oyó a un lobo aullar cerca del borde del bosque, y mirando a su alrededor vio un barril en un lado del bosque. era, todo hundido en la parte superior, y estaba en posición vertical; a lo cual recurrió inmediatamente, y entró en ella, esperando con gran temor lo que la fortuna pudiera disponer de él.

Y así, de pie, aquí estaba este lobo, como el que quizás estaba malhumorado por la vejez, y acercándose al barril, uno comenzó a rascarlo; y así frotando, levantando la cola, entró dicha cola por la boca de la boca. Cuando el niño sintió que su cola tocaba adentro, se asustó; pero aun viendo lo que era, con mucho miedo se puso a agarrarlela cola, y no dejarla nunca más que en su finca, hasta ver lo que había de ser de él.
El lobo, sintiéndose atrapado por la cola, comenzó a tirar: el niño se agarra fuerte y tira también; y así cada vez que tiran, y el barril cae, y empiezan a rodar. El niño se aferra y el lobo tira; y cuanto más fuerte tiraba, más golpes le daba el cañón. Esta caída duró dos horas completas; y tanto, y con tantos golpes de dar con el golpe al lobo, que murió el lobo. Y no fue, sin embargo, que el joven no quedó medio lacerado; pero la fortuna también lo ayudó, pues cuanto más se había agarrado a la cola, más se había defendido y ofendido al lobo.

Sin embargo, habiendo matado al lobo, no se atrevió a salir del barril en toda la noche, ni a soltarse la cola.

Por la mañana, levantándose el labrador, a cuya puerta había tocado el mozo, y yendo a proveer para sus tierras, había visto este tonel al pie de un burrato: se puso a pensar, y a decirse: "Estos diablos los que van de noche no hacen más que daño, porque nada más que mi tonel, que estaba en la era, me tiraron allá abajo"; y acercándose, vio al lobo tendido junto al tonel, que no parecía muerto. Empieza a gritar: - Lobo, lobo, al

lobo -; y acercándose, y corriendo los hombres del pueblo al estruendo, vieron al lobo muertoy al niño en el tonel.

Quién se santiguó aquí y quién allá, preguntando al joven:

- ¿Quién eres? ¿Qué quiere decir esto?

El niño, más muerto que vivo, que apenas podía respirar, dijo:

- Te recomiendo por el amor de Dios, que me escuches y no me hagas daño.

Los campesinos le hicieron caso, para oír la causa de tan nueva cosa, que dijo, desde la pérdida de los papeles hasta ese punto, lo que había encontrado. Los campesinos sintieron mucha lástima por él, y dijeron:

- Hijo, tienes una desgracia muy grande, pero la cosa no te irá tan mal como crees: en Pistoia hay una orden de que quien mata a cualquier lobo, y lo presenta al Municipio, se lleva de él cincuenta liras.

Un poco de vida perdida volvió al joven, habiéndole ofrecido ambos compañía y ayuda para llevar al dicho lobo; y asi acepto. Y junto con él algunos, llevando el lobo, llegaron al hotel del puente de Agliana, de donde había salido, y el hotelero se asombró de lo dicho, como es de suponer, y dijo que los mercaderes se habían ido. que él y ellos, viendo que no se había vuelto, creían que había sido devorado por lobos, o que había sido tomado por ladrones. Finalmente, el muchacho presentó el lobo a la Municipalidad de Pistoia, de la cual, habiendo oído cómo estaba el asunto, recibió cincuenta liras; y de estos gastos cinco lirasen honor de la brigada, y con las cuarenta y cinco liras, habiéndose despedido de ellos, volvió a su padre; y pidiéndole misericordia, le contó lo que le había sucedido, y le dio cuarenta y cinco liras. El cual padre, como un hombre pobre, voluntariamente le quitó y lo perdonó; y con dicho dinero hizo copiar los papeles, y vigorosamente las planchas sobrantes.

Y por eso nadie debe desesperarse jamás, ya que muchas veces, como la fortuna quita, así da; y como da, así quita. ¿Quién habría adivinado que los papeles perdidos junto al agua habían sido rehechos para un lobo que metió la cola por un agujero en un barril y que lo habían atrapado de nuevo? Ciertamente este es un caso y un ejemplo, no de que no se deba desesperar, sino de algo que no provoca desánimo ni melancolía.

NOVELA XVIII

Basso della Penna engaña a ciertos arqueros genoveses, y en un nuevo juego les gana lo que tenía.

Así como este joven compraba cincuenta liras pura y con gran sencillez, así con gran astucia el simpático Basso della Penna, relatado más abajo, ganó en esta novela más de cincuenta liras de bolognini en un nuevo juego. A esto Basso se topó con ciertos genoveses en su hotel de Ferrara que andaban jugando algunos de sus juegos; y el Basso, habiendo entendido su manera, un día antes de la cena se puso al lado de veinte liras de bolognini de plata y media pera, que eraen julio, considerando que después de la cena, lávese las manos, en la mesa despejada de 'arqueado ellos, y así lo hizo. Por haber comido, y discutido con ellos en la mesa despejada, el Basso dijo:

- Quiero jugar un juego contigo que no tenga malicia.

Y mete la mano en su bolsa, y saca bolognini, y dice:

- Pondré a cada uno de nosotros un bolognino frente a esta mesa, y el que tenga la mosca en su bolognino primero, se tira a sí mismo el bolognini que los demás tendrán frente a él.

Comenzaron con gran celebración a estar contentos con este juego, y les pareció hace mil años que empezó Basso. El Basso, como un delincuente, mete el bolognino debajo con las manos entre las piernas debajo de la mesa donde tenía media pera: y llegando a colocar el bolognino frente a cada uno, se clavó el que debía colocarse. en la media pera, con que la mosca continua se pone sobre su bolognino, excepto que de los cuatro tiempos se pone el de la pera delante de uno de ellos, para que venciendo a veces no noten la malicia.

Y sin embargo continuando así, comenzaron a sospechar, como les parecía mucho perder, y dijeron:

- Messer Basso, queremos poner el bolognini uno de nosotros.

bajo dijo:

- Estoy muy feliz, para que no sospeches.

Entonces uno de ellos con sus bologninos secos y áridos, que tal vez nunca habían tocado media pera, empezó a poner cada uno de sus bologninos. Basso los dejaba ir sin malicia cada vez que ganaban; cuando queria ganarlo, y le ponían el bolognino enfrente, muchas veces la yema de su dedo tocaba el centro de la pera, y mostrando que estaba preparando el bolognino que le ponían enfrente, lo tocaba con ese dedo, para que la mosca inmediatamente posea, aunque le costó poco esfuerzo, porque tienen nariz de beagle y estaban todos volando hacia el Basso, palpando la media pera, y también el lugar en el panel frente a él, donde anteriormente el boloñés ungido del Basso había dejado algún sustantivo; y así probando uno u otro de los genoveses, no pudieron evitar que el Basso no les ganara cincuenta liras de bolognini con una pera podrida, con lo cual se arquearon los arqueros, como habéis oído.

Y muchas veces sucede que son muchos los que se quedan con ciertas artes traviesas suyas siempre se les aconseja engañar y atraer a los demás hacia ellos, y tienen tanto valor en esto que no creen que nadie más pueda engañarlos, y no ponen

tratamiento.

Si tuvieran en cuenta a su compañero, que muchas veces no es ciego, no les pasaría lo que les pasó a ellos; pero que muchas veces el engañador queda al pie del engañado.

NOVEJA XIX

Basso della Penna da a ciertos extraños, que pedían sábanas blancas, que les den unas sucias, y ellos, quejándose, les prueban que les ha dado blancas.

Esta pera mézze, con la que Basso hizo tan bien sus negocios, me recuerda a otra novela corta de pere mézze, escrita anteriormente para dicho Basso, en la que se demuestra abiertamente que hasta el último momento de su muerte fue muy agradable. Pero antes de que llegue a esto, les contaré dos cuentos que hizo en menos de dos meses antes de morir, teniendo continua o terciana o cuartana, que luego lo indujeron a la muerte.

En Ferrara, unos florentinos llegaron una noche a su hotel y después de cenar dijeron:

- Bajo, te rogamos que nos des sábanas blancas esta noche.

Basso responde rápidamente y dice:

- No digas más, ya está.

Al llegar por la noche, cuando se acostaron, sintieron que las sábanas no tenían olor y estaban grasientas. Por la mañana se levantaron y dijeron:

- ¿Qué necesitabas, Basso, que te suplicamos tanto ayer por la noche que nos dieras sábanas blancas, y nos diste todo lo contrario?

bajo dijo:

- Oh, esta es una muy buena noticia; vamos a verlos.

Y habiendo llegado a la habitación, tira la tapa, y se vuelve hacia ellos y les dice:

- ¿Qué son éstos? son rojos? son azules? son negros? no son blancos? ¿Qué pintor diría que eran todo menos blancos?

Uno de los comerciantes miró al otro y se echó a reír, diciendo que Basso tenía razón y que no era un notario quien había escrito esas hojas para que fueran de un color diferente al blanco. Y con estos placeres durante mucho tiempo atrajo tanto a la gente que no les importaba la cama o la comida.

Y esta es una lógica agradable, que es buena para todos los artesanos, y especialmente para los hosteleros, que vienen a las manos muchos y de distintos lugares. Esta novela ha hecho sabios a muchos de los que la han escuchado; y yo, escritor, soy de los que al llegar a un hotel, queriendo sábanas limpias, me pregunto si me dan sábanas lavadas.

NOVELA XX

Basso della Penna organiza un banquete, donde, al no mezclar vino, los invitados quedan asombrados, y les explica con razón, y no con vino.

Este Basso (y es el segundo relato de los que propongo en estos arriba) en estos dos meses arriba contados, en que ya estaba febril por la enfermedad que luego murió, parecía querer cenar como Cristo lo hizo con su discípulos suyos; e invitó a muchos de sus amigos a venir y comer con él esa noche. Toda la brigada aceptó; y cuando llegó la tarde ordenada, estando muy bien preparada la comida, se sentaron a la mesa, y comenzando a comer, estaban los vasos puestos, de modo que ningún criado ponía vino.

Cuando los que estaban a la mesa hubieron tardado lo más que pudieron, dijeron a los sirvientes:

- Ponle un poco de vino.

Los familiares, como sombras, miran aquí y allá y responden:

- No hay vino.

De lo cual dicen que le cuentan al Bajo, y así lo hacen; de donde el bajo se mueve hacia adelante, e dado:

- Señores, creo que deben recordar la invitación que les fue hecha de mi parte: Los hice invitar a comer conmigo, y no a beber, porque no tengo vino que les pueda dar, ni que sea bueno. a ti, y así el que quiera beber sea enviado a su casa por el vino, o donde más le guste.

Dijeron entre risas que el Bass estaba diciendo la verdad, mandando a cada uno por vino si querían beber.

Basso también fue un loic aquí, pero este no fue un loic con provecho, excepto que ahorró el vino en este banquete; pero si quería ahorrar en todo, más lógico era no haberlos invitado que haber ahorrado también en la comida; pero su placer era tan grande que quería y estaba feliz de que le costara usar este

escritura.

NOVELLA XXI

Basso della Penna en el extremo de la muerte deja las moscas con una nueva forma cada año una canasta de peras mézze, y la razón, que las hace, por qué lo hace.

Ahora llegaré a esa historia de las medias peras, y es el último placer del Basso, aunque fue mientras moría. Este hombre, llegando a la muerte, y estando en el verano, y la mortandad tan grande que la mujer no se acercó a su marido, y el hijo huyó de su padre, y su hermano de su hermano, a causa de esa pestilencia, ¿cómo sabe él? a quien vio, se aferró con fuerza, quiso hacer testamento; y viéndose abandonado por toda su familia, hizo escribir al notario que permitía a sus hijos y herederos tener que dar todos los años en el día de San Jacopo en julio una canasta de retención de un bushel de peras mézze a las moscas, en un cierto lugar diputado por él. Y diciendo el notario: "Bajo, bromeas siempre nunca"; bajo dijo:

- Escribe como te digo; porque en esta enfermedad mía no tengo amigo ni pariente que no me haya abandonado, sino moscas. Y sin embargo, como les debo tanto, no creería que Dios tuvo misericordia de mí si no les diera crédito. Y para que tengáis la certeza de que no bromeo, y lo digo bien, escribid que si esto no se hace todos los años, dejo directos a mis hijos, y que los míos alcancen esta religión.

Finalmente fue conveniente que el notario escribiera para este tiempo; y por eso Bassofue discreto con este animalito.

No duró un instante, y llegando al cansancio, que poco sabía, se le acercó una vecina suya, como todas, que se llamaba Doña Buona, y le dijo:

- Bajo, Dios te haga saludable; Soy tu vecina Mona Buona.

Y la miraron con mucha dificultad, y dijeron que casi no se podía entender:

- Hoy, para morirme, me conformo con ello, porque ochenta años que he vivido nunca he encontrado ninguno bueno.

De cuya palabra no había nadie alrededor que pudiera contener la risa, y en esta risa murió poco después.

De cuya muerte yo, el escritor, y muchos otros que estaban en todo el mundo, nos apenamos, porque él era un elemento para quienquiera que estuviera en Ferrara. ¿Y no era su gran discreción con las moscas? Sanza que fue un gran reproche para toda su familia; porque son muchos los que abandonan en tales casos a los que habrían de poner mil muertes por su vida, y es tal nuestro amor, que no los hijos dan la vida por sus padres, sino que muchos anhelan su muerte, para ser más libre

NOVELA 22

Dos frailes menores pasan por donde uno murió en la Marca; uno predica sobre elcuerpo de tal manera que uno tenía el deseo de llorar que lo hacía reír.

La fama de amabilidad de Basso después de su muerte no fue tanto canonizada como la fama de un campesino rico falsamente canonizado en santidad en esta novela. No hace mucho tiempo que un granjero rico llamado Giovanni murió en la villa de la Marca d'Ancona; y estando, antes de ser sepultado, todos sus parientes, tanto hombres como mujeres, en llanto y en dolor, queriendo hacerle honor, ya que no había fraile que gobernara cerca, por casualidad pasaron dos frailes menores, que de los que eran diputados para hacer las compras se les pidió que no hicieran predicaciones en encomio de los muertos.

Los frailes, tan nuevos en el pueblo, y tan nuevos en haber conocido al muerto, empezaron a sonreír entre ellos, y apartándose, se decían:

- ¿Quieres predicar, o quieres que yo predique?

Dijo el otro:

- Dilo tú mismo.

Y siguió:

- Si predico, quiero que me prometas que no te reirás.

Él respondió que lo hiciera.

Dada la orden y la hora, y sabiendo el nombre del muerto, el digno fraile se fue, como es costumbre, a donde estaba el muerto y toda la demás compañía; y trepó bastante alto,proponer:

- Aquí Aquí. Por que nos referimos a Janni, aquí nos referimos a Joanni dello Barbaianni; No nos digo cavelle, porque vuela de noche. Señoras y señores, siento que este Joanni era un buen pecador, y cuando pudo escapar de las penalidades, lo hizo de buena gana; y viví bien según el mundo; se ha aprovechado mucho en servir a los demás, yse arrepiente mucho de ser servido: amplio perdonador es

Era para todos los que le hacían bien, y odiaba a los que le hacían mal. Con gran deleite miró a los santos de mandó; y según lo que he oído ha tenido mucho cuidado con los males y cosas malas ya que tiene que trabajar. Cuando sus vecinos estaban en necesidad, huyendo de cosas inútiles, siempre les servía: ayunaba cuando tenía que comer mal: vivía casto, cuando le costaba. Orador, me dicen que era mucho: decía muchos paternosters, al acostarse, y el Ave María por lo menos, cuando sonaba en su pueblo. A menudo fuera de la semana daba limosna. Llegando a la conclusión, sus modales y obras eran tales que hay pocas personas mundanas que no las elogien. ¿Y quién me diría: "Oh hermano, crees que este hombre está en el Paraíso?"

No lo creo. "¿Crees que está en el Purgatorio?" Dios lo haría. "¿Crees que estoy en el infierno?" Dios en el reloj. Y por tanto, consolaos, y dejad las lamentaciones, y esperad de él el bien que es de esperar, rogando a Dios que nos dé gracia a nosotros, que quedamos vivos, para estar mucho tiempo con los vivos, y los muertos con el ' que estás viendo aquí vivit et regnat in secula seculorum. Haz tu confesión, etc.

Corrió el rumor entre aquella gente grande y llorosa que había predicado noblemente, y que había afirmado que el muerto por su santa vida había subido a lo más alto del cielo.

Los frailes se fueron con una buena cena y con dinero en la bolsa, riéndose de ello todo el camino.

Tal vez este sermón de este frailecillo fue más verdadero y más sustancial que los de los grandes teólogos, que con sus palabras pondrán en el Paraíso a los ricos usureros, y sabrán que están mintiendo por el cuello; y el que quiera, que si un rico está muerto, ha hecho todos los males que alguna vez han pasado, no hará diferencia entre su predicación y la predicación de San Francisco; sino que lloran para llenarse del de los ignorantes que viven.

NOVELA 23

Messer Niccolò Cancellieri, para ser considerado cortés, hace invitar a muchos ciudadanos, y antes de que llegue el día del banquete, es atacado por la avaricia y los vuelve locos.

Este engaño que este fraile hizo con palabras encubiertas para mantener a un hombre santo, que no estaba cerca, no quiso usar a Messer Niccolò Cancellieri, un buen caballero, en sí mismo, excepto que era muy codicioso. Quien, queriendo cubrir este vicio dentro de sí mismo, al final se arrepintió, y no lo hizo.

Este caballero era de Pistoia, hombre experto y cortesano, estuvo y sirvió casi la mayor parte de su vida con la reina Juana de Puglia, y con los señores y barones de su tiempo y de ese país. Habiendo regresado a Pistoia, y haciendo allí su morada, sus vecinos lo estimularon y pintaron, diciendo:

- Ah, messer Niccolò, eres un caballero de muchos, salvo que la avaricia te echa a perder; hazte un lindo atuendo, y muéstrale a los Pistolesi que no sean tan codiciosos como sedientos conservó.

Tanto le dijeron que hizo invitar a todos los hombres notables de Pistoia ocho días antes a comer con él un domingo por la mañana. Y así hecho, cuando llegó al quinto día, que se acercaba la hora de comprar los alimentos, una noche pensó entre sí y se basó en la avaricia, porque al día siguiente había de empezar a desatar la bolsa, diciéndose mismo: “Este ajuar me costará cien florines, o más; y si hiciese cincuenta como éste, sería uno: no sea que no siempre se me tenga por tacaño. Y por tanto, como no se puede extinguir el nombre de la avaricia, no soy digno de gastar dinero en ello”.

Y así resolvió que por la mañana, después de levantarse, llamara al mismo criado que había invitado a los ciudadanos a su parte, y dijo:

- Tienes la inscripción con la que invitaste a esos ciudadanos a cenar conmigo; tómala de la mano, y como los invitaste, ve y desátalos.

El conocido dice:

- Doh, mi señor, mira lo que haces, y piensa qué honor te seguirá.

El caballero dice:

- Él está bien; honra con daño al diablo acompaña; ve y haz lo que te digo; y si alguien te pregunta la razón, responde que he pensado que perdería el gasto.

Y así fue el infante, y así fue, con lo cual muchos días se habló de él en Pistoia, burlándose del dicho messer Niccolò. El cual, siendo manifiesto a él, dijo:

-Quiero ante todo que hablen mal de mí con un cuerpo vacío, antes que con un cuerpo lleno mío.

No sé si este cautiverio fue mayor que el que habrían hecho los locos, cuando hubieren tenido cuerpos llenos, los cuales tal vez habrían sufrido aquellas comidas con muy gran burla de él, diciendo:

- Pues podrá gastar, y hacer banquetes, porque algo forzado parece y siempre tacaño. sostuvo.

Quedó el caballero en su miseria y fuera de la pena del banquete, que no le fue poco. Tenía este defecto, que en el mundo reina sobre todo por tal forma que es acaso la causa de los mayores males que se cometen en el círculo de la tierra.

NOVELA XXIV

Messer Dolcibene al Sepolcro, porque se lo dio a un judeo, es tomado y puesto en uno de sus templos, donde afea a los judíos en su escoria.

Si en la historia anterior el caballero no quería engañar a los demás y mostrarse como lo que no era, en ésta ciertamente Messer Dolcibene mostró e hizo creer a ciertos judíos que lo falso era verdad. Como se relata antes, Messer Dolcibene fue al Sepulcro; y cómo era de una condición nueva, y aficionado a las cosas nuevas, hablando con un judeo, porque hablaba contra Cristo, burlándose de nuestra fe; de donde salieron palabras tales que Messer Dolcibene dio al Judeo muchas batallas; después de lo cual fue apresado y conducido en una gran furia, donde fue encerrado en un templo judío.

Como se acercaba la medianoche, estando triste y solo así encarcelado, le vino el deseo de ir por la necesidad del cuerpo, y no pudiendo tener otro lugar más cómodo, en medio del templo descargó el fardo. Temprano en la mañana vinieron ciertos judíos y abrieron el templo, donde en medio del barrido encontraron esta fealdad. Al verlo, comienzan a gritar:

- El maldito cristiano que ha afeado el templo de nuestro Dios se está muriendo.

Messer Dolcibene, siendo atacado y apresado por ellos, teniendo mucho miedo, dijo:

- No fui yo; escúchame, si quieres: esta noche cerca de la medianoche oí un gran ruido en este lugar; y viendo que así era, y vi a vuestro Dios y a nuestro Dios que se habían juntado y se habían dado cuanto podían. Al final nuestro Dios se metió debajo del tuyo, y le dio tanto que en este esmalte hizo lo que ves.

Al oír a los judíos decir esto a Messer Dolcibene, dando a las palabras la gran fe que tenían, corrieron todos juntos hacia aquella escoria, y tomándola con las manos, todos sus rostros se enyesaron, diciendo:

- Aquí están las reliquias de nuestro Dios.

Y los que más se esforzaban en ponérselo en la cara parecían más felices; y dejando a micer Dolcibene, muchos se fueron contentos, con caras tan groseras;

Mucho más feliz estaba messer Dolcibene que es Judei; sin embargo, que era tanta noticia como para ensalzar a uno de sus iguales y ganar muchos dones, contándolo a señores y demás. Y yo creo que ella fue muy aceptable a Dios, y que en aquel viaje nada hizo tan meritorio que los incrédulos dolorosos se pusieran feos en aquellas reliquias que merecían en su tiempo.

NOVELA XXV

Messer Dolcibene por sentencia del Capitán de Forlí castra a un cura con nueva orden, y luego vende los testículos veinticuatro liras de bolognini.

La siguiente historia de Messer Dolcibene, que ahora quiero tratar, fue obediente, donde el pasaje era una burla.

En tiempo que era señor de Forlí, señor Francesco degli Ardalaffi, llegó allí una vez entre otros, señor Dolcibene: y el dicho señor quiso ejecutar a un sacerdote castrado, y como no se halló quien supiese hacerlo, dicho señor Dolcibene ella dijo que lo hiciera. El capitán no hubiera querido otra cosa, y así se hizo. Y micer Dolcibene mandó preparar un tonel, y habiéndolo roto por uno de los lados, lo envió a la plaza, haciendo llevar allí al cura, y fue a dicho lugar con una navaja y una bolsa.

Una vez llegados allí los dos, y llevados a ver gran parte de Forlí, habiendo hecho Msser Dolcibene que el cura le quitara la estrábula, le hiciese subir a horcajadas sobre el tonel, y le pusiere los testículos sagrados por el agujero de la boca de tonel. Hecho esto, bajó al barril, y cortó la piel con una navaja, los sacó y los metió en su bolsa, y luego los metió en una bolsa de caza, aunque se aconsejó, como un hombre malicioso, ganar dinero. , lo cual hizo. El afligido sacerdote, sacado del tonel, era llevado de esta manera a un gallinero, y allí se curaba por algunos días. El capitán disfruta todo sobre estas cosas.

Aconteció pues, pocos días después, que un primo del cura vino a escondidas a micer Dolcibene, rogándole encarecidamente que le diera aquellos granos, y lo hiciese para que se saciase; sin embargo que el sacerdote capponato no podía decir misa sin ellos. Messer Dolcibene, esperando a este mercader, ya los había mezclado y secado, y cuanto le dijo, y cómo los traficaba, recibió veinticuatro liras de bolognini. Hecho esto, dijo al capitán con gran alegría que había vendido tal mercadería; y no se podría decir la diversión y el festejo que el capitán hacía de ellos. Y finalmente, por placer y no por avaricia, de la cual era enemigo, dijo que quería este dinero y quele pertenecía. Messer Dolcibene pudo estremecerse mucho, porque aconteció que de entre las ramas de Faraone se sacaron doce liras de bolognini, dando la metada al dicho capitán.

Y aconteció que el sacerdote se fue sin un grano, de los cuales el capitán recibió doce liras, y Messer Dolcibene la misma cantidad del otro.

Esta era una hermosa mercancía nueva: así que a menudo se hacían otras similares, porque el mundo estaría mucho mejor; y que se les quitara a todos los demás, para que, pagándose ellos mismos, tuvieran ambos daños, y luego se les trajeran en una bolsa, para que al menos los vivos no hubieran llegado a tal grado que proclaman cruces todos los días sobre las esposas de otros, y que tenían prohibidas las hembras, llamándolas amigas unos, esposas algunos y primas algunos; ya los hijos que de ellos nacen, sus nietos los bautizan, no sintiéndose avergonzados de haber llenado los lugares sagrados de concubinas y de hijos nacidos de tan

NOVELA 26

Bartolino, hacedor de dobles florentino, encontrándose en el baño de Petriuolo con el maestro Tommaso del Garbo, y con el maestro Dino da Olena, les enseña a sacar sangre,
etc.

La doctrina que siguió no fue menos instructiva que la de Messer Dolcibene, que usó a Bartolino como dobleteador, estando en el Bagno de Petriuolo con el maestro Tommaso del Garbo y con el maestro Dino da Olena, discutiendo con ellos muchas cosas por placer, sin embargo , como eran científicos, no eran menos agradables que Bartolino. Entre otras cosas que les dijo a estos dos médicos fue que les preguntó si sabían sacar sangre del pedo. Los dos valientes al oír esto, comienzan a estallar en carcajadas de tal forma que casi no pudieron responder; incluso al final dijeron que no, pero que con gusto lo presentarían.

Bartolino dijo:

- ¿Cuánto quieres que te cueste?

El maestro Tomás dijo:

- Quiero que cada vez que estés enfermo, te pidan que te cures a ti mismo como un regalo.

Y el Maestro Dino dijo que quería ser obligado a que cada vez que uno quisiera hacerse hacer un jubón, nunca se lo hiciese con otra mano que no fuera la suya.

Bartolino dijo entonces:

- Y estoy feliz; ten cuidado, y te mostraré en el presente.

E inmediatamente se tiró un pedo en el agua del baño, que inmediatamente burbujeante salió a la superficie y formó una ampolla. Y Bartolino al ver la vejiga:

- Ahora sería mejor que tuvieras la sabiduría y te metieras dentro

A tantos como los tuvo en el baño, la risa casi los ahogó, y los trató más que a los demás.

Como escritor no sé qué fue mejor, ni qué le prometieron a Bartolino estos médicos, ni qué les enseñó Bartolino. Sea como fuere, Bartolino asumió honestamente su arte, pues muchos saben tanto como Bartolino les enseñó, o menos.

NOVELA 27

El marqués Obizzo da Esti le ordena al bufón Gonnella que se vaya de inmediato y no tenga que quedarse en su territorio; y lo que sigue.

Gonnella, bufón simpático, es decir, hombre de la corte, mostró al marqués de Ferrara nada menos que a Bartolino. Pero que teniendo el dicho tonto

habiendo cometido alguna pequeñez contra el Marqués Obizzo, o para tener placer en él, le mandó expresamente que no se quedara en su tierra; porque si estuviera allí, le cortarían la cabeza. Con lo cual Gonnella, como era nuevo, fue a Bolonia, y allí pidió un carro, y en él puso tierra de la de los boloñeses, y habiendo hablado y hecho un acuerdo con el conductor del carro preciado, subió y regresó. a en este carro frente al marqués Obizzo. El cual, viendo venir a Gonnella de tal manera, se maravilló y dijo:

- Gonnella, te dije que no deberías quedarte en mi tierra, y vienes en un carro frente a mí. ¿Qué quiere decir esto? ha' mi tu por tan poco?

Y dijo a sus sirvientes que lo agarraran con furor.

Gonnella dijo:

- Señor mío, escúchame por el amor de Dios, y hazme bien, haciéndome colgar por el cuello, si he fallado.

El caballero, queriendo oírlo, y pensando bien en alguna nueva razón para él, dijo:

- Espera un poco, para que diga lo que quiere.

Entonces Gonnella dijo:

- Señor, me ordenaste que no me quedara en tu tierra; después de lo cual fui inmediatamente a Bolonia, y puse tierra boloñesa en este carro, y he estado en eso y estoy ahora, y no en el tuyo, ni en el Ferrarese.

El marqués, al oír a este hombre, sufrió esta razón con gran diversión, diciendo:

- Gonnella, eres una falda falsa y con tantos y tan diferentes colores que ni el ingenio ni el arte me valen contra tu malicia: quédate donde quieras, te abandono.

Y con esta agradable astucia se quedó en Ferrara, y envió el carro de vuelta a Bolonia, y el marqués lo tuvo por más que antes.

Y así, con una nueva ley que ningún médico pudo nunca alegar, Gonnella alegó que el marqués no podía contradecirla con razón, y Gonnella ganó una fortuna con ella.

NOVELA 28

Ser Tinaccio, sacerdote de Castello, pone a un joven a dormir con una de sus hijas, creyendo que es una mujer, y la hermosa diversión que se produce.

El que en esta novela se mostraba mujer, y era hombre, hizo un espectáculo más nuevo y archivado. Pasando a la noticia, en mi tiempo había un sacerdote de una iglesia en Castello, en el campo de Florencia, uno que tenía el nombre de Ser Tinaccio, quien siendo ya anciano, había tenido en tiempos pasados, ya sea como amigo o como enemigo, una hermosa joven de Borgo Ognissanti, y había tenido una muchacha de ella, que en dicho tiempo era hermosa y casadera: y la fama estaba en todas partes de que la sobrina del cura era una cosa hermosa.

No muy lejos de esto estaba un joven, cuyo nombre y familia quiero guardar silencio, quien, habiendo visto a esta chica varias veces, y estando enamorado de ella, pensó una sutil malicia para estar con ella, y lo hizo. . Una tarde en tiempo de lluvia, siendo muy tarde, se vistió como un extranjero, y habiendo alegrado lo que tenía, se puso paja y paños sobre el pecho, haciendo alarde de estar encinta y de tener el cuerpo glotón, y se fue a la iglesia para pedir confesión, como hacen las mujeres cuando están a punto de dar a luz. Cuando llegó a la iglesia, era casi una hora después del anochecer, llamó a la puerta, y el cheric vino a abrir y preguntó por el sacerdote. El querico dijo:

- Hace un rato le llevó la comunión a alguien, y pronto volverá.

La mujer grande dijo:

- Ay, triste, estoy todo hecho un lío.

Y limpiándose frecuentemente la cara con una toalla, más por no ser conocido que por el sudor de su rostro, se sentaba con mucha prisa diciendo:

- Te esperaré, porque por el peso de mi cuerpo no podré regresar; y de nuevo, si Dios hiciera algo más por mí, no me demoraría.

El querico dijo:

- Estar a la buena hora.

Así esperando, el sacerdote llegó a una hora de la noche. Su pueblo era grande: tenían mucha gente que no los conocía. Al verla en la luz tenue, la mujer desfiló con gran angustia, y limpiándose la cara, le dijo que lo había esperado, y maldita sea por qué. Y el sacerdote comenzó a confesarla. La mujer varonil, como era, hizo muy larga su confesión, para que venga bien la noche. Habiendo hecho la confesión, la mujer comenzó a suspirar, diciendo:

- Trista, ¿adónde voy hoy, alguna vez esta noche?

Ser Tinaccio dijo:

- Sería una tontería; es una noche oscura y llovizna y parece que va a llover más fuerte; no te vayas a otra parte: quédate esta noche con mi niña, y mañana por la mañana te irás temprano.

Cuando la marimacho escuchó esto, le pareció que estaba bien encaminado hacia lo que deseaba; y teniendo apetito de lo que decía el sacerdote, dijo:

- Padre mío, haré como me aconsejes, ya que estoy tan cansada de venir que no creo poder dar cien pasos sin gran peligro, y el tiempo está malo y es de noche, así que haré como tú decir. Pero una cosa te ruego, que si mi marido no dice nada, me disculpes.

El sacerdote dijo:

- Déjamelo a mí

Fue a la cocina, como la mandó el sacerdote, y cenó con su doncella, usando a menudo la toalla facial para ocultar su rostro.

Cuando hubieron cenado, se acostaron en una habitación que no tenía más que una pensión entre ellos que la de Ser Tinaccio. Era casi en su primer sueño que la joven comenzó a tocar los senos de la niña, y la niña ya se había dormido un rato; y el sacerdote se oyó roncar fuertemente; mientras la mujer grande se acerca a la niña, y la niña, al oír quién se levantaba por ella, comienza a llamar a Ser Tinaccio, diciendo:

- Él es hombre.

Más de tres veces lo llamó antes de que me despertara; cuatro:

- O ser Tinaccio, es macho.

Y Ser Tinaccio todo dormido dice:

- ¿Qué dices?

- Yo digo que es macho.

Ser Tinaccio, al darse cuenta de que la buena mujer se había convertido en un niño, dijo:

- Ayúdalo, ayúdalo, hija mía.

Varias veces siguió a la niña:

- Ser Tinaccio, o ser Tinaccio, te digo que es un niño.

Y ellos respondieron:

- Ayúdalo, hija mía, ayúdalo, bendita sea.

Cansado Ser Tinaccio, como vencido por el sueño, se durmió, y la muchacha aún estaba agotada por la gorda y por el sueño, y aún le parecía que el cura la consolaba para ayudarla en lo que decía, aquella noche. se gastó lo mejor que pude. Y cerca de la madrugada, habiendo cumplido el joven su deseo cuanto quiso, manifestándose a ella, que ya se había domado sin almendras, y quién era él, y como encendido por su amor se había hecho mujer, sólo para ser con ella como con la que más amaba, y como arra, levantándose, al salir le dio dinero que tenía a su lado, ofreciéndole lo que había de ser suyo; y también ordenado para tiempos futuros cuantas veces se encuentran juntos; y hecho esto, con muchos besos y abrazos, se despidió diciendo:

- Cuando Ser Tinaccio te pregunte "¿qué tiene la mujer grande?", dirás: "Anoche hizo un niño varón, cuando te llamé, y esta mañana en el tiempo con dicho niño se fue con Dios".

La mujer grande se fue, y dejó la paja que llevaba en el pecho, en el saco de ser Tinaccio;el dicho ser Tinaccio, levantándose, fue hacia el cuarto de la muchacha, y dijo:

- ¿Qué mala suerte tuvo esta última noche, que no me dejaste dormir?
Toda la noche Ser Tinaccio, Ser Tinaccio: bueno, ¿qué pasó?

La niña dijo:

- Esa mujer hizo un niño hermoso.

- ¿O dónde está?

La niña dijo:

- Esta mañana desde hace mucho tiempo, creo que más por vergüenza que por otra cosa, se fue con el chico.

Se dice que es Tinaccio:

- Por favor dale la mala pascua, porque se demoran tanto que luego andan meando a sus hijos aquí y allá. Si puedo reconocerla, o saber quién es su marido, que debe estar triste, le digo una gran grosería.

La niña dijo:

- Te irá muy bien, porque ella tampoco me dejó dormir en toda la noche.

Y así terminó este asunto, porque a partir de esa hora Archimy no necesitó demasiado para unir los planetas, que luego se encontraron a menudo juntos; y el sacerdote tenía esas comodidades que dan a los demás. Así, como uno no puede vengarse de sus mujeres, igual engaño debía ocurrir a todos los demás, o sobrinas, o hijas, como así fue, que por cierto era uno de los mayores y uno de los más destacados que nunca. escuchó.

Y creo que el joven cometió un pequeño pecado al fallar contra aquellos que, bajo el pretexto de la religión, cometen tantos delitos contra los asuntos de los demás.

NOVELLA XXIX

Un caballero de Francia, siendo pequeño y gordo, va como embajador ante el Papa Bonifacio, arrodillado se echa un pedo, y con un hermoso lema repara el defecto.

Dejaré ahora un poco de aquellas cosas y engaños discutidos arriba, y llegaré a un agradable lema que un caballero franciscano arrojó ante el Papa Bonifacio octavo.

Un valiente caballero de Francia fue enviado como embajador con otro ante el Papa Bonifacio, cuyo nombre era Messer Ghiriberto, que era bajo de persona, y lo más lleno y gordo posible. Y cuando llegó el día en que debía entregar esta embajada, como hombre poco acostumbrado a tal asunto, preguntó a alguien qué reverencia se acostumbraba mostrar cuando uno de sus pares iba ante el Papa. Bien informado el caballero, el mismo día se presentó ante el Papa para arreglar la embajada; y queriendo hacer lo más diestramente posible su persona, se arrodilló la primera vez; como si fuera difícil para él, todavía salió; llegando al segundo de rodillas, el cansancio del primero añadiéndose al segundo, y queriendo apresurarse y no poder, le obligó a hacerse sentir de tal modo que se hacía sentir la parte de abajo. El caballero, al ver que lo insultaban, inmediatamente acudió en su ayuda, juntando las manos en las caderas, diciendo:

- Déjame hablar, que mala mezcla tiene Don Doi para ti.

El Papa Bonifacio, que había oído todo, y también el agradable lema del embajador, dijo:

- Di lo que quieras, te entenderé bien.

Y llegando a los pies del Santo Padre, lo recibió con gran diversión; y siguió su embajada,y habiéndola alejado con dos bocas consiguió mejor del Papa lo que pedía.

Fue muy apreciado el rápido remedio de este caballero, el cual, sintiéndose haber caído en tal vergüenza contra su voluntad, recurrió inmediatamente a él, por otros

no había remedio, ni más agradable. Ya ha habido otros hombres de ciencia que, diciendo una embajada ante el Papa, por más que se les haya ocurrido la casualidad de la vergüenza, han caído, sin saber por qué, de tal manera que han sufrido mucho para volver a sus sentidos. .

NOVELA XXX

Tres embajadores de los caballeros de Siena y un escudero van al Papa, el escudero es el que habla, y el por qué, y lo que sigue con gusto.

No menos valiente fue este embajador sienés al declarar audazmente su cargo de embajador ante el Papa, ya sea el Caballero de Francia.

Fue en Siena en tiempo que el Papa Gregorio X mandó enviarles una embajada solemne, y eligieron tres caballeros y uno que no era caballero, que era el mejor orador de Siena, cuando tres o cuatro veces había bebió un buen vino antes de arreglar la embajada: y no bebiendo de la manera dicha, no hubiera podido decir jorobado. Y esta condición, oh naturaleza, me parece como escritor una de las más extrañas y diferentes que jamás se haya oído.

Estos cuatro embajadores sieneses se movieron y fueron a la corte: y como era la mañana que habían de partir la embajada, se retiraron a un lado de la venta y uno de los caballeros comenzó a decir:

- ¿Quién lo dirá?

Dijo uno de ellos:

- ¿Que quieres decir? ¿Y quién no sabe a quién decir? dilo

Empezó a defenderse, que no era caballero; y que, dicho él, era para avergonzar a los otros compañeros embajadores, que eran caballeros; y que de ninguna manera quería hacer.

En pocas palabras, bien podría decirse de Berta y Bernardo que él, inmovilizado por los tres, acordó que él era el orador. Y con el método acostumbrado, se envió el mejor vino de la tierra y dulces. Beúto, que tuvo tres veces al narrador, fue a arreglar la embajada, que estaba tan bien dispuesta para el escudero como ninguna otra que había arreglado. Hecho esto, y despedidos por el Papa para esa mañana, regresaron al hotel. Y estando algo amontonado, dijo el orador a los caballeros:

- No sé si lo dije bien, ya tu manera.

Los caballeros dijeron:

- Claro que dijiste mejor que nunca dijiste.

El orador respondió y pronto:

- Por la santa sangre de Dios, que si hubiera bebido otro golpe le hubiera dado en la cara.

Cuánto se rieron los caballeros de las palabras de este camarada, no se podría decir. Y el orador mostró que el que no tiene corazón, abandonando toda temeridad, nunca puede decir bien.

Y así es verdad que cuando el hablante habla, debe tener confianza y valor, ya que hablar siempre falla por miedo; y quien está listo y atrevido ante el sumo pontífice rara vez o nunca sucede que ante todo señor no hable con denuedo.

NOVELA 31

Se envían dos embajadores de Casentino al obispo Guido d'Arezzo; se olvidan de lo que se ha cometido, y de lo que les dice el obispo, y cuando vuelven tienen gran honor de haber hecho bien.

Si el pasado embajador amplió su discurso, o su retórica para beber vino, en este mostraré cómo dos embajadores beben un buen vino, como si no fueran de gran memoria, pero que casi la pierden.

Cuando el obispo Guido estaba señoreando sobre Arezzo, se crearon dos embajadores para los municipios de Casentino, para enviarlo con ciertas solicitudes. Y habiéndoseles encargado lo que habían de decir, tarde en la noche se les ordenó que se movieran por la mañana. De los que volvía por la tarde

en su casa, acomodaron sus alforjas, y por la mañana partieron para emprender su viaje señalado. Y habiendo caminado varias millas, se dijeron unos a otros:

- ¿Recuerdas el encargo que nos hicieron?

El otro respondió que no lo recordaba.

Dijo el otro:

- O me quedé frente a tu novia.

Y ellos respondieron:

- Y yo estaba en el tuyo.

Se miran y dicen:

- ¡Abbiàn pur bien hecho! ¿O cómo lo vamos a hacer?

Dice el uno:

- Bueno, ahora, pronto estaremos cenando en el hotel, y allí nos juntaremos, no puede ser que nuestros recuerdos no regresen.

Dijo el otro:

- Bien dicho -; y cabalgando y soñando llegaron a terza a la venta donde habían de cenar, y pensando y pensando hasta que estuvieron para ir a la mesa, nunca pudieron recordarlo.

Cuando fueron a cenar, les dieron un vino muy bueno. Los embajadores, a los que les gusta más el vino que tener en cuenta el encargo, empiezan a apegarse a la copa; y bei y ribei, cionca y ricionca, cuando hubieron comido, no que se acordaron de su embajada sino que no supieron donde estaban, y se fueron a dormir. Tan pronto como se durmieron, todos se despertaron en un estupor. Se dijeron unos a otros:

- ¿Todavía recuerdas nuestro negocio?

Dijo el otro:

- No sé; me recuerda que el vino del anfitrión es el mejor vino que he bebido; y desde que cené, nohe vuelto a saber de ti, excepto ahora; y ahora solo sé dónde estoy.

Dijo el otro:

- Te diré lo mismo; bueno, ¿cómo vamos a hacerlo? ¿Qué diremos?

Brevemente dijo uno:

- Quédate aquí todo el día de hoy; y esta noche (porque sabes que la noche adelgaza el pensamiento) no puede ser que no recordemos.

Y estuvieron de acuerdo con esto; y allí permanecieron todo ese día, encontrándose a menudo con sus pensamientos en la Torre de Vinacciano. Por la noche, estando en la cena y trabajando más con el vidrio que con la madera, cuando hubieron cenado, apenas se entendían. Se acostaron y toda la noche roncaron como cerdos. En la mañana se levantaron, uno dijo:

- Que haremos?

El otro respondió:

- Mal Dios no lo quiera, como no recordé nada anoche, creo que nunca lo recordaré.

Dijo el otro:

- A los guagneles, que estamos bien, que no sé qué es, o si fue ese vino, o alguna otra cosa, que nunca he dormido tan profundamente, sin poder despertar nunca, como dormí anoche en este hotel.

- ¿Que demonios significa esto? - dijo el otro. -

Montemos nuestros caballos, y vayamos con Dios; tal vez lo recordemos mientras tanto.

Y así partieron, diciéndose a menudo por el camino:

- ¿Te acuerdas?

Y el otro dice:

- No yo.

- Ni yo.

Así llegaron a Arezzo, y se dirigieron al hotel; donde a menudo apartándose, con las manos en lasmejillas, en una cámara, nunca podrían recordarlo. Dice uno, casi desesperado:

- Vamos, Dios nos ayude.

El otro dice:

- ¿O qué diremos, que no sabemos qué?

Esos respondieron:

- Aquí no es donde debería quedarse.

Se arriesgaron y fueron al obispo; y llegando donde estaba, hicieron una reverencia, y quedaron allí sin llegar a otra cosa. El obispo, como un hombre que llevaba mucho tiempo de pie, se levantó y fue hacia ellos, y tomándolos de la mano, les dijo:

- Allí sois bienvenidos, hijos míos; que novedades tienes

Uno mira al otro:

- Eso es todo.

- Eso es todo.

Y nadie dijo. Finalmente el uno dijo:

- Señor obispo, somos enviados embajadores ante vuestra señoría por vuestros servidores de Casentino, y los que nos envían, y nosotros que somos enviados, somos hombres muy materiales;y ellos hicieron la orden de la tarde a toda prisa; si la cosa es, o no pueden decirnos, o no hemos podido entenderlo. Os ruego con ternura que os sean recomendados esos Comunas y hombres, que muera para los ghiades que nos enviamos, y para los que allí vinimos.

El sabio obispo puso su mano sobre sus hombros y dijo:

Ahora ve y di a esos hijos míos que siempre tengo la intención de hacer todo lo que me sea posible por su bien. Y para que de ahora en adelante no se gasten en enviar embajadores, cuando quieran algo, escríbanme, y yo les responderé por carta.

Y así despidiéndose, partieron.

Y estando en el camino, se dijeron unos a otros:

- Asegurémonos de que no interfiere con nosotros cuando volvemos o cuando nos vamos.

Dijo el otro:

- ¿O qué tenemos que tener en cuenta?

Dijo el otro:

- Y por eso se quiere pensar, sin embargo, que tendremos que decir lo que expusimos, y lo que nos fue contestado. Sin embargo, si nuestra gente de Casentino supiera cómo olvidamos su comisión y volviéramos ante ellos como si fuéramos olvidadizos, no es que nunca nos enviarían como embajadores, pero nunca nos darían un cargo.

Dijo el otro, que era más travieso:

- Déjame este pensamiento a mí. Diré que postulo que tenemos la embajada ante el obispo, que gentilmente en todos los aspectos siempre se ofreció a ser puntual para todo el bien de ellos, y por mayor amor dijo que por menos gasto cuando lo necesitaran, para su paz. y descansa escribe una carta sencilla, y deja en paz a las embajadas.

Dijo el otro:

- Has pensado bien; cabalguemos fuerte, para que lleguemos temprano al vino que tú sabes.

Y así espoleados llegaron a la venta, y cuando llegó uno de sus infantes al estribo, no preguntaron por el ventero, ni cómo había de cenar, sino a la primera palabra preguntaron qué era el vino.

El gato dijo:

- Mejor que nunca.

Y aquí se armaron la segunda vez no menos que la primera, y antes de partir, como se sacaron muchos muscioni del pueblo, se echó el vino y se quitó el barril. Los embajadores, entristecidos por esto, se lo llevaron también, y alcanzaron a quien los había enviado, teniendo más en cuenta la mentira que habían compuesto que la verdad anterior, diciendo que ante el obispo habían hecho tan hermosa barandilla, y dando a entender aquél había sido Tulio y el otro Quintiliano, y fueron muy elogiados, y desde entonces tuvieron muchos oficios, que las más veces fueron de alcaldes o de massai.

¡Oh, cuántas veces sucede, y no sólo de los iguales a estos pequeños hombres, sino de los mucho más grandes de ellos, que son todos enviados por embajadores, que con las cosas que suceden tienen que hacer lo que hace el Soldán en Francia;y escriben y dicen que de día y de noche nunca han echado, sino que siempre con gran solicitud han trabajado, y todo ha sido obra de ellos; que cortan e intervienen, y muchas veces estarán con esa sensación de que un tronco; y son encomiados por quien los envió, y recompensados con oficios muy grandes y con otros premios, porque la mayor parte parten de la verdad, y especialmente cuando, creyéndolos, ven seguir una ventaja.

NOVELA 32

Un fraile predicador en una tierra toscana, predicando durante la Cuaresma, al ver que no era una persona para escuchar, encuentra la manera de decir que demostrará que la usura no es un pecado, que hace que muchas personas acudan a él y abandonen a los demás. .

Un fraile, de quien hablaré en este capítulo, pudo componer su fábula mejor que los embajadores de Casentino pudieron componer la suya. Sin embargo, en una de las grandes tierras de la Toscana, cuando se predicaba en el tiempo de Cuaresma, como es costumbre en muchos lugares, un fraile predicador, siendo que los otros que predicaban, como suele suceder, eran muchas personas, y casi nadie fue a él dijo un miércoles por la mañana en el púlpito:

- Señores, es una buena noticia que he visto a todos los teólogos y predicadores en un gran error; y esto es que han predicado que prestar es usura y pecado muy grande, y que todo prestamista va a la perdición. Y hasta donde puedo entender, y hasta donde he encontrado, he visto que prestar no es pecado. Y para que no creáis que estoy hablando en burla, o que estoy haciendo argumentos lógicos extremos, os digo que es todo lo contrario de lo que siempre han predicado. Y para que no creáis que cuento fábulas, porque el tema es grande, si tengo tiempo, predicaré sobre ello el domingo por la mañana; y si no tengo tiempo, otro día para que lo corte, para que te vayas feliz y libre de todo error.

La gente que escucha esto, algunos murmuran aquí y otros murmuran allá. Después del sermón, salen de la iglesia; la boca va aquí y allá; todo el mundo piensa: "¿Qué significa esto?" Los prestamistas se regocijan y los mendigos se entristecen; y tal no había prestado, que comienza a prestar. Quien dice: "Este hombre debe ser un hombre muy bueno"; y quien dice que debe ser una oveja; esto nunca se dijo de nuevo.

Y en fin, toda la tierra esperaba la mañana del domingo, la cual, cuando llegó, como la gente siempre está ávida de cosas nuevas, todos corrieron a ocupar su lugar, y los demás predicadores pudieron predicar en los bancos. Al principio tuvo tan pocas audiencias que de uno a otro tenía varios brazos; ahora estaban tan cerca que se ahogaban el uno al otro; y esto era lo que él había deseado.

Llegando el fraile al púlpito, y rezando el Avemaría, para no estropear su predicación, propuso arriba el Evangelio, y dijo:

- Diré primero ciertas cosas morales; luego contaré la historia del Evangelio; y enfin unas partes para enseñarnos, como la materia requiere, y después de esto hablaré de usura, como os prometí deciros.

Y este digno fraile predicando por un gran espacio, se dedicó mucho tiempo a las partes del Evangelio; y llegando a la de la usura, era muy tarde la hora, porque eran pasadas las tres, y esto lo había hecho para tranquilizar a la gente. De lo cual dijo:

Señores, este Evangelio me ha engañado esta mañana, porque es de mucha sustancia, y su meollo es profundo, como habéis oído, y por eso he gastado tanto más que esta mañana que no tendría tiempo de decir lo que Te lo prometí; pero tened paciencia, porque en estas mañanas venideras no se tardará tanto en predicar; y cuando vea el tiempo, os predicaré, que me parece mil años, para sacaros de este error.

Y así le di de comer desde hoy hasta mañana hasta el otro domingo, en que se congregó más gente que antes. Subiendo al púlpito y predicando, dijo:

- Señores, yo sé que la razón de que tanta multitud esté aquí es sólo para oír lo que les he dicho varias veces, es decir, de prestar. Por lo cual pido disculpas, ya que estaba un poco acalorado con la fiebre; y por lo tanto discúlpeme esta mañana; pero venid hoy, y si Dios me concedere gracia, os predicaré.

Y ahora con una excusa, ahora con otra, durante toda la Cuaresma hizo que la gente acudiera a él, manteniéndolos suspendidos hasta el Domingo de Oliva. Entonces el dijo:

- Te he prometido tantas veces decir tal cosa que no quiero morirme esta mañana que no te digo lo que te he prometido. Vosotros sabéis, señores, que la caridad es agradable a Dios, cualquiera que sea otra virtud, o más. Y la caridad no es otra cosa que ayudar al prójimo, y el prestar es ayuda; por tanto, digo que se puede prestar, y que está permitido; y más aún, que quien presta, merece.
Pero, ¿dónde está el pecado, y dónde está? El pecado está en el cobro; y por lo tanto prestar y no cobrar, no que sea pecado, pero es una misericordia muy grande, y agradar a Dios.Y también digo más que se puede cobrar de manera que no sea pecado, pero es una caridad muy grande. Verbigrazia, uno presta a otro

cien florines, cobra cien florines un día determinado, y no más; este préstamoy este cobro es permitido, y es muy agradable a Dios, y sería aún más agradable, si por amor o caridad no se cobran, sino que se dejan libremente al deudor. Así que tenéis que la usura está en cobrar más de lo que es justo, ya que el pecado de poseer no está en los cien florines, sino en lo que se da más de lo que es cierto; y esta pequeña cantidad te hace perder toda la caridad que sería de cien florines, y también el servicio y bien que hubieras hecho al buen hombre que te rogaba, y se convierte en cosa ilegal y devolución. Y por tanto, en conclusión, hermanos míos, os digo y afirmo que no es pecado prestar, sino que el gran pecado es cobrar más allá de lo verdadero; y con esto vas, y prestas vigorosamente, porque ciertamente puedes prestar de la manera que he predicado; y cuidad de cobrar, y así seréis hijos de vuestro padre, aquí en coelis est.

Y él hizo la confesión, que no fue entendida ni oída, debido al gran murmullo y cuchicheo que había en ella; y quien rió muy fuerte, diciendo:

- Hizo bien por uno, y toda la cuaresma venimos a escuchar este sermón, y esta mañana venimos cuando no era de día. Por desgracia, está muerto en la grava, que debe ser un ladrón.

Quién mata aquí y quién allá, más días para la tierra no se dijo más. Este fraile pudo haber sido un hombre valiente, porque había mostrado, o querido mostrar a la gente, cuán ligero era, y que corrían más prestos a las ramas y cosas nuevas que a las de la Sagrada Escritura; y aun así iban de buena gana a oír a quien dijera cosas según sus apetitos.

Los prestamistas corrieron a este sermón, y los que querían prestar; y éstos fueron burlados como merecían; cómo han tomado tanto del campo que han hecho de ellos un concepto, que Dios no ve y no entiende, y han bautizado la usura con diferentes nombres, como don del tiempo, del mérito, del interés, del trueque, de la civanza , barroco, retrangle y tantos otros nombres: cosas que son un gran error, sin embargo, que la usura esté en la obra y no en el nombre.

NOVELA 33

El obispo Marino excomulga a Messer Dolcibene, y luego, recomendándolo, golpeando con el mazo demasiado fuerte, Messer Dolcibene se levanta y, arrojándose debajo de él, le da varios golpes.

Así como el fraile predicador en la novela pasada se burlaba de un gran populacho, en esta parece que Messer Dolcibene quería vengarse de un obispo.

Habiendo llegado, pues, a una tierra de los Malatesta en Romaña, un obispo Marino, ya sea por un exceso cometido por él, o por complacerse en él, lo había excomulgado o dado a conocer. Y teniendo en esto más gusto que aquellos señores, este obispo, no queriendo recomulgarlo, lo tuvo al margen, y tuvo mucha necesidad de volver a Florencia, y buscó recomunicación. Aconteció que uno de los señores, como habían mandado, les dijo:

- He hecho tanto con el obispo que te volverá a comunicar; haz arreglos para que estés en esa iglesia mañana por la mañana, y él hará por ti lo que sea necesario.

Y dijo hazlo.

Y el señor, que había mandado que le diera el obispo que se arrepintiera, fué allí otra vez por la mañana, y pareció no haberlo hecho, quedándose en el coro. Y Messer Dolcibene vino a ese lugar para encontrarlo. Y a esa hora había entrado el obispo en una capilla, y estaba esperando que su amigo fuera a él, y dijo el señor a messer Dolcibene:

- El obispo está allí: ve, acaba con esto.

Y así se fue; y habiendo llegado al lugar ante el obispo, se arrodilló; y el obispo,que tenía un buen hombre en la mano, habiendo hecho la confesión sobre su cabeza, dijo:

- Di, Dios, ten piedad de mí según tu gran misericordia.

Y los que lo dicen varias veces, cómo hacerlo; y el obispo agitando su varita como si se estuviera vengando; como él dice: “Di, Miserere mei Deus secundum magnam mercedem tuam”; y trae el club; y señor

Dolcibene si leva, e pigliando il vescovo, e dicendo a un tratto: "Y según una gran multitud de puños"; e darli, e cacciarselo sotto, fu tutt'uno.

Y cuando ella le ha dado lo que quería, corre al seno del señor, que estaba cerca, y lo había visto todo. La familia del obispo corrió tras él para prenderlo, el señor, mostrándose perturbado, dijo:

- Tráelo a mi casa, porque quiero hacer este castigo.

Y esto lo dijo para consolar al obispo y quitárselo de las manos. Se apoderó de messer Dolcibene, y el señor se acercó al obispo, diciendo:

- ¿Cómo está esto?

Y el obispo respondió:

- Por el Corpus Christi, porque Satanás lo defecó.

Y así, murmurado el obispo, volvió al obispado, y micer Dolcibene se quedó escondido más de un día. Y finalmente el señor se lo dio al obispo para que entendiera que le había hecho dar tanta cola que tal vez nunca estaría sano en sus brazos; y les hizo poner una toalla alrededor de sus cuellos, y aliviar su brazo; y el obispo parecía completamente humillado por esto. Y tal vez al cabo de ocho días, mister Dolcibene, notificando al señor de ello, y teniendo el obispo que decir misa sencilla, estando el señor aparte de la iglesia, fue a dicha misa casi a punto de celebrar, y llegó tan lejos adelante como sea posible, llevando al obispo el cuerpo de Cristo, y sale Messer Dolcibene:

- Este hombre tampoco dijo el padrenuestro de San Giuliano esta mañana.

El obispo, al oír a este diablo allí, y al oír el lema, teniendo el cáliz en sus manos, se rió tanto que estuvo a punto de que el cáliz se le cayó de la mano. Y después de decir misa, micer Dolcibene ya se había ido con el señor, lo perdonó esa misma mañana, y fue después tan gran amigo suyo que el obispo apenas supo vivir sin él. Y el señor vio que esto sucedía como él quería, y estaba contento.

Y así piensa uno el glotón, otro el posadero. El obispo advirtió contra el juego y no dio motivos para avergonzarse, como habéis oído. Y quizás, para ser obispo, necesitaba disciplina, como Messer Dolcibene. Y todavía no se debe, ni por broma ni por deber, despreciar a un pecador cuando llega a la contrición, ya que no se quiere jugar con las cosas sagradas;

porque al empuñar la varita además de la manera debida, adquirió un bien para él que nunca le faltó.

NOVELA XXXIV

Ferrantino degli Argenti de Spuleto, estando a sueldo de la Iglesia de Todi, cabalga fuera, y luego, habiendo regresado todo mojado por la lluvia, va a una casa, donde encuentra junto al fuego muchas viandas y una joven, en la que él se queda durante tres días como les gusta.

Otro castigo dio Ferrantino degli Argenti de Spuleto a un calonaco de Todi; sin embargo, siendo cardenal del Fiesco por la Iglesia de Todi, y habiendo conducido soldados, uno de ellos era uno que tenía por nombre Ferrantino degli Argenti da Spuleto, a quien yo, el escritor, y muchos otros vimos ejecutar en Florencia en el MCCCXC o alrededor, por esta razón señale que montaba un caballo con un par de bridas de una forma tan inmensa que sus correas eran muy bien un cuarto de un brazo de ancho.

Habiéndose tomado un castillo en Todino por un hidalgo de Todi, se acordó que cabalgasen allí todos los soldados, entre los cuales estaba este Ferrantino; y habiendo hecho tanto daño alrededor del castillo sin recuperarlo, volviendo hacia Todi, cayó una lluvia muy fuerte, de la cual todos se mojaron, y entre los otros Ferrantino se mojó más que nadie, porque su ropa parecía sarda, estaban tan afeitados.

Este hombre estando tan mojado, entró a Todi, y fue a desmontar a una casita que alquilaba, y le dijo a uno de sus pajes que arreglara los caballos en el establo, y se fue a buscar por la casa si encontraba fuego. o leña para encenderla: ninguna le pareció buena, mas que era pobre escudero, y su mansión parecía ser la Badía a Spazzavento.

Al ver esto, y que estaba todo húmedo y helado, dice: "Así que no debo quedarme". Enseguida salió, y de puerta en puerta metiendo la cabeza, y subiendo las escaleras, se puso a ir a buscar casas ajenas, y a hacer la impresión de secarse, por si allí encontraba fuego. Yendo de uno a otro, por suerte se topó con una puerta, por donde entró y subiendo, encontró en la cocina un fuego muy grande con dos ollas llenas, y con una brocheta de capones y perdices grises, y con una muy graciosa y doncella, que volteó dicho asado. Ella era de Perugia, y

su nombre era Catalina. Así ella, al ver que Ferrantino entraba inmediatamente en la cocina, se desmayó completamente y dijo:

- ¿Qué deseas?

Y él dijo:

- Me sacan de ese lugar, y estoy todo mojado, como puedes ver: no hay fuego en mi casa, y no podía demorarme, porque me habría muerto: te lo ruego, déjame secar, y luego yo se irá

La niña dijo:

O sécate rápido y vete con Dios, que si volviera micer Francesco, que tiene una gran fiesta para cenar con él, no le iría bien, y me daría muchos golpes.

Ferrantino dijo:

- Lo haré yo, ¿quién es ese messer Francesco?

Ella respondio:

- Es Messer Francesco da Narni, que está aquí Calonaco, y vive en esta casa.

Ferrantino dijo:

- O yo soy el mejor amigo que tiene -; (y no lo conocía sin embargo).

La niña dijo:

- Ay, acaba con esto, porque todavía estoy sufriendo de fiebre.

Ferrantino dice:

- No te preocupes, pronto estaré seco.

Y así puesto, volvió micer Francesco, y entrando en la cocina a buscar la comida, vio a Ferrantino secándose, y dijo:

- ¿Qué estás haciendo? ¿Quién es él?

Y Ferrantino dice quién es, cómo es.

Messer Francesco dijo:

- Dios malo te da; hay que ser ladrón, para entrar en casas ajenas; salir de la casa ahora mismo.

Ferrantino dice:

- Oh Reverendo Padre, su paciencia , para que me seque.

El calonaco dice:

- ¿Qué Pater Merdente? Te digo que salgas de la casa lo mejor que puedas.

Y Ferrantino se detiene y dice:

- Me seco mucho.

- Te digo que salgas de la casa, a menos que te acuse de ladrón.

Y Ferrantino dice:

- Oh sacerdote Dei, miserere mei -; y no se mueve.

Cuando Messer Francesco ve que no se va, va por una espada y dice:

- Al cuerpo de Dios, que veré si te quedas en mi casa a pesar de mí -; y corre con la espada hacia Ferrantino.

Al ver esto, Ferrantino se levanta y acerca su mano a la de ella, diciendo:

- No me engañes.

Y después de la vaina se encontró con el calonaco, tanto que lo hizo retroceder al salón, y le salió al encuentro Ferrantino, y así se encontraron los dos en el salón, haciendo escaramuza sin tocarse.

Cuando micer Francesco ve que no puede echarlo, habiendo tomado también su espada, y como Ferrantino muele con la suya, dijo:

- Por el cuerpo de Dios, iré directo a acusarte ante el cardenal.

Ferrantino dijo:

- Yo también quiero venir.

- Vamos vamos.

Y mientras ambos bajaban las escaleras, cuando llegaron a la puerta, dijo micer Francesco a Ferrantino:

- Ir más allá.

Ferrantino dice:

- Yo no iría delante de vosotros, que sois oficiales de Cristo.

Y dijo tanto que Messer Francesco salió primero.

Como había salido, y Ferrantino cerró la puerta y se encerró dentro; e inmediatamente, como está, tiró por la escalera cuantos muebles pudo sacar de ella, de manera que quedó bien apuntalada la puerta por dentro; y así llenó toda la escalera con ella, tanto que dos cargadores no la hubieran vaciado en un día; y así se aseguró de que la puerta pudiera estar asegurada por fuera, pero no abierta. Al ver el calonaco de afuera tan cerrado, pareció estar en mal estado, viendo en posesión de la carne cocida y cruda a uno que no sabía quién era; y estando afuera, muy amablemente llamó abierto el pozo para él.

Y Ferrantino sale a las ventanas, y dice:

- Ve con Dios para lo mejor de ti.

-Oye, abre -dijo el calonaco-.

Y Ferrantino dijo:

- Yo abro -; y abrió su boca.

Viendo que estaba fuera de sus posesiones y otras cosas, y siendo aún burlado, fue al cardenal, y allí se quejó de este caso.

En este, cuando llegó la hora de la cena, la fiesta que iba a cenar con él, se presentó y llamó a la puerta. Ferrantino se hace en las ventanas:

- ¿Qué deseas?

- Vamos a cenar con Messer Francesco.

Ferrantino dice:

- Te has equivocado de puerta; Ni Messer Francesco ni Messer Tedesco están aquí.

Se quedan un poco olvidadizos, y luego vuelven y tocan. Y Ferrantino redescubrió las ventanas:

- Te dije que no está aquí; ¿cuantas veces quieres que te lo diga? Si no te vas, te tiro algo en la cabeza que te desanimará, y sería mejor que nunca vinieras -; y comienza a tirar unas piedras en una puerta de reunión para hacer un gran ruido.

En resumen, la mayor parte iban a cenar a sus casas, donde encontraban los platos muy mal preparados; y el calonaco, que había ido a quejarse al cardenal, y que tan bien había preparado, tuvo que procurarse otra cena y otro hotel: y no sirvió que el cardenal mandó mensaje alguno para decir que saliera de aquella casa ; pero cuando alguien llamó a la puerta, les arrojó una gran piedra; con lo cual cada uno se volvió inmediatamente.

Todos afuera agotados, Ferrantino le dice a Caterina:

- Vamos a cenar, que hoy estoy seco.

catalina dice:

- Me harás abrir la puerta de aquel cuya casa es, e ir a tu casa.

Ferrantino dice:

- Esta es mi casa; esto es lo que Dios misericordioso preparó para mí esta noche. ¿Quieres que rechace el regalo que tal señor me ha dado? Has pecado mortalmente hasta en lo que dijiste.

Supo tocarlo bien antes de que lo dejara Ferrantino; y se acordó, ya sea por la fuerza o por amor, que ella pusiera la comida en la mesa, y que se sentara a la mesa con Ferrantino, y ambos cenaron muy bien: luego, habiendo limpiado los restos de comida, Ferrantino dijo:

- ¿Cuál es la habitación? ve a dormir.

catalina dice:

- Estás seco y tu cuerpo está lleno, ¿y ahora quieres dormir allí? de buena fe no lo estás haciendo bien.

Ferrantino dice:

- Bueno, mi Catherine, si mi venida aquí hubiera empeorado tu estado, ¿qué me dirías? Te encontré cocinando para otros en forma de soldado de infantería, y te traté como a una mujer; y si Messer Francesco y su brigada fueran

habiendo venido a cenar aquí, tu parte hubiera sido muy magra, donde la tuviste muy doble, y adquiriste el cielo ayudándome, que estaba todo blando y hambriento.

catalina dice:

- No tienes que ser un caballero, porque no harías esas cosas.

Ferrantino dice:

- Soy caballero, y también conde, lo cual no es el caso de los que iban a cenar aquí; y mucho más bien has hecho: vete a dormir.

Caterina abdicó, pero aun al final se acostó con Ferrantino, y no cambió de lecho, pues durmió en el mismo lecho que el calonaco; y así toda la noche Ferrantino se secó con ella, y por la mañana levantándose, se quedó en aquella casa lo que duró la comida, que fueron más de tres días, en que micer Francesco fue a Todi, y mirando a pocas horas de de lejos hacia su casa, parecía un loco, a veces enviaba espías para saber si Ferrantino la había dejado; y si alguno iba allí, las piedras de las ventanas estaban en el campo. Al final, habiendo consumido la comida, Ferrantino salió por una puerta trasera, lo que no pude hacer por la de delante, por la cantidad de enseres tirados; y se fue a su casa pobre y mal amueblada, donde el paje y dos de sus caballos habían comido muymal, y allí hizo penitencia; y messer Francesco volvió a su casa por la puerta trasera, y tuvo que arrastrar y reorganizar muchos enseres domésticos a cambio de la cena.

Y Caterina les dio a entender que ella siempre se había peleado y defendido contra él, y que él no tenía autoridad para hacer nada con ella. Entonces el cardenal, a la llamada del calonaco, mandó y para uno y para otro, diciéndole a Ferrantino que se disculpara por un pleito que le había hecho. Ferrantino disculpándose dijo:

- Señor Cardenal, no nos predica otra cosa sino que tengamos caridad con el prójimo: como volví del ventero todo mojado, en forma de que estaba más muerto que vivo, en mi casa no encontré ni fuego ni otro bien, no quería morir. Como Dios quiso, este valor religioso, que está aquí, me hizo bajar en la casa, como había un gran fuego con ollas y asados alrededor; Me puedo conformar con eso, sin causar ni acoso ni arrepentimiento a la persona. Llegó ahí, y me empezó a llamar grosero, y que me salgo de él

hogar. Sigo con buenas palabras, rogándole que me deje secar: no me sirvió de nada, pero con una espada en la mano corrió hacia mí para matarme. Para no estar muerto, puse mi mano en mi mano para defenderme de él hasta la puerta de la calle, donde, saliendo, me encerró dentro y él fuera, sólo por miedo a la muerte; y ahí he estado por este miedo, Dios sabe cómo, hasta el día de hoy.

Si quiere que me condenen, se equivoca; No tengo que perder nada, y puedo irme y quedarme en casa: no saldré a menos que sepa por qué; porque lo muchoque me ofende.

Oyendo esto el Cardenal, llamó aparte al calonaco, y dijo:

- ¿Qué es lo que quieres hacer? ves lo que dice, y puedes entender quién es; hacer las paces entre vosotros, creo que sería lo mejor, antes que queráis hacer las paces con un hombre de dinero: - de lo cual él accedió.

Y así mismo llamó aparte a Ferrantino, y juntos los apaciguó, y no para que el calonaco no mirara mucho rato a Ferrantino andrajoso.

Así Ferrantino, seco como estaba, y habiendo llenado su cuerpo tres días, y con la mujer del calonaco tomando el placer que quería, tuvo buena paz; que quisiera que todo laico o seglar tuviera, empleando las cosas blandas y superfluas de los chéricos, y siempre interviniendo en sus comidas y banquetes y mujeres, qué pasó con este noble calonaco, que bajo una apariencia honesta de religión, todos los vicios de la glotonería, de la lujuria y de los demás, según sus apetitos, sin medio alguno que empleen.

NOVELA XXXV

Un chericon, sin saber gramática, quiere con la intervención de un cardenal, de quien es servidor, pedir ante el Papa Bonifacio una beneficencia, donde dispone lo que es terrible.

Y para mostrar bien cuánto la mayoría de los clérigos llegan a recibir beneficios sin conocimiento y descripción, le contaré aquí una breve historia, que usted, lector, podrá conocer muy bien. En tiempo del Papa Bonifacio, siendo un chericone criado de uno de sus cardenales, el cual, no que supiera gramática, apenas sabía leer, el dicho cardenal queriendo hacer algo con él, le hizo hacer una petición para impetrar a algunos beneficio del santo padre. Y conociéndolo muy bien, dijo:

- Ven aquí. Os he hecho hacer una súplica, que quiero que hagáis ante el santo padre, y os traeré ante él. Ve con valentía, porque te preguntará algo en gramática; si sabes responder a lo que te pregunta, responde y no temas; si no lo entiendes, y no sabes cómo responder, me mirarás a mí, que estaré del lado del papa, y te diré lo que tienes que decir, para que puedas entender a mí; y como entendáis de mí, así responderéis.

Dijo el chericon, que hubiera sabido mejor comer una palangana de habas:

- Lo haré.

El cardenal encontró la súplica y, habiéndosela dado, la llevó ante el Papa, encomendándolo a su santidad; y el chericon, poniéndose de rodillas, se lo entregó; y el cardenal se paró a un lado del papa, y se volvió hacia el chericone, solo para insinuarle lo que iba a decir si era necesario. Tan pronto como el Papa recibió la súplica, la leyó; y mirando a este clérigo, considerando que era quien es, le preguntó:

- ¿Qué es terrible?

El chérico, al oír este terrible nombre, y sin saber qué responder, miró al cardenal, que agitaba el brazo, como cuando se da incienso.

con lo terrible. Y el cheric, pensando en lo que decía, escribió en letras gordo:

- El fulano del burro, cuando está erguido, santo padre.

El Papa, al oír esto, pareció decir: “Él respondió lo mejor que pudo. ¿Y qué hay más terrible que eso? Y él dijo:

- fiat, fiat -; y volviéndose hacia el cardenal, riéndose, dijo: 'Llévatelo; fiat, fiat.

Y así se hizo.

¡Qué grande era este chericon, que no consideraba lo que decía, ni ante qué, haciendo así una buena presentación! y por esto tuvo el beneficio; porque habiendo sabido algo, tal vez no lo hubiera ayudado. Y tal vez esta grandeza suya fue motivo para que alcanzara una mayor dignidad, como suele sucederles a muchos que tienen en sus manos a nuestro Señor, que tienen menos descripción que los animales irracionales.

NOVELA XXXVI

Tres florentinos, cada uno por sí mismo, y con nuevos avisos de guerra entre ellos y ' Pisani, corre ante los Priores, diciendo que han visto cosas que ninguna estaba cerca a cien millas de distancia; y lo mismo habían hecho ellos, y no sabían qué.

Lo que dicen los tres florentinos en este capítulo saben mucho menos que el pasado chérico. En el tiempo en que los florentinos tuvieron guerra por última vez con Pisanos, ya que los ingleses que estaban del lado de los pisanos habían cabalgado hacia el territorio florentino, un tal Geppo Canigiani, que estaba en su lugar en San Casciano, asustado por un ruido o del agua o del viento, como cuando llega el mal tiempo, se da cuenta de que el ejército puede ser enemigo, y trae la noticia a los Signori de Florencia, para venir en gracia. Y así, montado en su caballo, con las espuelas golpeadas, fue al Palagio de' Priori a desmontar; y yendo delante de los Signori, dijo que venía de San Casciano, y que los enemigos venían hacia Florencia con gran alboroto.

Los Señores preguntan si los ha visto; dijo que no, pero que los había oído.

- ¿Cómo los escuchaste?

Y dijo que había oído un gran ruido.

Los Priores dicen:

- ¿O sabes que ese ruido era el enemigo? Él respondió:

- O él era caballero, o ella era agua.

Se encogieron de hombros y le dieron las gracias, y se fueron con Dios.

El segundo era uno que tenía por nombre Giovanni da Pirano que, estando fuera de la puerta de San Niccolo en uno de sus caballos, algunos bueyes huyeron hacia dicha puerta, creyendo que tenía enemigos en la sangre, espoleó a la yegua, y huyendo en la tierra delante de dichos bueyes, nunca quedó que estaba delante de dichos Priores, diciendo:

- Gracias a Dios, que todos los bueyes uncidos huyen por la puerta de San Niccolò.

Y Priori nota este hombre con el otro de arriba, y dicen que estaba atento, y muchas veces les traía noticias.

El tercero era uno que se llamaba Piero Fastelli, el cual, aunque era comerciante, tenía costumbre con ballesta y corazas en tiempos de guerra de andar así a pie, unas veces una milla y otras dos. Sucedió que, estando los ingleses con el campamento pisano en la llanura de Ripole, a dos millas de Florencia, y a causa del mal tiempo lluvioso y brumoso, que duró muchos días, habiendo salido Piero una mañana tal vez con una ballesta fuera de dicha puerta , disparó un gran verrettone hacia el lecho del Arno; volvióa Florencia, e inmediatamente se dirigió a dichos Priores, y dijo:

- Señores míos, me acerco al campamento enemigo, y les he disparado un gran verrettone en gran detrimento de ellos; pero la espesa niebla no me dejaba discernir.

Los Señores se miran y dicen:

- Piero, harían falta muchos de tus compañeros, porque con menos de cincuenta verrettoni los enemigos serían derrotados: ve y trata de dispararles, y a menudo tráenos noticias.

Así estos caballeros fueron advertidos en pocos días por tres hábiles barcos de guerra de tres cosas que sufriría Dabuda. Y por lo tanto, quien está acostumbrado al comercio no puede saber qué tipo de guerra es; sin embargo, las comunidades se desmoronan cuando no están en paz; quienes, quedándose a hacer su arte, dicen: "Hemos vencido a los enemigos"; como la mosca, que está en el cuello del buey, cuando se le dice: "¿Qué haces, mosca?" y ella dice: "Vamos a arar".

NOVELA 37

Bernardo di Nerino, llamado Croce, habiendo llegado a una discusión uno por uno con tres florentinos, confunde a cada uno por sí mismo con una sola palabra.

Entendió mejor lo que dijo en tres cosas a tres hombres, estando en contienda con ellos, éste de quien ahora hablaré. Bernardo di Nerino, llamado Croce, era en un principio un trueque, y en este tiempo era de una naturaleza tan fuerte y despreciada que se metía escorpiones en la boca, y con los dientes los aplastaba a todos, y así hacía las palizas. y que tipo de ferrucola era mas venenosa. Si era de otra naturaleza, que cada uno piense que a causa de una fiebre ardiente, continua y mortal, desafiados por los médicos viéndolo muy ardiendo, quisieron hacer cuenta de tal naturaleza, preguntándole: tenían lo metieron desnudo en una tina de agua fría, como salía del pozo, y tomando a este hombre tan quemado y desnudo, lo sumergieron en ella, el cual comenzando a temblar y rechinar los dientes, al rato lo volvieron a meter en la cama, y de inmediato comenzó a mejorar, y la 'quema en la forma que guerío.

Ahora, volviendo al asunto, él, prestando un trueque desnudo en Frioli, volvió rico a Florencia, y hablando a menudo a otros, ofreció palabras en preguntas que confundían a todos; y yo, el escritor, estuve presente en tres ocasiones, que se dirá a pie. La primera fue que, teniendo palabras con un estado de trueque, como él, un hombre muy inútil llamado Fascio di Canocchio, dicho Fascio
dijo a la Cruz:

- Te parece un gran maestro, y me daría el corazón para venderte en el puente de Sorgano.

Y la Cruz respondió:

- Estoy muy seguro de ello, y es una señal, cuando se encuentra un comprador para mí, que estoy considerando algo; pero no me daría el corazón venderte en el puente de Rialto, manteniéndote allí todo el tiempo de mi vida, es tan triste y doloroso.

Se quedó en silencio y estaba confundido.

La segunda vez que la dicha Croce discutió en la piazza di Mercato Nuovo con un hombre llamado Neri Bonciani, que parecía más miserable que Fascio di Canocchio, estaba demacrado y muy tacaño, y había muchos ciudadanos atraídos por el ruido.
Cuando ve correr por allí mucha gente, se vuelve hacia ellos, diciendo contra el dicho Neri:

- Ah miren, señores, por lo cual murió Cristo, que es cosa de no estar nunca contento ni contento.

Toda la brigada se echó a reír, y el estrangulador de Neri se llenó de tal forma que echó a andar sin decir una palabra.

La tercera fue que Giovanni Zati, no siendo aún caballero, siendo muy pequeño y demacrado, y teniendo a su padre prestado en Frioli, quiso morder la Cruz del alma en el préstamo que había hecho, y puso sus palabras en el paraíso; está allá
Croce dijo después de muchas palabras:

- Giovanni, me gustaría hacerte una pequeña pregunta; y esto es lo que me gustaría saber de usted,si usted fue al lugar común, y el trabajo del cuerpo estaba hecho, y necesitaba usar la tela, y en ese lugar había samites en un lado, cortinas en la otra, otra parte eran trapos para ese trabajo, ¿cuál llevarías para asearte?

Él respondió:

- Me llevaría las piezas de ese trabajo.

Y la Cruz dijo rápidamente:

- Y también el diablo contigo.

Sintiéndose tan mordido, y la vista flaca y sus obras, que aún no merecían el paraíso, como se daba a creer, nunca ni entonces ni después entabló semejantes discusiones con él.

Y así esta Croce se equivocó a estos tres por sí mismos, que son muchos como estos que están tan equivocados que creen que todos los demás son ciegos, y les parece que tienen los ojos del lobo, sin pensar quiénes son. .ni cuánto valoran sus obras, siendo peores que aquellos con quienes contienden, quieren hacer buena tierra, mostrándose buenos, siendo lo contrario. Y por eso nació aquel proverbio: “El bandido corre tras el

convicto". Pero a todos les sucedió que cayeron sobre Croce, quien, no siendo Sócrates, ni Pitágoras, ni Orígenes, ni ninguno de los otros filósofos que tenían frases profundas, sino un hombrecito inútil, con razones tan nuevas que las confundía a medida que confundió estos tres con los que llegó a cuestionar: esto no le dio ciencia, sino sutileza e ingenio de naturaleza.

NOVELA 38

Messer Ridolfo da Camerino con una hermosa palabra confunde el dicho de sus enemigos bretones, burlándose de él, porque no salió de Bolonia.

Las palabras notables y los breves dichos de Messer Ridolfo da Camerino recuerdan la historia pasada; de los cuales mencionaré algunos aquí al final. Sin embargo, como escritor, encontrándome en Bolonia por un buen tiempo con él, cuando era capitán general de guerra de los florentinos, y de todas las demás ligas para la guerra de la Iglesia, cuando el cardenal de Ginebra, que más tarde tomó de nombre Papa Clemente en Vignone, había venido con los bretones a las puertas de dicha villa, y un sobrino del dicho messer Ridolfo nacido de su hermana, llamado Gentile da Spuleto, yendo a ganar dinero, como hacen los hombres de armas , al hacer escaramuzas con dichos Brettons, fue capturado por Ellos. Y sabiendo los britanos que era sobrino de micer Ridolfo, despectivamente le dijeron:

- Estamos esperando a tu capitán: ¿por qué no sale? sentimos que todavía estamos en la cama: sal, ven.

Gentile respondió que estaba esperando gente y que muy bien iría a verlos en el lugar y el momento adecuados. Podían darles cincuenta ducados en tamaño, y lo dejaron a la fe que él iría a procurarlos. De vuelta en Bolonia, y dirigiéndose a Messer Ridolfo, Messer Ridolfo dijo:

- ¿Qué dicen los bretones?

- Dicen: “¿Qué hace ese capitán tuyo quedándose adentro? ¿Que no sale? lo esperamos”.

Messer Ridolfo dijo:

- ¿Cómo respondiste?

gentil dijo:

- Le respondí que saldrías pronto, pero que esperabas gente.

Messer Ridolfo dijo:

- Mal dijiste, que Dios te haga daño.

Y gentil dijo:

- ¿Por qué Señor?

Messer Ridolfo dijo:

- ¿Vas a volver?

gentil dijo:

- Sí, señor, pero tengo que traerles cincuenta ducados por la merced que me han puesto.

Messer Ridolfo dice:

- Si te dicen más: "¿Por qué no sale messer Ridolfo?" y respondes: “Porque no entras en ella”; y no te preocupes por nada más.

¿No era una palabra agradable para un capitán de guerra? ciertamente hermoso y notable, como si lo hubieran llamado Escipión o Aníbal: y esta respuesta era prueba demasiado mayor a los enemigos (si Gentile se los decía) para mostrarles quién era micer Ridolfo, y por cuánto, que si dos veces la I había derrotado en el campo de batalla. Otros con poca experiencia y práctica en el dominio de las armas se habrían quedado atascados en las palabras, y cuanto más decían, menos reputación tenían.

NOVELA 39

Agnolino Bottoni de Siena envía un perro cerdo a Messer Ridolfo de Camerino, y él se lo devuelve con palabras a dicho Agnolino con una sustancia deliciosa.

Este otro lema que sigue del dicho Messer Ridolfo era muy risible.
Francesco, señor de Matelica, tuvo una vez guerra con el dicho Messer Ridolfo; y muerto el dicho Francesco, quedaron sus hijos, los cuales, para estar seguros y para defenderse de él, un tal Foscherello de Matelica, que era cabo grande en compañía de uno que tenía por nombre Boldrino, hizo su cuarto en Matelica en disposición que Boldrino tenía toda su brigada de los hijos de Francesco.
Y como es costumbre en las guerras, este Foscherello, como enemigo acérrimo de micer Ridolfo, hizo cabalgar con hombres de armas al territorio de micer Ridolfo, para lo cual mató y despojó ochocientos puercos, y los condujo a Matelica.

Mientras Messer Ridolfo no podía vengarse de sus enemigos por algunos días, apareció un sirviente de Agnolino Bottoni de Siena con un muy hermoso gran danés en la mano, y fue ante Messer Ridolfo e hizo su reverencia, dijo que Agnolino Bottoni se lo presentó. con ese perro Micer Ridolfo, mirando al perro y al sirviente, preguntó de quién era bueno aquel perro. El familiar respondió:

- Como cerdos, mi señor.

Y dijo messer Ridolfo:

- ¿Y cómo lo consigue?

El familiar dijo:

- Cuando uno, y cuando dos por día, según los halle el hombre.

Messer Ridolfo dijo entonces:

'Amigo mío, este no es mi perro, devuélvelo a Agnolino y dime que lo he recibido, pero que este perro no es de mi incumbencia, a menos que atrape más de un cerdo a la vez. Si llega uno de Foscherello da Matelica y toma ochocientos de una vez, pídele que me lo envíe.

El criado, oyendo a este hombre y viendo qué regalo no recibía, se fue casi humillado, dando cuenta del perro y de la embajada a Agnolino, quien al oír el hecho, dijo que mister Ridolfo decía muy bien, por tener tan poca consideración que , habiéndoles sido arrebatados en los de ochocientos cerdos, le envió un perro que tal vez no pasará en el mes una vez que tenga algunos
uno.

¡Qué grata fue la frase de micer Ridolfo! porque rara vez sucedería que, habiéndosele dado un regalo a alguien, y éste no lo quiso y lo devolvió, que los que lo enviaron no sintieran molestia o indignación. Y fue tan ameno su discurso, que Agnolino no soportó ninguno, pero confesó haber fracasado, sólo por la pérdida de ochocientos cerdos pertenecientes a micer Ridolfo.

NOVELA XL

El dicho messer Ridolfo a uno de sus sobrinos, que ha vuelto de Bolonia para dar la razón, le prueba que ha perdido el tiempo.

Y no menos hermosa fue la noticia que sigue, ni menos hermosa palabra, la que dijo a uno de sus sobrinos, que llevaba diez años en Bolonia para comparecer en derecho; y volviendo a Camerino, habiéndose convertido en un diestro abogado, fue a visitar a micer Ridolfo. Después de la citación, Messer Ridolfo dijo:

- ¿Y qué hiciste en Bolonia?

Esos respondieron:

- Mi señor, tengo razón.

Y dijo messer Ridolfo:

- No gastaste tu tiempo en eso.

Respondió el joven, a quien le pareció muy extraño el dicho:

- ¿Por qué, mi señor?

Y dijo messer Ridolfo:

- Porque tenía que aparecer la fuerza, que vale uno por dos.

El joven se puso a sonreír, y pensando una y otra vez, él y los demás que lo escuchaban vieron que era verdad lo que decía micer Ridolfo. Y yo, un escritor, estando con ciertos alumnos que escucharon de Messer Agnolo da Perogia, dije que perdían el tiempo estudiando lo que estaban haciendo. Ellos contestan:

- ¿Por qué?

Y seguí:

- ¿Qué equipo tienes?

Ellos dicen:

- Parecemos correctos.

Y yo dije:

- ¿O qué harás con él si no se usa?

Así que ciertamente no ha corrido mucho en él; y el que quiera tener razón, que si hay un poco más de fuerza en el otro lado, la razón no tiene nada que hacer. Y por lo tanto, se ve hoy que tanto el juicio corporal como el pecuniario pronto se dictan sobre los pobres y los impotentes; contra los ricos y poderosos raramente, porque triste es el que poco puede hacer.

NOVELLA XLI

Muchos cuentos, y dichos del dicho Messer Ridolfo agradables, y con gran sustancia.

En esta novela me corresponde, después de haber entrado a hablar de este digno hombre, mencionar algunos de sus dichos; sin embargo que, en mi opinión, fue un filósofo natural de muy pocas palabras. Digo, pues, que un amigo suyo, que hacía mucho tiempo que no lo veía, dijo:

- Messer Ridolfo, has rejuvenecido diez años desde que no te vi.

Y Messer Ridolfo lo mira de reojo, diciendo:

- Me consuela lo que dices, pero sé que no nos estás diciendo la verdad.

Dijo el dicho Messer Ridolfo que no queria que sus criados tuvieran su propia

mejor que él. Cuando hacía mucho frío, dijo:

- Ve a encender el fuego, y caliéntate allí, y cuando haya hecho las brasas, llámame.

Quería que la infantería tuviera humo y no lo quería.

El dicho Messer Ridolfo estando al servicio del rey Luis de Sicilia, yendo con ciertos hombres de armas, fue atacado; después de lo cual se acordó que todos huyeran con las espuelas golpeadas y acamparan. Messer Ridolfo volvió entonces a la presencia del rey, y el rey le dijo:

- Ridolfo, ¿cuánto tiempo le habrías dado a esas espuelas?

Y ellos respondieron:

- No sé sobre esto: pero sé muy bien por cuánto tiempo me habría retenido para hacer el pacto.

Hizo voltear las velas de cera a su mesa de pies a cabeza, poniendo encima la parte más gruesa de la cera verde, diciendo que quería que fueran sus sirvientes y no él la que se llevara la delgada; y de esto comenzaron a hacer velas cortadas.

Estando en Bolonia el dicho messer Ridolfo, capitán de guerra de los florentinos, cuando tenían guerra con la Iglesia, se le dijo que el Papa había vendido o empeñado a Vignone para hacer una gran guerra; y él dijo:

- Nuestro Papa es muy sabio; quiere vender lo que tiene, comprar lo que no conoce.

Estando micer Ridolfo con la reina y con los demás dando la orden para el papa de Fondi, volviendo a su casa, encontró a mi yerno mister Galeotto, quien le dijo cuánto era contra Dios y contra su alma que él había hecho, respondió:

- Aiolo hizo para que tengan tanto que ver con sus negocios que dejen en paz a los nuestros.

Dicho Messer Ridolfo habiendo ido a visitar a Messer Gian Auguth, que estaba fuera de Perogia con su ejército, y luego yendo a visitar al abad de Mon Maiore, que gobernaba Perogia por medio del Papa, y había sido hecho cardenal en aquellos días, él le dijo:

- Habiéndonos hecho mal, fue hecho cardenal; si nos hubieras hecho peor, te habrían hecho mesa.

Habiendo casado una joven hija suya con Messer Galeotto, que ya era anciano, muchos de sus vecinos y hombres y mujeres le dijeron:

- Doh, messer Ridolfo, ¿qué ha hecho usted para darle un joven a un viejo?

Respondió:

- Lo hice por nosotros, no por ella.

Fue pintado en Florencia, cuando perdió el favor de la comuna, para avergonzarlos; habiéndole dicho, dijo:

- Y los santos se pintan: se hacen santos.

Otra vez por esta cosa así hecha, estando en una de sus tierras, y hallando un súbdito suyo que volvía a arreglar sus viñas y tierras, le preguntó de dónde vendría; dijo que venía a arreglar viñedos y otros negocios suyos.

Dijo a algunos de los que estaban con él:

- Tómenlo, y vayan y cuélguenlo por los pies.

Ellos y ellas preguntan:

- Señor, ¿por qué?

Y ellos respondieron:

- Porque los florentinos me hicieron colgar de los pies porque me ocupaba de mis propios asuntos; según esa razón y esa ley (pues hay que creer que es los florentinos lo ven mucho) debe ser ahorcado; ve y cuélgalo.

Y después de un rato lo despidió; y por esto se excusó y acusó a otros.

Dijo que los santos eran tratados como cerdos: cuando el cerdo muere, toda la casa y todos lo celebran, y así mismo todo el mundo y todos los cristianos celebran la muerte de los santos.

Todavía decía a menudo: "Triste para ese hijo, que el alma de su padre se va al cielo".

Cuando los florentinos en MCCCLXII tuvieron guerra con los pisanos, siendo ellos capitanes de guerra y habiendo acampado en la Valdera, teniendo dos consejeros florentinos, tal vez mercaderes o laneros, que una noche pensaron que el campamento no estaba bien en aquel lugar y que estaría mejor en una montaña cercana; y levantándose por la mañana con este pensamiento, apartaron a micer Ridolfo y dijeron que les parecía que en tal lugar estaba mucho mejor el campamento; Messer Ridolfo, en cuanto los oyó, sonriendo y mirándolos, dijo:

- Ve, ve, ve a las tiendas a buscar la ropa.

Si está diciendo la verdad, todo hombre piensa que tiene que hacer merchandising o arte mecánico con la industria militar.

No estando satisfechos con él al final de la guerra con la Iglesia, los del regimiento florentino lo mandaron pintar, como se dice más adelante. Entonces, después de cierto tiempo, después de haber sido empujado, le fueron enviados ciertos embajadores florentinos a quienes hizo dos cosas. La primera, que desde el mes de julio había sido invitada por él a la mesa, se encendía un gran fuego detrás de ellos en una chimenea, como si hubiera sido en el mes de enero. Los embajadores, sintiendo el fuego doler por el calor a sus espaldas, preguntaron a micer Ridolfo cuál era la razón por la que en julio mantenía el fuego encendido en la mesa. Messer Ridolfo respondió que lo hizo porque cuando los florentinos lo habían pintado, lo habían pintad

sin calcetines en la pierna; como resultado de lo cual sus piernas se habían enfriado tanto que nunca había podido calentarlas desde entonces, y por lo tanto tuvo que mantener el fuego cerca para calentarlas. Los embajadores sonrieron un poco, pero casi se callaron. Después de la comida venían los capones cocidos y lasañas, que micer Ridolfo mandó remojar su cuenco mucho antes de que estuviera tibio, y los de los embajadores que viniesen bien calientes y muy calientes a la mesa. Y así cuando llega a la mesa, micer Ridolfo seguro que empieza a tomar el cusulero lleno de ellos. Los embajadores, al ver esto, estaban seguros de que podrían tomarlos con la misma seguridad; por lo que al primer bocado todo el paladar se agrió, de modo que uno comenzó a llorar, y el otro comenzó a mirar el techo y a sollozar.

Messer Ridolfo dice:

- Che miri?

Y esos dice:

- Miro este techo, que estaba tan bien hecho: ¿quién lo hizo?

Messer Ridolfo dice:

- Maestro Súffiaci lo hizo; no lo conoces?

Los embajadores entendían alemán y dejaron que la lasaña se enfriara; y entonces se dijeron unos a otros:

- Nos viene muy bien, que enseguida corremos a pintar a los señores como si fueran porteadores y nos ha mostrado bien lo que nos conviene.

Y así, casi humillados, regresaron a Florencia, donde, al enterarse de la noticia, se tuvo por hecho que micer Ridolfo había devuelto pan por focaccia.

Había enviado un soldado de infantería con cartas, y apresado por uno de sus enemigos, le cortaron las manos. Y volviendo al dicho Messer Ridolfo con las manos cortadas, dijo:

- Mi señor, he hecho esto por usted.

Y ellos respondieron:

- Lo verás cuando te abroches, si lo has hecho por ti o por mí.

Siendo reprendido por Messer Galeotto que era viejo sin hijos... casado y dueño de ciertas tierras de otros, respondió:

- Sé que cada vez...

Y el rey Carlos envió a quejarse de él, que había ayudado al duque... a venir sobre ellos. Él respondió:

- Puse el caldero en su jaula; él es ahora, él sabe cómo tomarlo.

NOVELLA XLII

Messer Macheruffo de Padua hace cambiar de opinión a los florentinos sobre ciertos trucos realizados contra él por ciertos jóvenes desafortunados, y aún lo prueba con obras.

Messer Macheruffo de' Macheruffi de Padua, anciano caballero de años, y antes Podestà de Florencia, en esta historia sujeta muy bien la lanza en la espalda de Messer Ridolfo. Sin embargo, cuando vino el Podestá de Florencia, como se ha dicho, con una capa y un batoli delante de él con la apariencia de un médico más que de un caballero, fue mirado y considerado por todos, y especialmente por ciertos hombres nuevos y divertidos. , que más que los demás burlándose de él, proponen hacer algo contra él; y conforme avanzó el caso, el primer día que entró en su oficina, al caer la noche, se colgaron en la puerta con ciertos clavos un buen número de urinarios, cada uno con orina dentro. A la mañana siguiente en tiempo, abriendo la puerta, que quería ir a buscar al caballero, tirando de la puerta el portero, vio colgados en ella hasta diez urinarios. Entonces, maravillado y saliendo a mirar la puerta, vio todo lo que quedaba, e inmediatamente corrió a informarlo al podestà; quien, al oír que lo tenía, dijo:

- Ve, y haz que suban todos, y que vengan sanos y salvos, para que ninguno se rompa.

Y para hacer esto, convenía que el caballero empleara a toda la familia, que estaba dispuesta a ir con él en su búsqueda, para llevar los dichos urinarios ante el podestà. Al verlos, el podestá comenzó a llevarlos uno a uno en la mano, y mirando el agua, luego se los dio a los soldados de infantería para que los colgaran por el gran salón, y si no había donde, tenía agutí pegado. Así mandado, se hizo; habiendo considerado este digno hombre aquellas muchas y diversas aguas, ni más ni menos que un médico.

Al día siguiente, o que se celebre el consejo como se hacía en aquella sala en los tiempos antiguos, o que el podestá mande llamar a muchos ciudadanos nobles; que llegando sin saber el hecho, todos, al ver aquellos urinarios, se maravillaban; y estando así reunidos, el alcalde vino entre ellos, y comenzó a decir:

- Señores florentinos, siempre he oído que sois los hombres más sabios del mundo; y desde que vine aquí, en tan poco tiempo sé que eres mucho más sabio de lo que uno cree; y manifestáis la prueba: que ya que he venido aquí, vuestro podestà, y vosotros, como sabios, considerando que el gobernador de la tierra debe purgar los vicios y dolencias de los que tiene que gobernar, ni más ni menos que el médico que cura las enfermedades de sus enfermos, me has presentado esta noche tus aguas, tus señales en estos urinarios que ves rondando, estos urinarios han sido clavados en mi puerta; y habiéndolos procurado, aunque no soy muy competente en medicina, veo y he entendido en estos ciudadanos vuestros muy grandes enfermedades, que con la gracia de Dios trataré de curar para que os crea quedaros más sanos y en paz. una mejor condición que yo no puedo encontrarte.

Habiendo dicho esto, los ciudadanos se hicieron a un lado y dieron respuesta a todos; quien le dijo al podestà que no podía ser que en las grandes tierras no existiesen diferentes condiciones de gente, y simples y necias y locas; y que le animaron a que buscara al que habia puesto esos urinarios, y que les hiciese tal castigo, que fuese ejemplo de todos los demas, y muchas otras cosas.

Y el alcalde les dijo:

- Me dices que hay gente diferente e ignorante y necia; porque los tales y yo y los otros rectores somos elegidos: porque, si todo el pueblo fuera sabio, los rectores y funcionarios no tendrían necesidad de ir allí.

Y así se despidieron y partieron.

Ese podestà quedó, como si fuera un hombre digno, aún movido por la indignación, no dormí; pero con información y con gran solicitud sabía secretamente quiénes eran los que estaban en mal estado y mala vida; y ya empezó uno por ladrón, ya dos por asesinos, ya tres y ya cuatro, y traficantes de malos dados y otras malas condiciones, para venderlos y mandarlos al otro mundo, y de nuevo estaba en este número de los que habían poner los urinarios. Y en fin a tantos colgó, y decapitó y ejecutó a tantos en todas sus formas, que al terminar su oficio dejó nuestra ciudad tan curada y tan curada que descansó muy bien por mucho tiempo.

Y por eso nunca se debe juzgar según las apariencias, y burlarse de los demás, y especialmente de los rectores; sin embargo que la apariencia muestra muchas veces lo que

es muy, barato, y lo que es barato, se nota mucho. Así mismo creo que esto fue permiso de Dios, queriendo que esto sucediera para que los malos fueran castigados, y que esa cizaña fuera arrancada para que aquella ciudad quedara en mejor estado.

NOVELLA XLIII

Un diminuto caballero de Ferrara fue podestá de Arezzo: cuando entra en la tierra se da cuenta de que se burlan de él, y con una palabra se defiende.

Un pequeño y muy escaso caballero de Ferrara se dio cuenta mejor de las acciones que los Aretini estaban realizando contra él cuando entró como Capitán de Arezzo, que Messer Macheruffo, sin embargo, quien al comienzo de su oficio en el juramento cortó el camino para que cualquiera tuviera el coraje de encender urinarios o hacer ramas similares. Sin embargo, percibiendo a su entrada en Arezzo que muchos sonreían y se burlaban de su pequeña figura, todos desdeñosos se dirigió a la iglesia principal, donde estaban presentes los ancianos y los rectores, para que leyeran los capítulos y juraran. Cuando el escribano hubo leído lo que debía, le entregó el libro y le dijo:

- ¿Y entonces juras por los santos evangelios?

"Es el capitán mirando a la gente", dijo.

- Te juro lo que es...

NOVELA XLVII (fragmento)

... Tasso luchó por ello. Pero he estado con ella durante cuarenta y tres malditos años, y ahora dice que quiere ir tras de mí. No lo estés, por el amor de Dios, dale otra vez al maestro Giovan dal Tasso al maestro Tommaso del Garbo, y les dejaré dos partes iguales de doscientos florines para que lo curen.

Los parientes eran todos suso, y en especial los hermanos de la mujer.

- Oh Jacopo, ¿qué quieres hacer? ¿quieres dejar el tuyo a los médicos? ¿Dónde quedaría tu fama? porque todos dirán: "Jacopo quiso dejárselo a dos médicos, que tal vez lo trataron tan mal que murió, antes que dejárselo a una esposa suya que lo sirvió cuarenta y tres años, que no la consigue por un año, dejándole doscientos florines, cinco florines". O piensa bien.

Y él respondió, tan pronto como fue posible comprender:

- ¿O qué sé yo quién me mató más rápido, los médicos o ella?

Y en breve se peleó tanto que casi como derrotado, o diciendo "sí" con palabras o con gestos de asentimiento, volvió la voluntad de que dejaría a la mujer doscientos florines, y esto lo hizo con gran dolor: y poco después él fallecido. Y la mujer lloró muy fuerte, como todas, porque les cuesta poco; y habiendo enterrado a su marido, y enjugado sus lágrimas, si tenía algún defecto, se hacía curar vigorosamente, y luego se resolvía de tal manera que, con su dote y su legado, en menos de dos meses estaba enviudado y vuelto a casar.

Si la dama actuaba con pereza, le convenía mucho que fuera tras él: pero creo que ella concibió en su mente mostrarse en palabras y hechos que su marido los dejaría para que, cuando él muriera, pudiera casarse mejor. de nuevo, como lo hizo ella.

Nada se pasa y se olvida como la muerte; y la hembra que más se golpea tanto en el llanto como en el lamento es aquella criatura que más pronto la olvida; y esto lo prueba, porque en cuanto enterraron al marido pensó que tenía otro; y el marido acaso se fue a robar una mujeral infierno, por haber hecho legados que esperaban más al cuerpo que al alma; y el que le quedó nunca encendió una vela por su alma.

Para esta mujer, estos tres versos se pueden notar levemente:

mujer no es, que no adoras a venus

Así que en su deidad, y como viuda

No le importa de qué está hecha la ceniza.

NOVELLA XLVIII

Lapaccio di Geri da Montelupo en Ca' Salvadega se acuesta con un muerto: tirarlo de la cama al suelo, sin saberlo: creerle muerto, y al final habiendo encontrado la verdad, medio olvidadizo se va con Dios .

Esta noble mujer deseaba ir tras su difunto esposo tanto como deseaba acostarse junto a un muerto en esta novela Lapaccio di Geri da Montelupo en el campo de Florencia. Fue en mis días, y lo conocí, y estuve muchas veces con él, porque era un hombre agradable y muy sencillo. Cuando alguien le había dicho: "Fulano está muerto", y se lo había retocado con la mano, inmediatamente quiso retocarlo; y si huía y no podía retocarlo, iba y retocaba a otro que pasaba por la calle, y si no podía retocar a alguna persona, retocaba o a un perro oa un gato; y si no encontró esto, en el último retocó el filo del cuchillo; y vivía tan mudo, que si luego de haber sido tocado, de esa manera no tenía retoque de los demás, seguro tendría que morir aquella muerte como aquel por quien había sido tocado, y duramente. Y por eso, si se llevaba a la justicia a un criminal, o si había pasado un ataúd o una cruz, el asunto había tomado tal forma que todos corrían a retocarlo; y él corriendo ya detrás del uno ya detrás del otro, como quien se ha desviado del camino; y por eso los que lo retocaron se deleitaron mucho en él.

Sucedió por casualidad que, siendo enviado por el municipio de Florencia a elegir un podestà y estando en Cuaresma, salió de Florencia, y siguió hacia Bolonia y luego a Ferrara, y pasando más adelante, llegó tarde una noche en un lugar muy difícil. y pantanosa que se llama Ca' Salvadega. Y bajando al hotel, encontró la manera de vestir a los caballos y mal, porque había muchos húngaros y rumanos que ya se habían ido a la cama; y habiendo encontrado la manera de cenar, cuando hubo cenado, le dijo al posadero dónde debía dormir. El posadero respondió:

- Te quedarás como puedas; entre aquí que hay esas lecturas que tengo, y tengo muchos romei; ver si hay alguna proda; hazlo y acomódate lo mejor que puedas,que no tengo otra cama ni otra habitación.

Lapaccio fue a dicho lugar, y mirando de cama en cama de tal manera en el resplandor, las encontró todas llenas menos una, donde en una orilla estaba un húngaro, la

que el día anterior había muerto. Lapaccio, no sabiendo esto (porque antes de acostarse en aquella cama se habría echado junto a un fuego), viendo que no había nadie en la otra orilla, se fue a dormir en ella. Y como suele suceder que cuando el hombre se vuelve a arreglar, le parece que su compañero está ocupando demasiado de su terreno, dijo:

- Adelante un poco, buen hombre.

El amigo estaba silencioso y quieto, porque estaba en el otro mundo. Quedándose un rato, y Lapaccio lo toca, y dice:

- Oh, estás profundamente dormido, dame un poco de espacio, por favor.

Es el buen hombre callado.

Lapaccio, viendo que no se mueve, lo toca con fuerza:

- Deh, acaba con la mala Pascua.

A la pared: porque no era para moverse. De lo cual Lapaccio comienza a verter, diciendo:

- Ay, estás muerto como una piedra, debes ser un rubaldo.

Y acercándose al travesaño con las piernas hacia él, y poniendo las manos sobre la camilla, le da un par de patadas muy grandes, y le pegó tan limpiamente que el cadáver cayó al suelo de la cama tan pesado, y con tanta un gran golpe, que Lapaccio comenzó a decirse: “¡Ay! ¿Qué he hecho?" y palpando la tapa se dirigió a la orilla, al pie de la cual había caído a tierra su amigo: y comenzó a decir en voz baja:

- Permanecer de pié; te dolió? Regresa a la cama.

Y calla como el aceite, y deja que Lapaccio hable cuanto quiera, porque no estaba para contestar ni para volverse a acostar. Lapaccio habiendo sentido la dura caída de este hombre, y viendo que no se entristecía, ni se levantaba del suelo, comienza a decirse a sí mismo: “¡Ay, desgraciado! que lo habré matado”. Y miraba y miraba, cuanto más miraba, más le parecía que estaba muerto: y dice: “¡Oh doloroso Lapaccio! ¿que haré? ¿a dónde iré? que por lo menos pude ir! pero no sé de dónde, porque nunca más estuve aquí. ¡Así que si hubiera muerto en Florencia antes de estar aquí de nuevo!

Y si me quedo, me enviarán a Ferrara oa algún otro lugar, y me cortarán la cabeza.
Si le digo al posadero, querrá que muera antes de que lo lastimen". Y

estando toda la noche en esta angustia y dolor, como quien ha recibido el mandamiento del alma, la mañana que viene espera la muerte.

Cuando amanece, los romei empiezan a levantarse y a salir. Lapaccio, que parecía más muerto que el muerto, también empieza a levantarlos, y trata de salir lo antes posible por dos motivos que no sé cuál le daban más tormento: el primero era huir del peligro y vete por el contrario que el posadero se dé cuenta; el segundo para morar en los muertos y escapar de la lujuria que siempre perseguía a los muertos.

Una vez fuera de Lapaccio, estudia al soldado de infantería que ensilla las bestias; y encontró al mesonero, y habiendo hecho trato con él, le pagó, y contando el dinero, sus manos temblaban como una vara. El posadero dice:

- ¿O tener frío?

Lapaccio apenas pudo decir que creía que era por la niebla que se había levantado en ese pantano.

Estando el posadero y Lapaccio en este punto, llega un romeo y le dice al posadero que no encuentra su mochila en el lugar donde había dormido; con lo cual el ventero, con una lámpara encendida que traía en la mano, entra enseguida en la habitación, y busca y busca, y Lapaccio con ojos suspicaces parado a lo lejos, el ventero corriendo a la cama donde había dormido Lapaccio, mirando el suelo con la luz que decía, vio al húngaro muerto a los pies de la cama. Al ver esto, comienza a decir:

- ¿Qué demonios es esto? ¿Quién durmió en esta cama?

Lapaccio, que escuchaba temblando, no sabía si estaba vivo o muerto, y un Romeo, y tal vez el que había perdido su alforja, dice:

—Durmió allí —señalando a Lapaccio.

Al ver esto Lapaccio, que ya parecía tener el cuchillo en el cuello, llamó aparte al ventero diciendo:

- Te ruego por el amor de Dios, que yo dormí en esa cama, y nunca pude conseguir que me hiciera sitio, y se quedara en su borde; entonces yo, derribándolo de una patada, caí al suelo; No pensé que lo mataría: esto fue una desgracia, y no malicia.

Di la oste:

- ¿Cómo te llamas?

Y él le dijo. Entonces, continuando más, el posadero dijo:

- ¿Cuánto quieres que te cueste a ti y a los campistas?

Lapaccio dijo:

- Mi hermano, vísteme como quieras y sácame de aquí. Tengo mucha moneda en Florencia, te daré papel.

Al ver el ventero lo sencillo que era, dijo:

- ¡Doh, desafortunado! que Dios te dé gracia; ¿No viste la luz ayer por la noche? o te acuestas con un húngaro que murió ayer después de vísperas.

Cuando Lapaccio escuchó esto, pareció sentirse un poco mejor, pero no demasiado;sin embargo, le costó poco que le cortaran la cabeza hasta que se acostó con un cadáver; y habiendo ganado un poco de ingenio y confianza, comenzó a decir al ventero:

- De buena fe que eres un hombre agradable; o que no me dijiste ayer por la tarde: ¿está muerto en una de esas camas? Si me hubieras dicho, no que me había alojado allí, sino que habría caminado varias millas más, si me hubiera quedado en los valles entre los juncos; porque me has dado tal golpe que nunca seré feliz, y tal vez muera.

El ventero, que había pedido recompensa si vivía de ello, al oír las palabras de Lapaccio, tuvo miedo de no hacérselo; y con las mejores palabras que pude se reconcilió con el dicho Lapaccio. Y el dicho Lapaccio partió, yendo tan rápido como pudo, muchas veces mirando hacia atrás por temor a que el Ca'
Salvadega no lo siguió, portando un rostro mucho más inspirado que el húngaro muerto, a quien tiró al suelo desde la cama; y se fue con este dolor en la mente, queno le era pequeño, a un señor Andreasgio Rosso de Parma, al que le faltaba un ojo, que llegó a ser alcalde de Florencia; y volvió Lapaccio, informando que había hechola elección al dicho podestá, y la había aceptado.
Cuando dicho Lapaccio volvió a Florencia, enfermó y estuvo a punto de morir.

Yo creo que la fortuna, al oírle ser tan despistado y así traer como auspicioso el retoque de los muertos, quiso gozar de él de la manera narrada.

arriba, que ciertamente era un caso nuevo, ocurriendo en este: en otro no hubiera sido un caso nuevo. Pero ¡cuán diferentes son las naturalezas de los hombres! porque habrá muchos que no temerán los presagios, pero nada os darán para que os acostéis y os quedéis entre cadáveres; y habrá otros que no se molesten en quedarse en la cama donde hay serpientes, palizas, escorpiones, y toda clase de venenos y fealdades; otros no comenzarían nada el viernes, que es el día en que ocurrió nuestra salvación; y así mismo de otras muchas cosas fantásticas y de poco sentido, que son tantas que no entenderían en este libro.

NOVELLA XLIX

El bufón Ribi, que regresa de una boda con ciertos jóvenes florentinos, es apresado por la noche por la familia: llega ante el podestà, con un lema simpático lo delibera a él ya toda la brigada.

Mucho más audaz y valiente fue Ribi el bufón contra un caballero de un podestá que lo agarró, y también con el podestá, que Lapaccio no fue cobarde y tímido, por haber estado en la cama con un muerto. Este Ribi era muy agradable, y era florentino, y fue rebajado mucho, como sus pares, en las Cortes de los señores de Lombardía y Romaña, porque hacía bien con ellos sus negocios, pues daba palabras, y recibía vestidos. y ropa; y cuando llegó a Florencia, sin ganar dinero, a veces recurría a las bodas, donde todavía lamía algo.

Una vez que estuvo en Florencia, y allí hizo una hermosa pareja de novios hacia Santa Croce, permaneció allí casi todo el día, y después de que llegó la noche, cada hombre y mujer habían cenado y bailado, y el novio y la novia se acostaron. , el dicho Ribi con una brigada de jóvenes de buena familia partió para ir con ellos a un hotel.

Sucedió que, pasando esta brigada por San Romeo, cayeron sobre el caballero del podestá que iba en su busca; quien empieza a decir:

- ¿Qué gente eres?

Ellos contestan:

- Amigos, señor.

- Adelante; ¿cuantos son ustedes?

Ellos dicen:

- Verlo.

Y entre contar y decir: "Muchos hombres, muchas prensas", vio el caballero una prensa cuya cera no era de seis onzas.

El caballero dijo:

- Esa prensa no es un peso.

Costillas hacer antes:

- Señor, sí, lo es.

El caballero dijo:

- Debe pesar tres libras, y no son cuatro onzas.

Ribi respondió e inmediatamente:

- Tenías las sobras en tu culo.

Mientras el caballero escucha esto:

- Za, familia, tómalo; toma za, y llévalo allí, tráelos a todos al palacio.

Ribi dijo:

- ¡Por qué, señor, ay! ¿Por qué?

- ¿Cómo por qué? - dice el caballero - entonces crees que soy un niño: encarcelé a los hombres por menos palabra que la que nos dijiste en desacato a la Corte.

Ribi dijo:

- Doh, señor caballero, venimos de la boda y estamos calentitos; lo que decimos, lo decimos para divertirnos.

- Para divertir en el mal tiempo; - dice el caballero - y di que estás caliente; sino te dejo calentar, por las charlas de Dios; si llegamos al palacio, nos hablarás de otro verso sobre el pegamento; hacerse cargo de ellos

Y con este furioso golpe, la familia hizo entrar la compañía en el palacio: y llegando dentro del patio, el alcalde, que creo que era de Santo Gémino, pasando por la galería de la cabecera de la escalera, porque era verano y hacía mucho calor. grande, viéndolos, dijo qué gente eran. El caballero, que se dirigía rápidamente hacia él, dijo si quería traerlos ante él. Él respondió que sí; y así llegaron todos ante el alcalde. Quien le preguntó al caballero por qué se los llevaron. A lo que responde el caballero, volviéndose a Ribi, y dice:

Mi señor, este rubaldo os ha acarreado a vosotros y a toda vuestra corte una gran vergüenza.

- ¿Y qué nos hizo? - dice el alcalde.

El caballero dice:

- Nos hiciste algo que nunca nos contaría.

Y el alcalde dice:

- ¿Qué dijo en el infierno?

El caballero dijo:

- La cosa más sucia, y la cosa más vitupera que jamás hayas escuchado; Por favor, mi señor, no quieras oírlo, porque es demasiado abominable.

El alcalde en conjunto dice:

- Quiero saber; y si te enojas conmigo, tendré que hacer con ellos, haré contigo ipso.

Y el caballero, con el mayor dolor del mundo, le dijo:

- Mi Podestà este hombre malo, estando con esta compañía, que está aquí, en lugar, tenía esta prensa que veis aquí que no es de seis onzas; Nos dije que no era según el peso secundum formam statuti: dijo que sí; y yo dije: "¿Cómo puedes decir que sí, si no son cuatro onzas?" y dijo: “El avestú sobrante en el culo”.

Le dijo a Ribi:

- Messer lo podestà, no dije con la subasta.

El caballero dijo:

- ¿Y para qué tienen los remates, que Dios y la Matre te rompan?

Entonces el podestà, que como sabio ya había comprendido el hecho y se regodeaba en él, se volvió hacia el caballero y dijo:

- Si no habló con las lanzas, y la cera es pequeña, como dices y ves, hecho lo que te dijo, no habrías tenido ninguna debilidad en tu miembro, ni ningún otro mal; si hubiera dicho con la subasta, habría sido cruel y mortal.

Dijo el caballero, casi indignado:

- Haznos como tú, por las entrañas de Dios, si lo tuviera para castigar, la lengua con que lo dijo se la haría sacar del barril.

El alcalde dijo:

- Te digo, caballero, que uno quiere tener descripción: si no dijo con la lanza, no me parece que merezca castigo alguno.

Un juez de la maldición dijo que estaba con el podestà, y que era hermano de aquel messer Niccola da San Lupidio, de quien Ribi volvió a sacar los calzones, como narra el libro de messer Giovanni Boccacci:

- Estos Toschi son todos gavazzieri, deasi lo sacrament asso, se dice con l'aste.

Y el podestá dijo:

- Y así es.

Y habiéndole hecho el juramento, Ribi, levantando la mano, dice:

- Te juro por ese Dios, a quien adoro, que no dije con el remate. Dios, messer lo podestà, ¿estoy tan sin memoria? porque sé que si lo hubiera dicho, el fuego o el arma se irían.

El alcalde dijo:

- Ve con Dios; Te he perdonado este soplo, y fíjate bien en otro tiempo, cuando la cera de la prensa era más pesada, no dije semejantes palabras a otro caballero; empero, aunque no dijiste con las saetas, y la cera fue tanta como manda el estatuto, y entró en el caballero donde dijiste, sería tan peligrosa que podrías tener mala suerte.

Ribi agradeció al podestà por la licencia y por el entrenamiento, y me fui con toda la brigada; y el podestà quedó muy divertido con sus jueces; y el caballero dijo que la Corte había sido reprochada por esto, y estaba todo humillado, y no quería hacer el oficio, y muchos días peleó con el podestà, queriendo hasta salir, diciendo que nunca creyó en ese oficio para tener todo menos vergüenza, ya que no se había hecho justicia por tan denostado crimen.

Al fin, sin embargo, se reconcilió, y la noticia fue tan entendida en todo el mundo, que cuando se vio a aquel caballero yendo en su búsqueda, dijeron los muchachos:

- Ese es el caballero del lagar.

Gran bondad fué hecha por este rector, que consideró la calidad y manera, y el hombre que era, y grande desespero fué la del caballero; pero aun así procedió de la justicia y el buen ánimo. Pero aun teniendo en cuenta lo que tuvo que considerar, y quién era Ribi, de lo que había dicho, había que dar paz, porque a sus compañeros les parece que lo que dicen y lo que hacen debe ser permitido. Hizo Ribi una alegación hermosa y nueva, y bastante razonable para no poder añadirla, pero cuanto más decía el caballero, parecía poco peso, menos culpa era de Ribi, y más alegaba por él.

NOVELA L

Ribi el bufón, vestido de Romaña, con la falda rota, se la hace reparar con escarlata de la señora de Messer Amerigo Donati, y lo que responde a cualquiera que se burle de ello.

A este Ribi le ha ido mucho mejor remendándose una de sus faldas una vez más, y para su propio beneficio, que no remendó con las varillas la excusa de la prensa. Sin embargo, vistiendo una falda de la Romaña y siendo mayor, tenía una fractura en el pecho y otra en el codo. Y fue una mañana a cenar con Messer Amerigo Donati de Florencia, fue a la habitación de su dama, ya que ella conocía a las damas de los caballeros, como siempre lo son, y dijo:

- Madonna tal, ¿quieres un poco de escarlata?

La mujer dijo:

- Ribi, ¿estás para burlarse?

Le dijo a Ribi:

-Madonna no, de hecho lo digo con el mejor sentido que tengo, sin embargo que con mucho gusto me gustaría que me arreglaras esta falda.

La mujer dijo:

- ¡Qué buena suerte! ¿Quieres reemplazar el Romagnuolo con escarlata?

Le dijo a Ribi:

- Ah, no hay cuajada: madonna, si la tienes, hazme este servicio.

La mujer, encantada de ver esta noticia, dijo:

- Me gusta, y lo arreglo, como quieras; pero una cosa nueva fia verla.

Le dijo a Ribi:

- Madonna, dices la verdad: y porque ando buscando cosas nuevas, tan nueva como soy, pero hago esto; y cuando esté hecho, no te quedarás tres días antes, conociendo la causa, serás feliz.

Y brevemente, tomando alguna reprensión, que como había cenado con micer Amerigo, le dio media vuelta, y con otra pollera a la espalda se la llevó bajo el brazo a la dicha señora, que en aquel día se la reemplazó por dos pequeños pedazos de escarlata golpeados nuevos. Habiéndose arreglado Ribi la falda, se la puso la otra mañana, y salió, yendo al mercado nuevo, donde creyó encontrar más gente. Quien lo vio dijo:

- Oh Ribi, ¿qué es esto? ¡o has reemplazado la Romagna con la escarlata!

Y Ribi responde:

- ¡Tal fue el sobrante!

Y así con esta falda y con este lema le dio gusto a la
florentinos, teniendo buenas cenas y cenas con ellos. Luego (que era cosa más nueva) se fue a Lombardía, llevando en su maleta esta falda así hecha, y con ella se presentó ante varios señores. Y cuando dijeron:

- ¿Qué significa esto, Ribi? ¿Por qué reemplazaste la Romagna con la escarlata?

Y esos dijeron:

- Tal fue el excedente -; agregando otra partícula: - Los hombres de Florencia que no son señores de tierras, viéndome tan mal vestido de gente de Romaña, y que la falda estaba rota aquí y aquí, comenzaron a hacérmela escarlata en dos lugares ahora, como pueden. ver. Pensé y pienso que viniendo con ella a donde estaban unos señores, se les completaría el excedente, que es mucho más.

Y así les dijo a todos adónde iba: tanto que aquel hombre de Romaña estaba todo cubierto de escarlata y todavía tenía muchas ropas hermosas. Cuando la mujer de messer Amerigo se enteró de que dos paños escarlatas colocados sobre la lana romañola eran la moneda de Ribi, ciertamente debió ser tan sabio y circunspecto como cualquier otro bufón.

A esta palabra o lema de Ribi se le suele llamar alegato, aunque hoy no sé si esa repetición fue sostenida o pobreza, o hermosura; sin embargo eso, no es que la ropa se quite con muchas cinchas y colores se deshilache y se despeine, pero las medias no basta con usar una de un color y la otra de otro; sino un solo calcetín partido por la mitad y cruzado de tres o cuatro colores; y así en todas partes cortany estampan las telas que se tejen con gran esfuerzo.

NOVELA LI

Ser Ciolo de Florencia, al no ser invitado, va a un banquete de Messer Bonaccorso Bellincioni; éldijo; y aquellos, siendo glotones, respondieron que sí, que entonces y entonces muchas veces comía allí.

Ser Ciolo no tenía menos deseos de llenar su cuerpo que Ribi de vestirlo; empero, siendo en estos tiempos un anciano de apetito muy goloso y glotón, el dicho Ser Ciolo, habiendo oído el grito, habiendo oído el grito, resolvió presentarse entre los demás en dicho banquete, haciendo a Messer Bonaccorso Bellincioni, un famoso caballero florentino, un ajuar para caballeros notables y otros; y si no os echan a la fuerza, van a la mesa y comen lo que les gusta. Moviéndose con este pensamiento, se puso en camino y se dirigió a la casa de dicho messer Bonaccorso, donde, viendo en la calle frente a su puerta los caballeros y otros hombres capaces se reunían, como es costumbre, y apresuraron los pasos, y venid y mezclaos unos con otros.

Y así se quedaron, cuando todo el grupo llegó y les dijo que subieran, y Ser Ciolo subió las escaleras con ellos juntos. Habiendo llegado a la escalera, cada uno se quita la capa; y ser Ciolo saca rápidamente la suya. Uno de los sirvientes de la casa le dice a otro:

- ¿Qué diablos nos está haciendo Ser Ciolo?

El otro dice:

- No sé; hace una gran descortesía, porque sé bien que no estaba en la escritura.Y

se le acercaron y le dicen:

- Ser Ciolo, no fuiste invitado; harías bien en volver a casa.

Dice ser Ciolo:

- ¡Le haría un gran honor a Messer Bonaccorso! porque todos dirían que por avaricia me habían echado. Para mí, vine por el bien, y no para avergonzar a nadie: si no he sido invitado, no es mi culpa; fue culpa de quien lo hizo posible; - y acercándose a la palangana, se pone en cuclillas conotro, y le quita el agua de las manos.

Y pudieron decir mucho, tanto con las palabras como con la cabeza, que Ser Ciolo se encerró tanto con los demás que, cuando iban a ir a la mesa, se metió entre ellos y se sentó a la mesa. Messer Bonaccorso, que lo había considerado todo, comió lo que tenía, preguntó a sus doncellas cuál había sido la razón, o por qué se había quedado estupefacto, de que Ser Ciolo había venido aquí a cenar, y qué les disputaba. Respondieron que preguntaban quién lo había invitado, y qué respondió, y la razón por la que había venido. Entonces, oyendo messer Bonaccorso que ser Ciolo había respondido a sus criados, se contentó más con el camino y con las noticias de ser Ciolo, y con la cena que había hecho, que con lo que habían hecho todos los demás. Ciolo a cenar con él; y repitiendo las cosas del día anterior, se alegró mucho de él, y llamó a sus siervos y en su presencia les dijo:

- Cada banquete que le doy a alguien más para comer, haz que te proporcionen una tabla de cortar más para Ser Ciolo; y quiero que pueda y siempre venga a comer en cada uno de mis banquetes -; y se volvió hacia Ser Ciolo, y dijo: 'Y así te invito.

Y Ser Ciolo aceptó con gusto.

Y por esto lo puso micer Bonaccorso en tal estado, que nadie en Florencia pidió que no se representara allí ser Ciolo, y que no le hiciese una tabla de cortar sobrante a ser Ciolo, si allí viniera; y con esta prominencia vivió en su vejez.

Y sin embargo es un vernáculo el que dice: "Ahora vete, y no dejes huella". Este mundo está hecho de marcas, y el vicio de la glotonería hace a los hombres muy marcados; pero pocas veces sale bien, como la llegada de ser Ciolo, que movido por este vicio, al oír los platos que messer Bonaccorso preparaba para dicho ajuar, deseoso de comérselos, se puso en peligro de recibir muchos golpes, y ser echado fuera de ella con vergüenza; y se dice que fue el primero que, volviendo de la cena de micer Bonaccorso en su casa, dijo estas palabras, o este lema que quieren decir: "El que va lame, y el que se queda seco".

NOVELA LII

Sandro Tornabelli, al ver que alguien quiere hacerlo tomar por fletamento, que tenía por terminado, se pone de acuerdo con el mensajero para hacerlo tomar y recibe la mitad de la ganancia del mensajero.

Y lo que siguió fue una malicia astuta que llenó su bolsa, así como Ser Ciolo llenó su cuerpo. No hace muchos años había en Florencia un ciudadano llamado Sandro Tornabelli, que estaba tan ansioso por adquirir dinero que siempre tenía el arco estirado para ver si podía hacer una buena distancia, y siempre llevaba una gorguera. Él, siendo ya de años, oyendo que un mozo quería hacerlo tomar por papel antiguo ya pagado a su padre, y el mozo no lo sabía, y el dicho Sandro se acabó; por lo que Sandro, sabiendo esto, nunca pudo sino ponerse en contacto con el mensajero que tenía este complot, y la comisión en mano, que se llamaba Totto Fei, y le dijo:

- Hermano mío, sé que este tipo quiere que me lleves a petición suya, y quieres dar doce florines o más. La tarjeta que quiere que tome está pagada, y tengo el final en casa; de lo cual quiero decirte así: "Tú estás necesitado, y yo tampoco soy el hombre más rico del mundo, quiero que sigas este asunto, y hagas un pacto con él para tener todo el dinero que puedas, y luego me toma, porque estoy satisfecho, con esto: que el dinero que obtienes de él es mitad tuyo y mitad mío; y habiendo tomado eso me tendréis y autorizaréis el pago, y os mostraré el fin en aquel tiempo de necesidad".

Este mensajero, oyendo al dicho Sandro, consintió más bien en llevarlo con este engaño que sin él: porque su estado era malo, por esta señal de que se había cortado la mano; y la razón fue que, habiendo dado falso testimonio en el servicio de un amigo suyo, fue condenado a ocho liras, o en la mano: por lo cual, aquel en cuyo servicio lo había dado, le envió ocho liras a la prisión, y dijo que lo recomprara, ya que primero quería que se cortara el daño por su causa. Este hombre, viendo estos denarios sobre una mesa, que eran todos grandes de plata, y mirándolos fijamente, poniendo del otro lado la mano que iba a perder, comenzó a decirse a sí mismo: "¿Qué es mejor si los dejo de mí mismo?" , o la mano, o 'dinero? y me queda una mano,

habiendo cortado la otra, y con una me alimentaré mucho, y mucho mejor, teniendo ocho liras que con dos, no teniendo, y siendo como soy pobre y mendigo"; y luego pensó que había visto a muchos sin ninguna mano, y que vivían; después de lo cual se quedó con el dinero por completo, y dejó que le cortaran la mano.

Quería decir esto, para demostrar la condición de este mensajero.
Habiendo convenido con el dicho Sandro, y de muy buena gana, porque era muy gran ciudadano, y sobre todo que todos, o la mayor parte de los oficios de Florencia, tuvo uso, de modo que pocos mensajeros, no siendo de su voluntad entre los oficinas, y debido a que él era de una condición diferente, habrían estado felices de ponerle las manos encima. El dicho Sandro, pues, habiendo compuesto y ordenado todo con este cargo así hecho, a los pocos días allí fue apresado por el dicho Totto Fei, y por lo dicho es llevado al palacio del podestà, y puesto en el Bolonia.

El que lo había hecho tomar, habiéndosele hecho oír el mensajero la presión, vino inmediatamente a dicho palacio a recomendarlo, y hacer escribir la toma, como es costumbre.

Sandro estaba en una ventana revestida de hierro de la prisión que da al patio, y asintió con la cabeza contra el dicho mensajero como había mandado con él; y el mensajero se acercóy le pidió al joven dieciséis florines, que él había prometido dar. Y Sandro desde la ventana tenía sus ojos y oídos en todo; y el joven habló al mensajero:

- Bueno, te lo daré.

El mensajero comienza a decir:

- ¡Oimei! ¿O esta mercancía es para decir "te la doy", porque estando en la cárcel me amenaza con que tal vez todavía esté muerta en el hielo?

Y luego andaba de un lado a otro, acercándose muchas veces al pie de la ventana, donde estaba llevado el dicho Sandro, y como se acercaba el mensajero, y Sandro decía, de modo que el mozo y todos lo oían:

- Por el cuerpo de Dios, que yo os pagaré -; y luego dijo suavemente al mensajero: '¿Ha pagado?

El mensajero dijo que no; y Sandro salió diciendo en voz alta:

- Nunca podré tener nada que sea bueno para mí, si no te lo pago y si esta presión no te cuesta amargamente.

Totto con el sonido de Sandro se volteaba hacia el joven, y dijo:

- ¡Ah, págame, porque más de buena gana que mi pobreza quisiera haberte dado la misma cantidad, y no haberla tomado; porque me amenaza, como oís, en forma de que me despegará del suelo, para que no luche, y os lo ruego.

Y ellos respondieron:

- Espérame un poco; parece que estoy a punto de salir de la deuda.

Y el mensajero, como enojado y enfurecido, echando los hombros hacia arriba, se dirigió hacia la ventana; quien, cuando Sandro lo vio cerca, le preguntó en voz baja si tenía ayuda; y al decir que no, amenazó aún más duramente al mensajero, haciendo que el mensajero obtuviera dieciséis florines. Tan pronto como Sandro supo por Totto que el pago estaba hecho, fingió enviar uno a su casa; y al regresar, comenzó a decir:

- ¡Hay una brigada de niños buenos que tienen tarjetas pagadas tomadas: por el cuerpo y por la sangre! que quisieran ahorcarse por el cuello -; y en presencia de todos los de la corte que allí estaban, y de los que le habían hecho llevar, presentó el papel final, el cual, viendo al joven, se humilló todo y pidió perdón a Sandro, aunque nada sabía de ello. Qué.

Sandro dijo:

- Si no lo sabías, y lo demuestras: ¿quién me hace el honor de la vergüenza que me trajiste?

Y por breve tiempo dispuso a sus parientes y amigos a estar en paz con Sandro, y con gran dolor lo hizo: y se quedó fuera de trescientos florines, que creía que debía tener como Ughetto dell'Asino, y dieciséis florines que le dio a Totto Fei.

Esta fue una malicia sutil y maligna, que este Sandro quisiera usar tanto arte, y tener tanta vergüenza por poco dinero; pero cosa más nueva era que, cuando alguien es tomado por deuda, el que lo tenía tomado espera que pague, y le parece que ha pagado mil años para salir de la cárcel: esto era todo lo contrario; porque el que estaba preso esperaba que el acreedor que lo había hecho prender pagara para que saliera libre de la cárcel.

Y por lo tanto uno nunca querría prescindir de la pluma. El padre dejó al joven con el papel quemado, y no dejó ningún recuerdo de que haya terminado con él, ni que le hayan pagado, y por eso le pasó esto. E incluso si Sandro hubiera tenido un hijo, o un pariente loco, podría haberlo hecho peor.

NOVELA LIII

Berto Folchi, estando en una viña junto con un extranjero, algún caminante que pasa por encima de un muro, sin darse cuenta, le salta encima, quien creyendo que es un golpe, sale corriendo gritando, un hombre corre, y pone a todo el pueblo en
Romore.

Ben llegó a tener su entendimiento de un interés amoroso de Berto Folchi, y también el anterior Oca con sutiles engaños para disfrutar de un viñedo, así como Sandro Tornabelli llegó como efecto de su testamento. Este Berto Folchi fue un agradable ciudadano de nuestra ciudad, y agraciado y enamorado en sus días. Este hombre, habiendo estado más tiempo pendiente con un bosque en el pueblo de Santo Felice en Ema, al fin un día, estando dicho bosque en una viña, el dicho Berto no abandonando este amor suyo, vino a la suya, y al pie de un muro de piedra seca que rodea el viñedo, por detrás del cual pasaba un camino, se puede. Fue en pleno calor que dos campesinos que pasaban y venían de Santa María Impruneta se dijeron:

- Tengo mucha sed; ¿Quieres ir a esa viña por un racimo de uvas, o quieres que yo vaya allí?

Dijo el otro:

- Vavi pur tu.

Con lo cual uno, saltó con una lanza sobre la pared, y de allí se arrojó con los pies en la cadera de Berto que estaba contra el dicho fore, fue todo uno: de cuyo golpe Berto tuvo más miedo y daño que el fore, pero que se sintió mejor presionada. El labrador que había saltado, sintiendo que sus pies golpean algo blando, sin mirar atrás, comienza a huir por dicha viña, destrozando postes y bejucos, gritando: “Hombre corre, hombre corre” con las voces más fuertes que tenía por delante.

No obstante, Berto trató de ocuparse de sus propios asuntos, como si pareciera estar de parto. Al ruido del granjero que corre por aquí y quién por allá:

- ¿Cual es? ¿cual es?

Y esos dijeron:

- ¡Pobre de mí! que encontré el golpe más grande que jamás hubo.

El ruido creció; y ellos les dijeron:

- ¿Estás loco, que le haces un escándalo al país por un golpe?

Y ellos gritaron:

- ¡Pobre de mí! hermanos míos, que ella es más grande que una bandeja. Salté sobre él, y me pareció que saltaba como sobre un enorme pulmón o hígado de animal; ¡Pobre demí! que nunca volveré a mis sentidos.

Por otro lado, su compañero, o quien sea, que estaba esperando las uvas, tal vez temiendo el apuro que tenían, al oír el ruido, para que no lo atacaran y lo mataran, también comienza a gritar: "Accorr'uomo". y corre hacia atrás tanto como puedas. Empiezan a repicar las campanas de Santo Felice, y las de Pozzolatico, y de todo aquel pueblo. Quién saca de un lado y quién del otro, y cada uno corre:

- ¿Cual es? ¿Qué ruido es este, y a esta hora?

La mujer se había soltado de Berto y huyó hacia la casa de su marido gritando:

- ¡Ay triste! que ruido es este

Y cayó sobre su marido, que, como los demás, corrió hacia la plaza de Santo Felice, diciendo:

- ¡Pobre de mí! mi marido, ¿qué significa esto? por la bondad de Dios con cuánto deleite hizo hierba en la vid para nuestro buey, y levantó este golpe, que son casi medio muerto.

Berto llega de otro lado de la plaza y dice:

- ¿Qué noticia es esta? que buena suerte es

Dijo el trabajador que había saltado sobre él:

- ¿Cómo, qué es? ¿o no lo has oído? No creo que nadie haya visto ni encontrado jamás un golpe tan grande como el que yo encontré en tal viña; y peor fue que le salté encima;que es un milagro que no me salpique con veneno; y sin embargo no se si Estoy muriendo.

Berto dijo:

- De buena fe que eres un hombre agradable; O si hubieras encontrado un demonio, ¿qué habrías hecho?

Él dijo:

- Antes que nada, me gustaría encontrar un demonio que diera un golpe así.

En esto, el otro compañero llegó a la plaza en estado de agotamiento, gritando; y al vera su compañero, corre a abrazarlo, diciendo:

- ¡Pobre de mí! mi compañero, ¿cuál es tu coche? ¿Quién te atacó? Creí que eras estado muerto

Y aquellos, medio olvidadizos, dijeron de este golpe. Y Berto Folchi se vuelve hacia ellos de nuevo y les dice:

- ¿Qué clase de hombres son ustedes? Con este ruido tuyo has golpeado a tantos hombres como tiene este país, y yo estaba por hacer mi negocio, y fui tan bestia que también corrí allí.

Y respondiendo y diciendo, quien de aquí y quien de allá, y Berto dice:

- Es una buena pieza que usé en este país, y ya hace mucho escuché que alguien se dio un gran golpe en esa viña; tal vez sea este.

Todos a una voz afirmaron que así debía ser, porque había muros de piedra seca, y algunos muros de piedra arruinados; es posible que todavía haya crecido mucho allí.

Todos con esto se fueron a casa. Y luego que terminaron de partir, y Berto volvía para Florencia, cuando el Prior Oca, prior del dicho lugar, varón muy agradable, volviendo de Florencia, no lejos de la plaza le disparó una ballesta, el cual le saludó como mucho su sirviente, ella lo trajo de regreso, queriendo estar con él esa noche. Berto acepta y volviendo junto con el prior, el prior dice:

- Escuché en la calle que había un gran ruido; ¿Que era esto?

Berto dijo:

- Mi Prior, si me cree, le diré la noticia más hermosa que hubo desde que nació.

El prior dice:

- Berto, levántalo (y dale la mano) y así te lo juro, y también sabes que soy sacerdote.

Con lo cual Berto le contó el principio, medio y fin de lo que había sido. El prior estaba gordo; se quedó tanto tiempo que no podía recobrar el aliento, tanto se reía de deseo. Después de haber cenado y hospedado con gran fiesta juntos, el dicho Berto volvió a Florencia a la mañana siguiente; y el prior, después de la misa, pensó en hacer valer aquella noticia para él, contando a los plebeyos tanto del incidente ocurrido como del alboroto, amonestándoles a todos que no se acercasen a aquella viña, que de tal golpe corría gran peligro. , incluso si miraba a los demás, solo salpicando el veneno. De los cuales fueron pocos los que se atrevieron a entrar, si no hubiera sido ya Berto y el forese.

Y viendo el prior que no había quien quisiera trabajarla, convino con el de quien era en arrendarla, diciendo:

- Me arriesgaré, y conoceré cualquier oración, y cualquier encanto que sea bueno para ella; y ese lacayo mío también es un Mazzamarone al que no le importará.

Abreviando la historia, arrendó la dicha viña varios años por una pequeña suma, y sacó de ella un año, siendo suegros ocho y siendo suegros diez diez de vino, y al de quien era, mientras no quedó firme, pero se labró, pareció ganar dicha viña. Y así Prior Oca tiró el cantero, yendo muchas veces Berto a beber ese vino con él, para que cuando lo golpearan nunca más lo volvieran a saltar.

¿Qué diremos, pues, de los casos y acontecimientos que produce el amor? Entre cuantos nuevos hubo nunca, no creo que haya ninguno igual a este, y con toda la suerte al son de los cascabeles, y al ruido de la gente, Berto dio por concluida su obra; y el prior Oca, por dar buena amonestación a sus plebeyos, ganó con ella tal vez cuarenta años de vino en varios años: y bien invertida, porque era bebedor y de buena gana hacía cortesía a los demás.

VIDA DE NOVELA

Ghirello Mancini de Florencia le cuenta a su esposa lo que ha oído de ella, y ella, disculpándose, recita al pie de la letra lo discutido en una brigada.

La mujer de Ghirello Mancini usó el oficio de otra mano, pagando a su marido la moneda que buscaba. En la Piazza di San Pulinari de la ciudad de Florencia siempre utilizó una nueva generación de personas, y de diferentes barrios. Sucedió un día por casualidad que, habiéndose reunido un círculo de hombres en dicho lugar, entre los cuales estaba uno que tenía por nombre Ser Naddo, y Ghirello Mancini, y otros; a partir de lo cual una mala lengua de los del círculo comenzó a decir cosas nuevas sobre su esposa, para ponerlos en el juego de decir sobre los propios y ajenos. Por lo tanto, diciendo una cosa y otra tanto a favor como en contra de sus esposas, Ser Naddo dijo a Ghirello, quien dijo contra la esposa de Ser Naddo:

- Ghirello, tu monna Duccina es tan gorda que no debería poder limpiar tal cosa, cuando se ha ido al lugar común.

Y así, habiendo dicho lo que querían de ellos y de los demás, la noche y la hora de volver a casa lo apartaron de su razonamiento. Y Ghirello volvió a la casa y empezó a desvestirse, como era junio y hacía mucho calor, subió a la habitación;y al acostarse, se sentó así antes de entrar debajo, y su esposa, Monna Duccina, andando por la habitación en camisa, arreglando sus asuntos, y Ghirello viéndola, recordando lo que Ser Naddo había dicho esa noche, él dijo:

- Duccina, ¿o no sabes lo que me dijeron antes en el canto de San Pulinari?

Duccina dijo:

- Algún mal: ¿o qué?

Ghirello dijo:

- Se dijo que cuando has hecho el trabajo del cuerpo, no necesitas poder limpiar esta cosa.

La Duccina, al oír esto, comienza a decir:

- Deh das mal a las malas pascuas, porque nunca haces otra cosa que decir cosas malas de los demás.

Y con un acceso de ira muy grande, inmediatamente agachándose así en su camisa en medio de la barrida, dijo:

- Guata, si me puedo agachar.

Y apretando la mano contra la boca de la boca, como si fuera a limpiarla, tiró un pedo tan grande que parecía una bomba.

Ghirello, habiendo visto primero el hecho y luego oído el trueno, dijo:

'Duccina, no respondería a esto si Ser Naddo no estuviera allí.

Y Duccina, queriendo taparse, dijo:

- Sí, fue Ser Naddo; por favor, dale tantos años como una criatura alguna vez tenga, viejo tonto que es; porque si lo encuentro, le diré tanta rudeza como un burro.

Ghirello dijo:

- Has hecho la prueba, y estás enojado: o si no la hubieras hecho, ¿qué dirías?

Ed ella disse:

- ¿Qué pruebas en el infierno? que sois todos más tristes que los tres ases.

Ghirello dijo:

- Donna, ahora vete, duerme hoy, vete. Mañana llevaré a Ser Naddo allí, y veremos qué debe pasar con este hecho, y cuál es el motivo.

Duccina dijo:

- ¿Que razón? bueno tienes razon A la cruz de Dios que si lo traes, le tiraré un mortero en la cabeza. ¿Sabes cómo está él sobre el hecho, Ghirello? Ser Naddo vio bien con quién hablar; porque si fueras lo que debes ser, él no se hubiera atrevido a hablar mal de una de tus señoras, si lo fueras.

Bellos razonamientos los tuyos! deja en paz mis asuntos y los de las otras mujeres, y habla de los tuyos, ¡qué triste estás de huesos y carne! porque desearía que Ser Naddo y los otros villanos hubieran estado aquí, como tú, y hubieran hecho el

prueba en su rostro, como yo lo he hecho antes que tú, que no eras digno de otra cosa.

Y así Duccina se fue a la cama, y no sin murmurar, tanto que se durmió; y por la mañana Ghirello se levantó, habiendo estado fuera un rato, y se encontró con Ser Naddo y los demás, y predijeron la prueba que había hecho Duccina, y todos dijeron que ella tenía razón, y que dispararía una ballesta al pedo, cuando sea necesario.

Cosa nueva es lo que suelen usar los maridos deshonestos, que muchas veces en círculo dirán cosas vituperantes de sus mujeres, y aun más que los demás, y quienquiera que lo considerara bien, tal vez podría hacerles decir más que a los hombres; y tienen tanta discreción que no; y los hombres, donde debe haber más virtud y más sabiduría, son menos discretos de lo que son; porque no bastaba que Ghirello estuviera allí para oír y tal vez hablar mal de Duccina; pero lo volvió a decir para que ell

NOVELLA LIX (fragmento)

... y cerca de ese lugar se hizo una fosa para enterrar a un peregrino. El señor al ver esto dice:

- ¿Qué pasa?

Los campesinos dicen:

- Nuestro señor, murió aquí un peregrino, que no encontramos nada que tenga que pueda ser enterrado. Nosotros, para merecer a Dios, hemos hecho la zanja; le pedimos al sacerdote que traiga la cruz y las dobleces, para que podamos darle sepultura; dice que quiere dinero, y nunca lo hará de otra manera; y el querico dice peor que el, y casi nos quiso dar.

El señor dijo:

- Venid aquí, señor cura, y tú, señor escribano; ¿Es cierto lo que dicen?

Dice el sacerdote y el cheric de repente:

- Señor, tenemos nuestra deuda.

El señor dijo:

- ¿Y quién debe darte? el muerto que no tiene nada de que?

Y ellos responden:

- Debemos tener nuestra deuda, quienquiera que nos la dé.

El señor dijo:

- Y te lo daré: tu deuda es muerte; donde esta el muerto adugélo aquí; pónganlo en el sepulcro; tomen al sacerdote; perseguirlo: ¿dónde está el clérigo? póntelo; Ahora tire de la tierra hacia abajo.

Y así hizo sepultar al sacerdote y al clérigo sobre el peregrino muerto, y prosiguió su viaje.

Y habiendo estado algunos días en este lugar suyo, volvió a Melano; y volviendo por una calle, donde habia otra de sus prisiones y era como la hora de la tercia, los presos, que

habían sentido el beneficio que había dado a los demás, al oír pasar al señor, comenzaron a gritar:

- Piedad Piedad

Aquellos se detuvieron, diciendo:

- ¿Qué es eso?

El guardián dio un paso adelante.

- Señor, son los presos los que le piden clemencia.

El señor dijo:

- Sí, tienen aparatos de otros.

Llamó a uno de sus sirvientes de su caballo y le dijo:

- Ve, encarcela a este guardián con los demás, y guarda tú la prisión, y asegúrate de no darles comida ni bebida a ninguno de ellos, si no vuelvo de Chiaravalle, adonde iré mientras ceno. ; y procura que hagas lo que te digo, o te colgaré del cuello.

Como se dijo, así se hizo. El señor fue a cenar, y cuando hubo cenado, montó su caballo y fue a Chiaravalle, donde hay una gran abadía y una morada muy hermosa para el señor. de lo cual fue enviado inmediatamente a decirle. Tan pronto como supo que era su costumbre, aunque era de noche, inmediatamente se movió para acercarse a la reina; y yo creo que esto fue obra de Dios, porque no murieron aquellos presos, que ya llevaban cuarenta y dos horas sin comer y sin beber, pues ya había los que empezaban a fulgurar. Cuando volvió, todos tuvieron que comer y beber tanto como pudieron, todos agradeciendo a su Creador.

Ahora bien, estas tres cosas sucedieron, se puede decir, en un corto viaje: la primera fue de gran caridad, y quiso que fuera tan válida que valiera hasta para quien estaba allí como una deuda: la segunda fue movida por la justicia , y fue seguido con gran crueldad: el tercero fue indignación, y tòr importa que todos los días no tenía futuro.

No notando los comunes estas cosas que siempre andan persiguiéndose, y no quieren acercarse, desconociendo el bien que Dios les ha dado.

NOVELA LX

Fray Taddeo Dini, predicando en Bolonia el día de Santa Caterina, muestra un brazo contra su voluntad, lanzando un lema ameno a todo el sermón.

Muchas veces sucede que en las reliquias se encuentran muchos engaños, como les sucedió a los florentinos en poco tiempo. Habiendo obtenido un brazo de Apulia, que les fue dado para el brazo de Santa Reparata, y haciéndolo traer con gran ceremonia, y mostrándolo varios años para su fiesta con gran solemnidad, al fin encontraron que dicho brazo era de madera.

Así estaba fray Taddeo Dini, de la orden de Predicadores, hombre muy capaz, el día de Santa Caterina en Bolonia; y en la mañana predicando en el monasterio de Santa Caterina para la fiesta, sucedió que, habiendo terminado el sermón, en lugar de bajar del púlpito y llegar a confesarse, con muchas presiones le trajeron una caja fuerte de cristal, cubierta con cortinas, diciendo:

- Muestre este brazo de Santa Catalina.

Fray Taddeo, que no era olvidadizo, dice:

- ¡Como el brazo de Santa Catalina! He estado en el monte Sinaí y he visto su cuerpo glorioso, completo con ambos brazos y con todos los demás miembros.

Esos pretones dijeron:

- Él está bien; creemos que este es realmente su brazo.

Fray Taddeo con claras razones dijo que no se mostrara. La abadesa, al oír esto, lo envió, rogándole que se mostrara; pero que, de no mostrarse, se perdería la devoción del monasterio. Viendo a fray Tadeo que le convenía más mostrarla, abrió la caja fuerte, y tomando dicho brazo en su mano, dijo:

- Señoras y señores, este brazo que ven dicen las monjas de este monasterio es el brazo de Santa Catalina. He estado en el Monte Sinaí, y he visto a Santa Catalina de cuerpo entero, y especialmente con dos brazos; si tuvo tres, este es el tercero -;comenzando con ella para tachar, como se hace, todo el sermón.

Los conocedores de esta risa, hablando entre ellos; muchos hombres y mujeres sencillos se persignaron con devoción, como los que no entendieron a fray Tadeo, ni se dieron cuenta nunca de lo que había dicho.

La fe es buena y salva a todo el que la tiene; pero realmente sólo el vicio de la avaricia hace muchos engaños en las reliquias; es decir que no hay capilla queno muestre que tiene leche de la Virgen María! porque si fuere como dicen, ninguna reliquia sería más preciosa, considerando que nada quedó de su cuerpo glorioso en la tierra; y tanta leche se muestra por el mundo, diciendo que es de la suya, que si hubiera sido una fuente que tuviera más de retoños, con eso bastaría. Si se pudiera probar, como hizo fray Taddeo con dicho brazo, esto no sucedería. Ahora nuestra fe nos salva; y quien archiva cosas así, lleva la pena en este mundo o en el otro.

NOVELLA LXI

Messer Guglielmo da Castelbarco, porque uno de sus patrones come macarrones con pan, le quita lo que ha ganado muchos años con él.

Había ya en los distritos de Trento un señor llamado Messer Guglielmo da Castelbarco, que trayendo consigo una provisión (según lo que ya he oído) nombró a Bonifazio da Pontriemoli, y deseándole sumo bien, porque lo merecía, como hombre valiente que había guiado sus deberes e impuestos; y por esta provisión suya, y por el beneficio de sus oficios, haciéndolo lealmente, se había enriquecido con unas seis mil liras de bolognini; siendo viernes estaba a la mesa con el hidalgo, y con otro de su brigada, habiendo traído macarrones y puestolos en las tablas de picar delante de cada uno, habiéndose llegado el cosso al hidalgo, y viendo al dicho Bonifazio comiéndose los macarrones con pan, y hubo hambre en Dichos estos pueblos, inmediatamente mandó a sus sargentos que se tomara al dicho Bonifazio; que se movió, inmediatamente lo agarró. Se maravilló y dijo:

- Mi señor, ¿qué os mueve a hacerme tomar con tanta furia?

El señor dice:

- Lo sabrás bien: ¿entonces se come pan con pan? y buscas que el mundo se muera de hambre, que ves al querido ser tan grande? y tu crees que estoy loco, y no me notas?

Bonifazio, al escuchar el motivo, creyó que el caballero lo hacía por placer y casi sonrió.

El señor dijo:

- Te ríes, ¿eh? Te haré reír por otro lado. Llévenlo allí a la prisión y vean que no se escape.

Fue llevado y puesto en prisión; y allí, pocos días después, fue condenado a seis mil liras de Bolonia por haber querido perturbar el estado, no solo de él, sino de toda su provincia, y especialmente por el hambre. Se convino en que devolviese lo que nunca había comprado con él, y lo que tenía en casa, y pagó dicho

dinero, echándole al señor palabras, qué gran gracia le había hecho al no haberles quitado la vida.

Así que quédense con los señores de bastalena quien quiera; que por cierto, quien no sabe salir de ellos, y se queda con ellos a raya, pocas veces le sale bien, como a muchos les ha pasado, como se podría contar. Este messer Guglielmo también le quitó lo que tenía a uno de sus criados o subalternos porque había hecho poner su arma en una piedra de la chimenea, objetando que la habían puesto en humo, para que se ahogara. Luego obtuvo su merecido... lo dejaron morir en prisión.

NOVELA 62

Messer Mastino, habiendo tenido abastecido a alguien para hacer sus negocios, y le pareció que estaba enriquecido, le pide entrar en razón, quien con nueva malicia asegura que se contenta con no volver a verla.

En los tiempos que Messer Mastino estaba señoreando sobre Verona, cayó en sus manos uno que era como un soldado de a pie, para hacer sus servicios; quien como práctico y experto habiendo pasado unos buenos veinte años, aún haciendo muy bien las cosas del señor, se hizo rico. A Messer Mastino le entró el apetito que le vino a Messer Guglielmo en la historia anterior; y pensé en pedirle entrar en razón, y así lo hizo; porque ella lo llamó una mañana y le dijo:

- Anda, anda, prepara todos tus escritos de mis asuntos que te han llegado por tus manos, desde que estuviste en mi corte.

El buen hombre pareció avergonzarse, pensando que nunca podría mostrarle al caballero lo que pedía; pero también respondió:

- Dame un respiro, y pensaré en cumplir tu mandamiento.

Y él dijo:

- Ve, y cuando las cosas sean rápidas, ven; y mandaré quién debe estar contigo para que yo vea las dichas razones.

Respondió:

- Se hará, mi señor.

Regresó a su casa y dejó al señor, y pensando y pensando de nuevo, cuanto más pensaba más avergonzado parecía estar; y mirando alrededor de la casa, vio la rotella, el cerebro, un lanzador, un chaleco tosco con un cuchillo, con que cosas había venido antes, cuando había accedido al servicio del dicho señor. Y vestido como había venido, y tomando precisamente esas mismas armas, en esa forma la otra mañana, sin esperar más, se presentó ante Messer Mastino.

el cual, al verlo, se maravilló, diciendo:

- ¿Qué significa esto, que estás tan armado?

'Señor mío', dijo él, 'me has mandado que te muestre la razón de lo que te he permitido hacer con tus obras, ya que yo era siervo de tu señoría; Os digo esto, mi señor, que no veo manera de mostrároslo, excepto esto que veis. Vosotros sabéis, mi señor, que cuando vine a vuestro servicio era un pobre sinvergüenza, con eso encima, y con esos pobres bracitos en que ahora me veis. Y por lo tanto se hace la razón; nada más que lo que traje, me lo llevaré; y así me iré pobre, como vine allá: todo lo que me queda, y la casa, con lo que en ella hay, lo dejo a vuestra señoría.

Messer Mastino, como un sabio señor, considerando la cautela y los modales de este hombre, dijo:

- No quiera Dios, que te quite lo que has ganado conmigo; ve, y haz mis negocios honestamente, y de ahora en adelante no pienses que alguna vez te veré menos.

Dio gracias al señor; y le pareció que había tenido buena oportunidad de demostrar la dicha razón; y permaneció en la corte de Messer Mastino todo el tiempo de su vida, y fue para él más querido que cualquier otro hombre que tuvo.

Ahora mira, lector, qué ignorante es el que se queda mucho tiempo en la corte de un señor, y cómo en un punto se vuelven y en otros se deshacen.

Y ved si es peligroso, porque soñando que un sirviente lo mata, lo trae a verdad y lo deshace. Y por tanto, quien pueda salirse del juego cuando su bolsillo está lleno, no se quede en él después de la guerra; sin embargo, que la mayoría de ellos quedan sin hacer, como muchos pudieron ver abiertamente.

NOVELA 63

Giotto, gran pintor, recibe un palvese para pintar por un hombre de negocios pequeños. Se burla de él, lo pinta de una manera que lo deja confundido.

Es posible que todos ya hayan escuchado quién fue Giotto y cuán gran pintor fue sobre todos los demás. Al enterarse de su fama como un artesano tosco, y necesitando pintar uno de sus palvese, tal vez para ir a la oficina del castillo, inmediatamente fue al taller de Giotto, con alguien que llevaba el pavese detrás de él, y habiendo llegado a donde encontró a Giotto, él dijo:

- Dios te salve, maestro; Me gustaría que pintaras mi arma en este palvese.

Giotto, considerando tanto al hombre como al camino, no dijo más que:

- ¿Cuándo lo quieres? - y le dijo.

Giotto dijo:

- Déjamelo a mí.

Y me fui Y Giotto, habiéndose quedado, piensa para sí mismo: “¿Qué significa esto? ¿Me habrían enviado a este hombre para ischerne? si quiere; Nunca me han traído a Palvese para pintar; seguro que debo hacerle una nueva arma”. Y así pensando para sí, fue delante del dicho Pavese, y habiendo dibujado lo que le pareció, dijo a uno de sus discípulos que terminara el cuadro; y así lo hizo. Cuya pintura era un tocado, un gorjal, un par de brazaletes, un par de guantes de hierro, un par de corazas, un par de muslos y gambas, una espada, un cuchillo y una lanza.

Cuando llegó el valiente, que no sabía quién era, se adelantó y dijo:

- Maestro, ¿ese palvese está pintado?

Giotto dijo:

- Sí bene; va', recalo giú.

Ha venido el Palvese, y ese señor como agente se pone a mirarlo, y le dice a Giotto:

- ¿Qué clase de mancha es esta, que me pintaste?

Giotto dijo:

- Te parecerá muy sucio cuando pagues.

Esos dijeron:

- Yo no pagaría cuatro denarios.

Giotto dijo:

- ¿Y qué me dijiste que pintara?

Y él respondió:

- Mi arma.

Giotto dijo:

- ¿No está ella aquí? falta alguno?

Él dijo:

- Bien hecho.

Giotto dijo:

- En verdad está enfermo, Dios te dé, y debes ser una gran bestia, que quien te diga: "¿quién eres?" tan pronto como te dieras cuenta; y ven aquí, y di: “Píntame mi armadura”.Si hubieras sido de' Bardi, eso habría sido suficiente. ¿Qué arma llevas? ¿de dónde eres? ¿Quiénes fueron tus antepasados? ¡Ay, no te avergüences! empiezas a venir al mundo antes de pensar en armas, como si fueras el Dusnam de Bavaria. Te hice toda armadura en tu palvese; si hay más, dímelo, y lo mando a pintar.

Dijo que:

- Me dices groserías, y me has dañado un palvese.

Y se fue, y se fue amablemente, y pidió a Giotto.

Apareció Giotto y se lo pidió, pidiéndole dos florines por el cuadro: y se lo pidió.
Escuche las razones, los funcionarios, que son mucho mejores.

Giotto dijo, juzgaron que el hombre se quitara el palvese pintado así y le diera a Giotto seis liras, porque tenía razón: así que convenía que se quitara el palvese, y pagara, y fue absuelto.

Así él, sin medirse a sí mismo, fue medido; porque todo hombre triste quiere hacer un arma yhacer casas; y algunos tales que sus padres habrán sido encontrados en hospitales.

NOVELA 64

Agnolo di ser Gherardo va a la justa de Peretola, teniendo setenta años, y el caballo tiene un cardo debajo de la cola; de donde moviéndose con el casco en la cabeza, no se detiene el caballo, que corre hasta Florencia.

No hace mucho que apareció en Florencia un nuevo pez, que tenía por nombre Agnolo di ser Gherardo, un hombre casi un bufón, que todo lo falsifica: y usándolo con muchos ciudadanos, que se deleitaban en él, y estando acostumbrados a justas , yendo con algunos que iban a Peretola a hacer esto, los justó también, y había alquilado un caballo de los de Tinta di Borg'Ognissanti, que era una buscalfana, alta y flaca, que parecía de hambre. Llegando a Peretola, el bandolero se armó, y se puso por el lado de más allá de la plaza, de modo que vino corriendo hacia Florencia. Y poniéndose el yelmo en la cabeza, y dando la lanza, y colgándose un cardo debajo de la cola, era todo uno. La montura estaba muy alta: para verlo no había nada más que un casco en la montura, que parecía ser aquel al que le dijo varias veces en la brigada.

Movió la scuccumedra con Agnolo allá arriba, y sintiendo el cardo, Agnolo comienza a tirar y golpear aquí y allá en las sillas de montar, de modo que la lanza se resigna al suelo, y el caballo, corriendo y tirando, comienza a correr hacia Florencia. .
Todos a su alrededor se echaron a reír. Agnolo no quiso reírse, sin embargo, pues sintió los golpes más grandes del mundo dados en sus monturas, y así siendo lacerado y golpeado a cada paso, llegó a la Porta del Prato, y entró corriendo y hundiéndose, que hizo olvidar a los recaudadores de impuestos; y bajando por el prado, del que todos los hombres y mujeres decían asombrados: "¿Qué significa esto?", entró en Borgo Ognissanti.

¡Ahora aquí estaba el escape y de los lanzamientos y patadas del caballo! cada uno huyendo y gritando:

- ¿Quién es? que hecho es este

Y así nunca se quedó el caballo que llegó a Tinta, donde estaba su hotel, donde lo tomaron de las riendas y lo condujeron adentro.

Al ser preguntado: "¿Quién eres?", sopló y lastimó: le arrancaron el casco, y gritó y se lamentó:

- Oh yo, tómatelo con calma.

Y así quitándose el casco, la cabeza de Agnolo parecía una calavera, o un hombre muerto hace más de un día.

Fue arrancado de la silla con el esfuerzo de los demás y con su dolor; y él, aunque afligido, de ninguna manera podía sostenerse sobre sus pies; después de lo cual fue conducido a una cama; y cuando el hombre de quien era la casa y el caballo salió, cuando supo todo, se echó a reír. Y llegando donde estaba Agnolo, dice:

- Ay, yo no creía, Agnolo, que eras Gian di Grana, y que hacías justas, al menos me dijiste cuando compraste mi caballo, que me debías de haber mimado, porque no era para justas.

agnolo dijo:

- Me ha fallado, que me parece reacio: si hubiera tenido un buen caballo, le hubiera dado un gran paseo, y hubiera tenido honor, donde me vituperan. Te ruego por Dios que envíes mi ropa a Peretola, y hagas decir a esos jóvenes que no he hecho daño a nadie, porque las buenas armas me han salvado.

Y así fue enviado por sus vestidos, que vinieron con ellos todos los que se habían deleitado en él. Y cuando llegan a Agnolo dicen:

- Por desgracia, ser Benghi (como lo llamaban) ¿estás vivo?

'Oh, hermanos míos', dijo, 'nunca pensé que me volveríais a ver: estoy todo andrajoso; ese caballo maldito me mató; Nunca me sentí una bestia peor; cuando estaba encima me parecía que era el balde de cerámica; Debo haber roto toda la silla de montar y las corazas; No te diré lo del casco, que a veces golpea el sillín por la razón de que debe estar completamente roto.

Si la brigada se rió, no se lo pregunten. Finalmente lo vistieron tarde en la noche y lo llevaron a su casa en brazos; donde, corriendo hacia la puerta, la mujer se echó a llorar, como si estuviera muerto, diciendo:

- Ay, esposo mío, ¿quién te dio fe?

Agnolo no dijo nada; su esposa también preguntó:

- ¿Qué es esto?

Los compañeros dijeron:

- No es algo que necesites para llorar.

Y dejándolo, se fueron con Dios; y la mujer, abrazando a Agnolo, comienza a decir:

- Marido mío, dime lo que tienes.

Y Agnolo pidió meterse en la cama; lo cual la mujer desnudándolo y viéndolo todolívido, dijo:

- ¿Quién te golpeó así?

Su cuerpo parecía el de uno ofrecido o uno de mármol, tanto fue golpeado.

Finalmente, cuando Agnolo recuperó el aliento, dijo:

- Mi señora, fui con una brigada a Peretola, y se acordó que jugarían todos; Yo, para no estar más triste que los demás, y pensando en mi pasado de Cerretomaggio, yo también quise justar; y si el caballo que se revolcó y me azotó como veis, hubiera sido bueno, mayor honra tuve yo hoy que hombre que alguna vez llevó lanza hace muchos años.

La mujer, que era sabia y conocía las ramas de Agnolo, comienza a decir:

- Sí, te has ido del todo de la memoria, viejo mal vivido; maldito sea el día en que te fui dada por mujer, en que desperdicié mis brazos en apacentar a tus hijos, y tú, de rostro triste, de setenta años, vas a la justa: ¿o qué podrías hacer, que por razón del mundo no pesas diez onzas? Anda anda, que ahora te meterán en el costal de los priores, que han meado tantos macerones. Y es peor que, por llamarte Ser Benghi, digas que estás allí como notario. Doh triste, ¿no te conoces a ti mismo? Y si fuera así, ¿a cuántos notarios has visto justas?
¿Estás sin memoria? ¿No consideras que eres un labrador y no tienes nada más que lo que ganas? ¿Estás loco? Ah, anda, ponte de pie, desgraciado; que los niños vendrána ti de vez en cuando con piedras.

Agnolo en voz baja dice:

- Mi señora, dígame que me recupere; Lamento tener que chocar; Te ruego que te calles, si no quieres que muera en absoluto.

Y eso dice:

- Ahora estaba muerto, antes vivía con tanto reproche.

agnolo dice:

- ¿O soy el primero en ser dañado en hazañas de armas?

- Ah, vete con la enfermedad, - dijo la mujer - ve, quítate la lana, como acostumbras, y deja el arte a quien sepa hacerlo.

Y la disputa no duró hasta el anochecer; y también por la noche se apaciguaron tanto como pudieron. Agnolo nunca volvió a jugar.

Mucho más sabia era esta mujer que su marido; porque conocía su condición, y la de su marido; y él no se conocía solo a sí mismo: excepto que su esposa le dijo tanto que ayudó.

NOTICIAS LXV

Messer Lodovico da Mantova le quita lo que tiene por una palabrita, que dice por diversión.

Todavía se presenta ante mí como una pequeña causa que mueve a un caballero a traer mala suerte a los demás. Messer Lodovico di Gonzaga siendo señor de Mantua, uno de sus provisiones había dicho con algunos otros, más por placer que por otra cosa: "Señor, es vino de botella, por la mañana es bueno, y por la tarde es malo". . Dicha palabra estaba relacionada con el señor; como suele ocurrir, siempre hay ponentes para agradar al señor. Oyendo esto, micer Ludovicole mandó llamar provisional y dijo:

- Mo dime; dijiste esas palabras?

Respondió:

- Mi señor, sí; pero mis palabras no fueron pronunciadas sino como un lema, que una vez oí decir a un hombre valiente.

El señor dijo:

- Entonces dices que dijiste el lema, y no crees que dijiste nada malo; y él me nombró y me vistió con una redoma de vino. Por el amor de Dios, quiero jugar tu juego, siempre olerás mal; pero para que puedas decirlo correctamente, desvístete con un jubón, como cuando viniste a hacerlo conmigo: y vete con Dios.

Desapareció en una hora que nunca apareció en Mantua; y dejó el valor de dos mil liras de bolognini, que el señor quitó de tenerlo todo. Así sucedió que señor y vin di fiasco, uno era vino y el otro lo ha desempacado.

NOVELA LXVI

Coppo di Borghese Domenichi de Florencia, leyendo una historia de Titolivio, estaba tan indignado que, yendo a él por dinero, los maestros no los escucharon, no los entendieron y los ahuyentaron.

Había una vez en Florencia un ciudadano, y sabio, y de muy buena posición, que se llamaba Coppo di Borghese, y vivía enfrente de donde ahora están los Leones, a quienes había tapiado en sus casas; y leyendo un sábado tras ninguno en el Titolivio, cayó en un cuento; así como las mujeres romanas, habiendo sido aprobada una ley de corta duración en su contra, corrieron a la Colina Capitolina, queriendo y exigiendo que esa ley fuera abolida. Coppo, por sabio que fuera, siendo desdeñoso y en parte bizarro, empezó a enfadarse en sí mismo, pues la casualidad intervino en el que tenía delante; y golpea tanto el libro como sus manos sobre la mesa, y a veces golpea a uno con la otra mano, diciendo:

- ¡Ay, romanos, sufriréis esto, que no habéis sufrido que rey o emperador sea mayor que vosotros?

Y así se escondió, como si la criada lo hubiera querido echar de la casa a esa hora. su.

Dicho Coppo quedó en esta furia, y aquí venían los maestros y obreros no calificados que salían de la obra, y saludando a Coppo, le pedían dinero, como si lo pudieran ver muy enfadado. Y Coppo se volvió hacia ellos como una serpiente, diciendo:

- Me saludas, y con gusto estaría en casa el diablo; me pides dinero de las casas que me reparas, con mucho gusto las arruinaría por mi cuenta, y arruinaría sobre mí.

Se miraron el uno al otro, maravillados, diciendo:

- ¿Qué le gustaría?

Y dijeron:

- Coppo, si tienes algo que te disgusta, estamos descontentos; si podemos hacer algo para aliviar su aburrimiento, díganoslo y lo haremos de buena gana.

Coppo dijo:

- Ah, vete hoy con Dios en el nombre del diablo, que de buena gana quisiera no haber estado nunca en el mundo, pensando que esas sinvergüenzas, esas putas, esas dolorosas, tuvieron tanta osadía que corrieron al Capitolio a Pregunta por sus adornos. ¿Qué harán los romanos con esto? porque Coppo, que está aquí, no puede descansar con eso: y si pudiera, los quemaría a todos, para que los que quedaran los recordaran siempre: vete y déjame en paz.

La mayoría de ellos se fueron, diciéndose unos a otros:

- ¿Qué demonios está mal con él? dice no sé qué de los romanos: tal vez de una acería.

Y el otro dice:

-Cuenta no sé qué con las putas: ¿le habrá hecho una falta la mujer?

Y un obrero dijo:

- Me parece que dice que me quejo del jefe; tal vez le duela la cabeza.

Dijo otro trabajador:

- Me parece que lamenta que le hayan echado encima un cuenco de aceite.

- Sea como sea, - dicen entonces - nos gustaría nuestro dinero, y luego tener lo que quiere.

Y así decidieron no ir más a él para entonces, sino volver allí el domingo por la mañana; y Coppo se quedó en la batalla, donde la mañana era fría, y volviendo losmaestros, les dio lo que debían tener.

diciendo que por la noche tuvo otra melancolía.

Era un hombre sabio, como si se le hubiera ocurrido una nueva fantasía; pero todo considerado, se movía de un celo justo y virtuoso.

NOVELA 67

Messer Valore de' Buondelmonti es conquistado y desanimado por una palabra que le dice un niño mientras está en Romagna.

Son muchos los que ya han visto y oído a Messer Valore, y saben, como si tuviera fama de loco, cuán culpable y malicioso era. Había pocas cosas que no entendía y de las que hablaba, con un acto casi tonto. Habiendo llegado una tarde a un pueblo de Romaña, y hablando de dónde había caballeros y caballeros, o bien que lo habían obligado a hacerlo a modo de prueba, o que lo estaba haciendo él mismo, llegó un muchacho, que tal vez tendría catorce años de edad. y acercándose a Messer Valore, comenzó a mirarlo a la cara, diciendo:

- Vo' eres un gran calleffadore.

Messer Valore con su mano presionándolo él mismo dice:

- Anda, lee.

Él se detuvo; y micer Valore, diciendo para divertirse con ellos, dijo:

- ¿Qué tienes que es la piedra más preciosa que hay?

Quién dijo la balass, quién el rubí, y quién el heliotropo de Calandrino, y quién uno, y quién otro.

Messer Valor dice:

- No entiendes; la piedra más preciosa es la muela de grano; y si pudiera atarse y llevarse en un anillo, todas las demás piedras perderían su calidad.

El niño dice (y tira de messer Valore por el fuelle):

- ¿Cuál quieres más y cuál vale más, o un balasto, o una piedra de molino?

Messer Valore lo mira, le quita la mano y dice:

- Vete a casa, meando.

Y esa parada. La brigada se echa a reír, sí de la muela, y sí del dicho del muchacho. Messer Valor dice:

- ¿Te estas riendo? Tanto os digo, que mayor virtud he hallado en una piedra pequeña que en una piedra de molino, que en las piedras preciosas, o en las palabras, o en las hierbas, que he hallado, y sin embargo el otro día hice la experiencia, y sabéis que se dice que en esas tres cosas Dios dejo la virtud, y oid como, y yo creo que vosotros mismos lo confesareis. Estaba el otro día de un niño en una de mis higueras, y me estaba haciendo daño al arrancar los higos que había en ella. Empecé a probar la virtud de las palabras, diciendo: "Baja, vete"; y finalmente amenazando tanto como pude, nunca se movió de mis palabras. Viendo que las palabras no valían, me puse a juntar unas yerbas, ya hacer con ellas mazos, las tiré, y les di tiempo con ellas, y fué nueva para ella que nunca se fue. Al ver que las hierbas aún no me valían, puse mi mano en las piedras y comencé a tirar hacia él, diciendo: "Bájate". Como vio que se repetía la segunda piedra, después de haber echado la primera, descendió inmediatamente a la tierra de la higuera y se fue con Dios, lo cual no habría hecho tantos rubíes y balastos como los que había.

Toda la compañía, con gran diversión, dijo que mister Valore tenía razón y dijo la verdad;y el niño mira a Messer Valore con gesto travieso, y dice:

- A fe de Dios, este señor es muy aficionado a las piedras, y debe tener la bolsa llena de ellas.

Y puso su mano en una bolsa de juego que tenía. Messer Valore se vuelve y dice:

- Vete con la mala suerte; ¿Quién diablos es este niño? ¿Era el Anticristo?

El chico dice:

- Yo no conozco a ese Anticristo; si yo pudiera hacer lo que pueden los señores de Romaña, en la fe de Dios, os daría tantas de estas piedras, que tienen tan gran virtud, que si las llevaseis a la Toscana estaríais bien provistos de ellas.

Messer Valore, casi humillado, al escuchar las palabras de este muchacho, dice hacia la brigada:

- Y 'nunca hubo un niño que fuera sabio como un niño pequeño que no estaba loco cuando creció.

El niño, al oír esto, dijo:

- En la fe de Dios, caballero, debe ser un infante sabio.

Messer Valore, encogiéndose de hombros, dijo:

- Te lo doy.

Y casi se olvida, diciendo:

- Nunca encontré a ningún hombre que me enojara, y un chico me conquistó, y alfombra.

No se puede preguntar el placer que los que nos rodeaban tenían en esto; y cuantomás se reían, más blanco se volvía messer Valore. Messer Valore dijo al final:

- ¿Quien es este chico?

Se le dijo que era hijo de un hombre de la corte, llamado Bergamino o Bergolino. SirValor dijo:

- Me ha ultrajado tanto que no he podido decir una palabra, que no me ha reprendido.

Alguien dice:

- Messer Valore, llévelo con usted a la Toscana.

Messer Valor dice:

- No es que lo lleve a la Toscana, huiría de quedarme allí, cuando él estuviera allí: hazlo con Dios, y que esto sea suficiente, porque si los otros Romagnoli son de la raza de este muchacho, nadie será engañado jamás.

Y así volvió a Florencia, humillado y burlado por un muchacho que se burlaba de todos los demás.

NOVELA 68

Guido Cavalcanti, siendo un hombre y filósofo muy talentoso, es vencido por la malicia. de un niño

La noticia pasada me recuerda a esta que siguió, que fue en esta forma. Jugaba al ajedrez un ciudadano de gran estatura, cuyo nombre era Guido de'
Cavalcanti de Florencia, un niño con otros jugando con ellos, ya sea con la pelota o con el trompo, como se hace, acercándose a él muchas veces con un clamor, como suelen hacer, entre otros, clavado por otro niño, el dicho Guido Prensa; y él, como sucede, quizás llegando a lo peor del juego, se levantó furioso y dándole a este muchacho, dijo:

- Ve, juega en otro lado.

Y me senté de nuevo a la partida de ajedrez. El niño, todo molesto, gimiendo, sacudiendo la cabeza, dio vueltas, no anduvo mucho, y se dijo: "Yo te lo pago". Y teniendo un caballo a su lado, vuelve con los otros a la calle, donde el dicho Guido estaba jugando al ajedrez; y teniendo una piedra en la mano, se acercaba al murete o banco detrás de Guido, manteniendo la mano sobre ella con dicha piedra, y de vez en cuando golpeaba; comenzando con poca frecuencia y lentamente, y luego gradualmente engrosándose y reforzándose, tanto que Guido se dio la vuelta y dijo:

- ¿Quieres un poco también? Vete a casa para dar lo mejor de ti, ¿qué le ganas a esta piedra?

Y eso dice:

- Quiero enderezar esta uña.

Y Guido se vuelve al ajedrez, y viene jugando.

Poco a poco, dando golpecitos con la piedra, el niño se acercó a un borde de una falda o capa, que tendió sobre el dicho banco de la espalda del dicho Guido, colocando en él dicho clavo con una mano, y con el otra con la piedra hincando en la dicha aleta, y reforzándola a golpes, para que se pegara bien y se levantara el dicho Guido; y así sucedió como pensó el muchacho; porque el dicho Guido, molesto por aquel golpe, inmediatamente se levantó con furor,

y el niño huye, y Guido es ahorcado por la alcantarilla. Al oír esto y aquello, completamente humillado, se detiene, y con la mano amenaza al muchacho que huye, diciendo:

- Ve con Dios; que estabas allí otra vez!

Y queriendo descansar, y no poder, si no quería dejar la pieza de la guardia, tuvo que esperar tan ocupado a que llegaran las tenazas.

¡Cuánto fue esta sutil malicia para un niño, que el que tal vez en Florencia no tuvo igual al hacerlo fue burlado y apresado y engañado por un niño!

NOVELA 69

Passera della Gherminella, pensando que podría encontrar gente grande con quien jugar, fue a Lombardía, y encontrándolos más delgados de lo que quería, volvió a jugar en Florencia.

Passera della Gherminella era casi barattiere, y siempre andaba en harapos y con sombrero, y varias veces llevaba un mazo en la mano como una vara de podestà, y tal vez dos brazos de cuerda como un trompo, y este era el juego de gherminella que , sosteniendo el mazo entre sus dos manos y colocando en él dicha cuerda, dándola unas cuantas veces, y pasando una tosca, dijo:

"¿Qué hay dentro, qué hay fuera?", teniendo siempre unos grandes en la mano para poner la estaca.

El bastardo, viendo que la dicha cuerda estaba parada, que le pareció sacarla, dijo del que está fuera, y el Gorrión dijo: Y el que está dentro.

El compañero tiró, y la cuerda, como sucedió, quedó tanto afuera como adentro como él quiso; y muchas veces se dejaba vencer para seducir a la gente y dar un golpe mayor. Cuando con este juego había consumido a casi todos los hombres, y especialmente en la esquina de Marignolli donde se vende paja, un día alguien que a veces estaba con él en lataberna le habló de este arte suyo:

- Passera, pensé que, si vas a Lombardía, la gente allí es grande, ganarás lo que quieras, y sobre todo en Como y Bérgamo, donde hay hombres que parecen carneros, muy grandes; ysi quieres me voy contigo
tetera.

Di que pasará:

- Estás listo; ¿cuando queramos?

- Vamos en este día.

Cuando llegó el día, el Passera se movió con su consejero, y llegando a
Bolonia, donde desde el hotel de Felice Ammannati había muchos y florentinos y
Bolognesi, como lo ve Felice, dice:

- ¡Bien bien! Amarren sus maletas, brigada, aquí está la Passera.

Passera salió de su juego lo mejor que pudo, y no pensó que se estaba quedando en Bolonia o perdiendo el tiempo. El otro día llegó a Ferrara; allí todavía era tan conocido que nada aterrizó allí. Fue a Módena, y allí en la plaza tendió la red, donde no cogió nada. Cómo va, o cómo va, habiendo entendido que tenían el juego, cada uno se fue con Dios. Fue a Reggio, y allí puso adelante el juego, y llamando a la gente.

- ¿Qué quieres decir? Mira este juego.

Uno tiraba una correa y el otro otra: y el Gorrión se vuelve hacia el regidor y le dice:

- Me has manejado bien.

Y eso dice:

- No te desanimes; vamos más lejos a Parma.

Intentan; quien dijo:

- Está tirando de esa cuerda.

El otro dice:

- Es si lo juegas, porque no quiero que aparezca como un juego nuevo.

Y así o peor en Piacenza, que bien lo lloraron, diciendo:

- Oh barba, ¿y qué juego es este?

Bien podría decir que estuvo allí avistado de pájaros. En Lodi en la plaza elogiaron el juego, y preguntaron de dónde era. Cuando llegó a Melano, donde estaban las bolsas buenas, le dijeron:

- ¡Ahora, mira quién cree en el arco de los melanesios!

Y en todas las tierras pasadas no ganó veinte sueldos, que las letras le habían costado más de ciento noventa.

Se fueron muy pronto a Como, pensando que encontrarían muy grandes a esos Comasini;y allí en la plaza el Gorrión echó el mazo y la cuerda.

- ¿Quién pone? y que hay dentro?

Uno se une y dice:

- ¿Qué me está haciendo?

Y eso dice:

- ¿Y qué hay afuera?

Y viene otro, y dice:

- ¿Y qué me está haciendo?

Nunca se le dio otra respuesta.

Fueron a Bérgamo, Brescia, Verona, Mantua, Padua y muchas otras tierras, y no encontraron a nadie para decir, excepto: "¿Qué me está haciendo?" y "¿Qué me está haciendo?" o peor, tanto que, de regreso en Florencia, Passera descubrió que había ganado cuatro liras y ocho monedas, y descubrió que él y el consejero habían gastado cuarenta y siete liras y monedas. Por lo tanto, para compensarlo, comenzó a tender la trampa en Florencia para el lugar utilizado. El primer día que hubo, la gente corrió como si nunca lo hubieran visto, creyendo que el Gorrión estaba muerto, y todos le hicieron una fiesta; y quien había caído más en sus redes en tiempos pasados, volvióa caer más, y ganó con las trampas de hadas en un poco de lo que había puesto debajo de él en Lombardía: contando esta historia con mucho después, afirmando que entre esos lugares él había dado vueltas, y en Lombardía y en otros lugares, nunca había encontrado paulinos como allí donde nació.

NOVELA 70

El toro del maestro Dino con uno de sus hijos comienza a matar dos cerdos que han venido de sus granjas, y al final, queriendo traicionarlo, los cerdos huyen y van a un pozo.

En nuestra ciudad existió un hombre práctico e informado llamado Torello del maestro Dino, a quien viniendo para las vacaciones de Pascua dos cerdos de su lugar de Vologнano, que parecían dos grandes asnos; y conviniendo en que buscara quien los matara, los vistiera y les hiciese ensaladas, pensó que esto no se podía hacer sin buen costo; y por eso dijo a su hijo:

- ¿Por qué no matamos a estos cerdos nosotros mismos, y conciànli? tenemos el soldado de infantería, y ahórranos el dinero que necesitarían los que los arreglaron; y creo que lo haremostan bien como ellos.

Y le dice a su hijo:

- ¿Qué dices?

Y eso' responde:

- Yo digo que sí.

Bueno, busquemos dos paquetes y un cuchillo bien puntiagudo, y pondremos uno en el suelo; y yo - dijo Torello - lo mataré, y tú evitarás que huya.

Ellos respondieron que lo harían. Torello, habiendo ido al concio que estaba gotoso y débil, se pone el delantal, y se agacha y hace agachar a los demás para tomar dicho cerdo por las piernas, y hacerlo caer en tierra: como está en tierra, Torello que había atado el cuchillito a la correa, lo lleva en la mano, y queriendo traicionar al puerco para matarlo, y poniéndose sobre él con la rodilla sobre él y sin calzones, y habiéndose ido el hijo a una palangana para los dulces, tan pronto como el hierro hubo entrado en la carne una onza, que el cerdo comenzó a llorar; el otro que estaba debajo de una escalera, al oír gritar a su compañero, corre y da tra' calonaci di Torello. Al oír el herido que su compañero viene al rescate, da tal salto con furia que derriba a Torelló. A esto llega el hijo, y Torello dice:

- Fuiste tú quien nunca regresa.

- En realidad tú.

- En realidad tú.

Y con esta intención, el cerdo, habiéndolos dejado entre las ramas, corre por un vestíbulo, y el otro cerdo los arroja hacia atrás, y suben por una escalera. Toro naciente, y su hijo, dicen:

- ¡Pobre de mí! mal que hicimos.

Suben la escalera detrás de los cerdos, donde la sangre brotaba por todas partes.
Una vez en la habitación, caza por aquí, caza por allá, y el herido se mete en un armario entre vasos y jarros, en forma y de tal manera que pocos quedan firmes allí.

Finalmente el cerdo se acercó al pozo que estaba arriba del salón y se arrojó dentro, y el otro cerdo lo siguió.

Cuando Torello ve esto, levanta las manos también diciendo:

- Ay, ahora estamos desiertos -; y anda por la ribera mirando al pozo. - ¿Qué haremos y qué diremos?

Volviéndose finalmente a su lacayo, le rogó por el amor de Dios que se derrumbara en el pozo, y le quitara un buen cuchillo afilado y una cuerda, y vivo o muerto pensó atarlos; y él y su hijo tirarían de la soga del pozo, al cual enviaría dichos cerdos. Quería el infante servir a Torelló, y habiendo tomado la dicha provisión, se ató a la soga del pozo, y se desplomó dentro de él. Cuando hubo bajado, y el cerdo herido le dio un mechón en la pierna, y todo lo que tomó, se lo llevó.

Sintiendo el dolor de la mordedura, el soldado de infantería comienza a gritar: "¡Accorr'uomo, oimè, oimè!" a voces tan fuertes que les atrajo la proximidad, y encuentran tan afortunada oportunidad; y sabiendo como sucedió el hecho, le dicen a Torello:

- De buena fe, has hecho un buen ahorro; cuando recuperes estos cerdos, nos dejará probarlos,y lo peor es que habrán matado a este buen hombre que se metió dentro de ellos.

Y le hizo a alguien al banco diciendo:

- Se' tu vivo?

Y eso dice:

- ¡Ay, por Dios! tira de la cuerda y me pegaré a ella para salir de aquí.

Y el cerdo en esa hora también duerme; y aparece:

- Ay, dispara, porque si no disparas, me muero.

Finalmente tiraron de la cuerda, como sacando agua; y he aquí el triste levantado con una piernaherida y toda desgarrada, de la cual tardó varios meses en recuperarse, y exclamó:

- ¡Pobre de mí! Torello, ¿de qué lado me has puesto? Nunca volveré a ser un hombre.

Torello dice:

- Guarda silencio; Le haré tratar al maestro Banco, que es muy amigo mío, pero ¿y los cerdos?

El gato dice:

- El pensamiento es tuyo, que quieres llevarte el arte de las tabernas.

Al final fue por dos carniceros que le darían consejos y ayuda: y le dijeron que querían un florín de cada cerdo para sacarlo del pozo. Torello, viéndose mal salvado, dijo:

- Estás acabado.

Y le preguntaron si los quería matar, porque más les valía que se mataran allá abajo.
El dijo que sí:

- Date prisa y haz lo que quieras.

Entonces uno se armó como si fuera a pelear, y con un cuchillo clavado en un alfiler bajó, y al poco tiempo, después de un gran dolor, los mató, y ató primero a uno y luego al otro a las cuerdas del pozo, sacaron: por el peinado le pagó entonces lo que salió, que tal vez fue otro florín. El agua del pozo estaba roja de sangre humana y sangre porcina, se acordó que en poco tiempo se limpiara, y el pozo se lavó más de ocho veces, y costó unos buenos tres florines. Los cerdos no tenían postre, la carne estaba toda lívida y golpeada, y era mucho peor. Ahora bien, este ahorro lo hizo este hombre hábil cuyos cerdos valían quizás diez florines y luego gastó quizás otros tantos, sin los trucos que se habían ido.

La historia contada, para algún joven ya estaba escrita, y mucho más larga, porque pone que los puercos entraron a la cocina y en ella asaltaron lo que allí había. Y esto no era cierto; sin embargo que el de la cocina le paso a uno

el señor de' Cerchi, vecino de Torelló, que, sintiéndose más joven y en mejores condiciones que él, quiso intentar matar uno de sus cerdos; el cual siendo fiel por él, como éste, salió en sus manos, y corriendo escaleras arriba, embadurnando todo de sangre, entró en la cocina, y allí hizo mucho daño, aporreando lo que allí había. Estos cerdos me recuerdan otra historia, por su apiñamiento, cuando se ofenden, que contaré aquí a pie.

NOVELA 71

Un fraile romitano de Cuaresma en el púlpito de Génova enseña quién es
Los genoveses deben hacer una buena guerra.

No hace muchos años que me encontraba en Génova durante la Cuaresma, y yendo a la iglesia por la mañana, como es costumbre, estaba en la iglesia de Santo Lorenzo, donde predicaba a esa hora un fraile Romitano, y era el guerra entre genoveses y venecianos; y en aquellos días los venecianos habían vencido fuertemente a los genoveses. Ahora, acercándome e inclinando mis oídos para oír algo, las santas palabras y los buenos ejemplos que le oí decir fueron estas. Y él dijo:

- Soy genovés, y si no te dijera lo que pienso, me parecería difícil errar; y no os ofendáis, porque os diré la verdad. Eres apropiado para burros; la naturaleza del asno es esta: que cuando muchos están juntos, dando un palo a uno, todos se sueltan, y el que huye aquí, y el que huye allá, tan grande es su cobardía; y esto es sólo su naturaleza. Los venecianos son adecuados para los cerdos, y se llaman cerdos venecianos, y verdaderamente tienen la naturaleza de los cerdos, porque como se amontona una multitud de cerdos, y uno de ellos es golpeado o golpeado, todos se juntan y corren. los que los golpean; y esta es verdaderamente su naturaleza: y si estas figuras alguna vez me parecen mías, me aparecen en el presente. El otro día golpeaste a los venecianos: te han cercado en su defensa y en tu ataque; y tienen tantas galeras en el mar con que os han hecho y sí y sí; y huís, unos para acá y otros para allá, y no os entendéis; y no tenéis más que tantas galeras armadas: ellas tienen casi el doble. No duermas, despierta, ármate con tantos como puedas, si es necesario, no solo corre por el mar, sino entra en Venecia.

Luego termina estas palabras, diciendo:

- No te lo tomes a mal, porque me hubiera muerto si no lo hubiera dejado salir.

Ahora escuché este gran sermón y regresé a casa; el resto lo dejo oír a los demás. Aconteció por casualidad ese mismo día que en el lugar de los mercaderes, estando yo donde había en círculo y genoveses, y florentinos, y pisanos, y lucchesi, y

hablando de los hombres capaces, dijo un sabio florentino que tenía un nombre
Carlo degli Strozzi:

- Seguramente vosotros los genoveses sois los mejores guerreros y los hombres más bravos que hay en el mundo: nosotros los florentinos estamos para hacer el arte de la lana, y nuestras mercancías.

Y yo respondí:

- Hay una buena razón.

Por qué todos dicen:

- ¿Venir?

Y yo respondo:

- Nuestros hermanos, cuando predican en Florencia, nos enseñan sobre el ayuno y la oración, y que debemos perdonar, y que debemos seguir la paz y no hacer la guerra; los frailes que predican aquí enseñan todo lo contrario; sin embargo, que esta mañana, encontrándome en Santo Lorenzo, puse mis oídos a un fraile romitano que estaba predicando; las enseñanzas y ejemplos que la gente aquí pudo escuchar fueron estos: - y relaté lo que había oído.

Todos se maravillaron: y luego de los que habían oído como yo, aprendieron la verdad, y habiendo oído esto, dijeron que yo tenía razón; y a todos les pareció un sermón nuevo.

Y así se nos enseña muchas veces, tanto se ensancha nuestra fe, subiendo de tal manera al púlpito, que sabe Dios cuanta es su prudencia, o su discreción.

NOVELA 72

Un obispo de la orden de los Siervos en el lugar de su iglesia en Florencia, diciendo las cosas más nuevas y tontas del mundo, atrae a mucha gente hacia él.

Las noticias pasadas me llevan a decir lo que, entre otros nuevos sermones que estaba haciendo, dijo un día un obispo de la orden de los Siervos en su iglesia de Florencia en el púlpito mientras predicaba. Este obispo, queriendo enseñarnos sobre el vicio de la gula, reprochó a los florentinos diciendo:

- Eres muy codicioso; no te basta con comer chirivías fritas, porque todavía las pones en el ajo cocido; y cuando comes ravazzuoli, no te basta, cuando han hervido en un pignatto, comerlos con ese buglione, porque los haces con su propio caldo y los fríes en otro pignatto, y luego los sopas con queso.

Y muchas otras cosas similares que todas provienen de su profunda bodega.

Y en este mismo sermón, que creo que fue el día de la Asunción, viniendo a contar cómo Cristo subió al cielo, comienza a decir:

- Se fue rápido más de lo que se podía decir. ¿Cómo fue la rata? se fue como un pájaro volador? más; se fue como una flecha que salió de un arco? más; o como flecha que sale de una ballesta? más; ¿como le fue? Como si mil pares de demonioslo hubieran traído.

Oyendo este hermoso sermón, ese día me encontré con el Prior de la orden, y le pregunté qué escrito decía lo que había dicho en el púlpito el Venerable Mellone; y él respondió que era uno de los hombres más valientes que tenía la orden, pero que creía que por enfermedad que tenía autorizado su mente estaba algún tiempo impedida; y respondí que aquella enfermedad era continua y que duraba demasiado, porque en cada sermón que daba decía cosas semejantes a aquellas o nuevas maneras, por de tal forma que la gente corría cada vez más al dicho fraile para tener la placer de sus dulces palabras, que no fueron a Nunziata por devoción para obtener gracia de ella. Reconocieron su error, que los llevó a predicar, y la necedad del que predicaba; y le ordenaron que predicara, e hicieron que otro predicara. Y piensa, lector, qué fraile pudo haber sido este hombre; Eso

Yo, el escritor, pasé unos días por el Mercato Vecchio, él estaba frente a una canasta de higos y le dijo al bosque:

- Oh mujer, ¿cuántas fichas das por un dinar?

Y comprándolos, se los comió en la plaza.

Las cosas desfiguradas, nuevas para la ciencia y tontamente adornadas en sus sermones, eran tantas que la lengua apenas podía contarlas, y mucho menos escribir. Digo que, como estaba así guardado, la gente dejó sus otros sermones y corrió al suyo; algún tiempo habiéndole hecho cosas nuevas, y entre otras cosas lo vi una vez pegando su capa a los costados del púlpito, y muchas otras cosas; y era tan consciente de las burlas de los demás como lo haría una bestia.

Y estos tales nos enseñan muchas veces, y así parece que tenemos poca fe en un día que en el otro.

Este fraile tenía la opinión de que cuando nuestro Señor subió al cielo, fue tan rápido y veloz como has oído. El día de la Ascensión, un amigo mío vio a Nuestro Señor subiendo una cuerda hacia el techo por orden de los frailes carmines de Florencia, que la estaban celebrando, y yendo muy despacio, dijo uno de ellos:

- Va tan despacio que hoy no llegará al techo.

Y eso dijo:

- Si ya no fue rápido, todavía está en el camino.

NOVELA 73

El maestro Niccolò di Cicilia, predicando en Santa Croce, lanzó un lema hacia la Santa Faz, que es... , y hace reír a toda la gente.

Habiendo narrado las dos historias anteriores de aquellos dos frailes inolvidables, me adelanto a contar la historia de un maestro en teología de la orden de San Francisco, muy talentoso, que tenía, o todavía tiene (aunque no sé si está vivo) nombre maestro Niccola di Cicilia. Y para que esta historia muestre su fundamento, se sepa que estos dignos Frailes Menores que han estado o están en Sicilia, nunca toleran, dondequiera que pueden, que se pinte la Santa Faz en cualquier lugar de ellos, y se han mostrado reacios a los que nunca han tenido ninguno pintado.

Este maestro Niccola se topó con nuestra ciudad por un asunto que había llevado contra él a un inquisidor de los frailes predicadores en Sicilia; y fue a finalizar en el tribunal ante el Sumo Pontífice, en un momento en que los florentinos estaban en guerra con los pastores de la Iglesia. Y sintiendo el conocimiento profundo del Maestro Niccola en Florencia, le hicieron rogar que predicara algún día, predicó tres fiestas, una del Espíritu Santo, la otra de la Trinidad, la tercera del Cuerpo de Cristo; todos materiales muy altos y de un hombre no menos digno de lo que era.

Siendo una de estas fiestas en el púlpito el día después de la cena, y habiendo muchísima gente, entre otras cosas, llegando en parte, queriendo dar a entender la esencia de nuestro Señor Jesucristo, dice:

- ¿Cómo es el rostro de Cristo?

Y furioso se vuelve hacia la Santa Faz diciendo:

- No está hecho como el rostro de la Santa Faz que es donde pronto vendré a morir, si Cristo fue hecho así.

Y dicho esto, volvamos a lo que tenía que decir.

El sermón comienza a reír, y reír y reír, tanto que con razón ni el dicho Maestro pudo decir, ni los demás escuchar. Y yo, escritor, me encontré con otro

capaz fraile maestro en teología, que tenía el nombre de maestro Ruggieri de Sicilia en dicha iglesia; Vi seguro que le estaban rogando, si quería arreglar una cuestión, mandaríaa buscar a Dino di Geri Tigliamochi (este Dino se había hecho el uno
santo rostro); El maestro Ruggieri respondió:

- Este Dino que dices que mando por él, ¿es ese Dino que nos puso esa Santa Faz?

Dissono di si; y eso dijo:

- Si todos los planetas hubieran dispuesto que se hiciera este acuerdo, este Dino haciendo un esfuerzo en esto, haría que no estuvieran de acuerdo, imaginando que nos hizo colocar este Santo Rostro en este lugar.

Y él nunca quiso enviar por él.

Y así estos dos hombres capaces con tanta amabilidad quisieron mostrar y mostraron a los que iban a sus aposentos que tenían muchas figuras de nuestro Señor, sin buscar cosas nuevas; y que nuestro Señor, tanto en el rostro como en todos los miembros, erael cuerpo más hermoso que jamás haya existido, y que este rostro santo, que parecía una máscara, era todo lo contrario.

NOVELA 74

Messer Beltrando da Imola envía un notario como embajador a Messer Bernabò, quien al verlo pequeño y amarillo lo trata como se merece.

Hace poco tiempo, Messer Beltrando degli Alidosi, señor de Imola, envió un notario como embajador a Messer Bernabò, señor de Melano, cuyo notario se llamaba Ser Bartolomeo Giraldi, un hombre flacucho, muy pequeño, todo negro. y amarillo, con muy amarillo, parecía como si le hubieran derramado hiel. Llegando donde estaba el señor, halló que estaba en una escalera para montar un caballo, y el caballo estaba allí, y los criados ya en el estribo. Habiendo hecho así la reverencia este embajador, y micer Bernabò desde la primera vez en adelante, no que le miró, sino que apartó el rostro, y dijo:

- Di lo que quieras.

Y así, diciendo esto, y mostrándole messer Bernabò sus lomos, llamó a uno de sus criados y dijo:

Ve, ensilla un caballo de tal y tal, y estira sus estribos lo más que puedas, y tráelo aquí de inmediato.

El familiar se apresuró y condujo al caballo por el camino que el señor le había dicho. Al ver el caballero el caballo, llamó a su criado y le dijo:

- Cuando te diga, o te insinúe, ayuda a poner a caballo a este embajador, y no acortes tus estribos.

Y como él dijo, así se hizo; porque messer Bernabò dijo:

- Messer l'ambassador, suba a ese caballo, y me verá hablando.

Y dicho esto, montó el caballero en su caballo, y viendo esto el embajador, queriendo montar el caballo en los largos estribos, y no pudiendo, fue echado sobre él por sus criados, como un niño. El señor cabalga rápido; y él, como no tiene modo de arreglarse ni de acortar los estribos, cabalga como puede. Este caballo, que el señor había traído, estaba siempre espoleado y de costado; y messer Bernabò dijo:

- Di lo que quieras; deja que el caballo se vaya.

Y ella no lo miró a la cara, aunque solo un poco. Iba con las piernas colgando a medio camino entre los arneses, peleando y chapoteando; y lo que decía lo decía con muchas notas, como si dijera un madrigal, según los temblores que tenía, que no eran pocos. Y Messer Bernabò, cuanto más lo veía salpicar, más decía:

- Cuéntale también tu propio negocio, porque te entenderé bien.

Brevemente la tomó cuatro horas de esta manera, que muchas veces fue el embajador para resignarse en la tierra, y nunca pudo ponerse la ropa debajo, ni maquillarse el cabello, de modo que los muslos, no que las piernas, no fueron expuestos. Por fin, todo harapiento, como el que tiene poca prosperidad, volvió con el señor a la corte de donde había salido, más amarillo y más malo que nunca; y el señor, cuando hubo descendido, dijo que le respondería bien, y subió.

Cuando el embajador desmontó, se aferró a sus sillas de montar, dejándose colgar; y no alcanzandola longitud de un brazo en el suelo, casi se cae por una vez que el caballo cedió. Al final, muy débilmente, aterrizó en tierra firme; y nunca pudo ir delante del señor, estando en Melano más de quince días; y habiendo recibido respuesta, se hizo para otro, y se devolvió al señor que la había enviado.

Quien, al oír del embajador amarillo cómo lo habían tratado, se dio cuenta de que Messer Bernabò lo había hecho por el aspecto desgastado y dolorido de su embajador, que parecía más una oropéndola que una persona.

Mucho más se debe mirar, cuando el hombre envía embajadores, de lo que se hace. Quieren ser viejos y sabios, y aparentes; de otra manera el que los envía tiene poca honra, y mucho menos los que son enviados. Y así le sucedió a este embajador amarillo mencionado anteriormente.

NOVELA 75

Giotto, el pintor, yendo a divertirse con ciertas personas, casualmente es atropellado por un cerdo; dice un lindo lema; y cuando se le pregunta por otra cosa, dice otra.

Cualquiera que esté acostumbrado a Florencia sabe que cada primer domingo de mes van a San Gallo; y hombres y mujeres en compañía suben allí por placer más que por perdón. Giotto partió uno de estos domingos con su brigada para ir, y estando algo descansado en Via del Cocomero, contando cierta historia, pasando ciertos cerdos de Sant'Antonio, y uno de ellos corriendo furiosamente, arrojó a Giotto entre sus piernas por tal hecho forma en que Giotto cayó al suelo. quien, ayudado por sí mismo y por sus compañeros, se levantó y se sacudió, ni culpó a los cerdos, ni les dijo una palabra; pero volviéndose a sus compañeros, medio sonriendo, dijo:

- ¿O no tienen razón? porque en mi día gané miles de liras con sus cerdas, y nunca les di un plato de sopa.

Los compañeros, al oír esto, se echaron a reír, diciendo:

- ¿Qué importa decir? Giotto es dueño de todo; nunca has pintado una historia tan bien como has pintado el caso de estos cerdos.

Y subieron a St. Gallen; y luego volviendo de San Marco y del Servi, y mirando, como es costumbre, las pinturas, y viendo allí una historia de la Virgen y Josefo uno al lado del otro, uno de ellos dijo a Giotto:

- Dime, Giotto, ¿por qué Josef se pinta siempre tan melancólico?

Y Giotto respondió:

- ¿No tiene razón, que ve embarazada a su mujer, y no sabe de quién?

Todos se miraron unos a otros, afirmando, no que Giotto fuera un gran maestro de la pintura, sino que seguía siendo un maestro de las siete artes liberales. Y volviendo a casa, entonces contaron a muchos las dos historias de Giotto, que fueron consideradas las palabras de un filósofo por los hombres que tenían entendimiento. Gran intuición es la de un hombre virtuoso, tal como él era.

Muchos van y miran más con la boca abierta que con los ojos corporales o mentales; y por tanto no puede errar ningún viviente sirviéndose de los que saben más que él, pues siempre se aprende.

NOVELA 76

Matteo di Cantino Cavalcanti de pie en la Piazza di Mercato con algunos, un ratón entra en sus calzones y él, todo asombrado, se dirige a una mesa, donde se saca los calzones y se libera del ratón.

No hace muchos años que en la casa Cavalcanti había un señor llamado Matteo di Cantino, a quien yo, el escritor, y muchos otros ya hemos visto. En su día, el dicho Matteo di Cantino había sido justista y esgrimista; y todo lo demás como lo supo hacer otro caballero; era tan experimentado y práctico como cualquiera de sus iguales educados. Siendo de edad de setenta años, y muy próspera, y teniendo mucho calor (aunque era en julio), y teniendo medias de tacón, y calzones pasados de moda con piernas anchas hacia abajo, diciendo noticias en un círculo, donde estaban ambos señores. y comerciantes en la Piazza di Mercato Nuovo; y estando el dicho Matteo en el dicho círculo, aconteció que una brigada de niños de los que sirven a los banqueros, que están allí, con una trampa, donde habían cogido un ratón, y con granadas en las manos, se detiene en la mitad del cuadrado y ponen la trampa en el suelo, y la puesta en el suelo, abren la catarata; cuando se abre la catarata, el ratón sale y corre por la plaza: los niños los golpean con granadas, corren tras él para matarlo, y él, queriendo volver a meterse en su agujero, y sin ver por dónde, corre hacia el círculo donde estaba el dicho Matteo di Cantino, y subiendo a sus piernas, trepando inmediatamente hacia el gambule, entró en sus calzones. Al oír esto Matteo, que cada uno piense cómo le pareció. Se volvió loco, los niños lo habían perdido de vista:

- ¿Dónde está? ¿Dónde?

El otro dice:

- Está en sus calzones.

La gente dibuja; la risa es genial. Matteo, como si no tuviera memoria, se va sobre una mesa; los muchachos con las granadas detrás de él, diciendo:

- Echarlos; y lo tiene en sus calzones.

Matteo se esconde detrás del soporte del banco y se baja los calzones. Algunos niños estaban adentro con granadas, gritando:

- Échalo, échalo.

Habiendo alcanzado los calzones en el suelo, el ratón salta. Los niños gritan:

- Aquí está, aquí está: al ratón, al ratón: estaba en calzones; al guagnele! Se bajó los calzones.

Los niños matan al ratón, Matthew queda como un cadáver; y se quedó más tiempo del que sabía dónde estaba. No hay hombre que no se haya echado a reír y lo haya visto, como yo, el escritor, que lo vi. Brevemente le prometió a Nunziata no volver a usar medias de corte alto en toda su vida, y
así que cumplió.

¿Qué diremos de los diversos casos que se dan? Ciertamente, no creo que haya habido nunca algo tan nuevo o tan agradable. El hombre se parará con gran pompa y orgullo, y una pequeña cosa lo pondrá en desventaja; irá desatado por pulgas, y un sorgo lo ataca en forma que se sale de sí mismo. No es una férrúcula tan pequeña que no tenga nada que ver con el hombre: y el hombre también las vence a todas, cuando tiene su voluntad.

NOVELA 77

Dos tienen una disputa ante ciertos oficiales, y uno le ha dado a uno un buey, y el otro le ha dado una vaca, y ambos han perdido el gasto.

En una ciudad de la Toscana, que por honestidad no diré lo que era, ni diré todavía qué funcionarios, en todo o en parte, ya había, y tal vez aún dure, una gran oficina de ciudadanos capaces, que tenían poder muy grande y con razón y de hecho para dirimir las cuestiones que se plantean tanto entre los ciudadanos como entre los campesinos; Sucedió por casualidad que dos hombres ricos que eran comerciantes de ganado tenían una cuestión de trescientas liras o más entre ellos; y se planteó la cuestión ante este oficio: y no acabando enseguida como uno de ellos quería, y temeroso de no ser agraviado, pensó en dar algún presente a uno de los del dicho oficio, que era superior y mejor podría ayudar. Consideró lo que imaginaba. Tenía una posesión, que era hermosa y buena, pero el hombre no estaba equipado para mantenerla bien provista de bueyes; y pensó en destaparse, e ir a él, y pedirse que lo sostuviera y hablara de sus razones, y le diera un buey, que tenía muchos; y como pensó, así lo hizo. Y el amigo no se dejó decir mucho antes de quitarse dicho buey.

Al otro, que tenía la duda con el que había dado el buey, sin saber nada de ello, le vino el mismo pensamiento, diciendo: “Tal y tal es el hombre más grande en el oficio; Quisiera hacerle algún lindo regalo, para que me apoye en mis razones”; y pensó en su estado, y que tenía un buen lugar para guardar animales grandes;y como no tenía dinero, no lo guardó. Y por eso fue y se encomendó a él, y le dio una vaca, diciendo:

- Quiero que lo guardes por mi bien en tu lugar.

Se lo quitó, y tuvo el buey y la vaca, y ninguno de los dos sabe nada del otro: excepto que a los pocos días, estando los dos barqueros con la pregunta ante la dicha oficina, y casi derramando la cosa sobre sí mismos para el que dio el buey;y sus compañeros dijeron al de arriba de la oficina:

- Lo que pienses, eso nos parecerá.

Y él se quedó en silencio, y no dijo una palabra. El que le había dado el buey a este hombre, que estaba mudo, esperando que lo socorriera, y viendo que no decía palabra, sale con voz y dice:

- ¿O que no hablas, buey?

Y él responde:

- Porque la vaca no me deja.

Uno gira para acá y el otro para allá.

- ¿Qué significa lo que dijo?

Y al pedir, les dio a creer que se decía a sí mismo; y el oficial, que les había hablado de la vaca, les dijo que había un proverbio que estos comerciantes de ganado siempre usaban cuando tenían una pregunta, dando el nombre de quien tenía la mejor pregunta, buey, y quien tenía la peor, vaca.

Ocurrió entonces, como se iba, que el de la vaca ganó el plato; tal vez fue por eso que la vaca, cuando se dio, estaba preñada, y al tiempo que se dio la sentencia, dio a luz un becerro.

Ahora bien, tantas veces los animales irracionales someten a los que son racionales a la confusión de muchos municipios, donde no puede haber razones, si no aparecen liebres, o corzos, o jabalíes. Y para mí, viendo esta celosa costumbre, propondría a un hijo mío cazador, que lee leyes. Y no diré lo que sigue, para jactarme de haberlo dicho por gran virtud, sino diciéndolo como hombre, ayudado de mayor señor; porquela palabra no era mía, sino suya. Fui alcalde de una tierra donde describí las historias antedichas; y uno de los naturales de ella de Terraza vino a pedir en favor de algo, que habiéndolo hecho, fue a la vez mi deshonra y mi vergüenza, se lo negué, y no lo hice.

Me dejo y alguien dijo:

- Messer lo Podestà, ha perdido una liebre; porque el que no serviste en su petición es buen cazador, y estuvo dispuesto a enviarte una liebre si le serviste.

Y yo respondí:

- Si me hubiera dado la liebre, la habría comido y sufrido; pero la vergüenza nunca habría sufrido.

Y así es realmente, ya que me confieso pecador en esto como los demás; pero es una gran miseria que una cosa pequeña, que deleita el apetito y dura un instante, y luego se corrompe, se somete y gana la razón del honor, que siempre dura. Ahora recogería algunos y se encontraría con todos, como se encontró con aquel mercader que dio el buey: y quien somete la razón por avaricia o por glotonería, hasta el paladar se saciaba de que Craso se saciase.

NOVELA 78

Ugolotto degli Agli se levantó temprano una mañana, y habiendo puesto los bancos de los muertos en la puerta, preguntó quién era el muerto, y le respondieron que Ugolotto estaba muerto, con lo cual hizo un gran ruido por todo el vecindario.

No hace veinte años que había en la ciudad de Florencia un Ugolotto degli Agli, que era delgado, seco y alto, y tenía bien ochenta años; y siempre, porque era costumbre en Alemania, quería hablar alemán; y siempre le gustó sostener un gavilán, y tenía más miedo a la muerte que cualquier otro hombre. Y como suele suceder, que en las grandestierras hay hombres nuevos, así entre los otros uno, que tenía el nombre... del Rico, llamado Bailarín de la Bellota, fue una noche, porque andaba muchas veces, y tocaba. lapuerta de Hugolot. Ugolotto, que tenía un cuarto encima de la puerta, se despertó y, levantándose, fue a la ventana. Bailarín retrocede y Ugolotto dice:

- ¿Quién está ahí?

bailarina dice:

- ¿Eres Ugolotto, verdad?

Ugolotto dice:

- Sí, sono.

bailarina dice:

- Tanto con la dolencia, como con la mala Pascua, que Dios te lo conceda.

Ugolotto dice:

- Espera un poco, espera un poco -; y toma su espada enmohecida y vetusta, y baja las escaleras, golpeando la dicha espada para que Ballerino la oiga, para que escape.

Bailarín, que lo oye todo y se siente bien de pie, se detiene y espera lo que tiene que hacer Ugolotto. Y entonces Ugolotto abre la puerta y frota su espada contra la pared.

- ¿Quién está ahí? ¿dónde estás, ladrón?

El bailarín empieza a ladrar, oa ladrar como un perro, y hace lo mismo cuando le tiran de las orejas al perro. Ugolotto se adelanta y dice:

- Espera un poco, espera -; y él iba por la retaguardia, y continuamente lo incitaba, de tal manera que llegó la familia de un albacea, que acababa de llegar a la oficina. Dancer, que estaba bien de pie, quítatela; y Hugolot es capturado a espada, y es ahuyentado con furia. Y habiendo llegado al Palagio, el albacea pregunta; la familia dice que lo encontraron afuera con una espada desnuda. Al ejecutor le pareció una cosa nueva, e inmediatamente quiso pegarla, excepto que uno le dij

- Es viejo, como ves; que se quede de aquí por la mañana, y sabréis la verdad.

Y así lo hizo, y aunque el albacea oyó por qué Ugolot había salido de la casa con la espada, no hubo manera (por ser uno de los nobles, y dicho albacea está sobre ellos con las órdenes de la Justicia) que no quería condenarlo a perturbar el estado de paz. Finalmente, con muchas oraciones, se levantó e hizo pagar al dicho Ugolotto cincuenta y dos liras y media por la espada; y volvió a casa lamentándose, unas veces en latín y otras en alemán, del disgusto que le había causado y de la desgracia que le había sobrevenido. Pero no se quedó mucho antes de que se pusiera peor que peor.

A la mañana siguiente había ido al timbre de la casa Tornaquinci, donde los funerarios siempre se alojan en una botica, y en cuanto salió la luz, lo llamaron a la puerta y le dijeron que enviara al Aglis a casa, ya que Ugolotto había muerto; tanto como yo, creo que también era el Bailarín de la Bellota, o la Pera Mejor, que usaba con él.

Cuando los enterradores oyeron esto, se apresuraron de inmediato y enviaron a barrer el ajo a casa y colocar los bancos.

Ugolotto, levantándose a tiempo, ya que no podía dormir por la melancolía de las cincuenta y dos liras y media que había pagado, llega a la puerta para salir, y viendo estos bancos en su lugar, dice a los que los estaban montando:

- ¿O quién murió?

Y ellos responden:

- Ugolotto degli Agli ha muerto.

Y Ugolot dice:

- ¡Cómo, diablo, muerto Ugolotto degli Agli! ¿Hay más Ugolotto que yo?

'No sabemos nada al respecto', responden, 'ni conocemos a Ugolotto; hacemos lo que senos dice.

Hugolot llora:

- Quita los banquillos, que estás muerto en el hielo.

Se van sin tocarlos, y se lo dicen a los sepultureros; quienes al oír esto van allá, y al vera Ugolotto en la calle, todos se asustan:

- ¿Qué quiere decir esto?

Y Ugolotto les salió al encuentro y les dijo:

- ¿Qué Ugolotto está muerto, que estás cortado en pedazos? por el cuerpo de Dios, si yo fuera joven, como ya lo era, nunca harías que un hombre pusiera más bancas de las que murió.

Esos dijeron:

- Tienes razón; si hay alguna falta, es quien vino esta mañana a decírnoslo.

- ¿O quién era? - dice Ugolot.

Ellos dicen:

- Era tan temprano que no pudimos verlo.

Ugolotto dice:

- Debe haber sido un ladronzuelo que ayer me hizo pagar cincuenta y dos liras y diez soldi.

Esos dicen:

- Y si lo sabes, no nos culpes.

Ugolotto dice:

- No sé, quién fue, no puedo saberlo; pero iré ante el albacea -; y partiendo, así lo hizo.

Los funerarios, que habían tendido los bancos a picotear, sin provecho alguno si los traían a casa; y Ugolotto se quejó al ejecutor tanto del primer caso como del segundo. El albacea, habiendo vislumbrado la cosa, comenzó a deleitarse en ella; y volviéndose a Ugolotto, dijo:

- Señor, ¿usted le avisa a cualquiera que le haga estas cosas?

Ugolotto dice:

- No puedo averiguar quién es.

El intérprete dijo:

- Piénsalo bien, y si no me das ninguna pista, déjamelo a mí.

Ugolotto dijo que lo hiciéramos, y yo me fui, pensando y repensando, tanto que por su pensar y su vejez se quedó mucho tiempo que parecía desorientado; y al final hicieron las paces, y antes de que pasaran quince meses, los bancos estaban bien colocados, y estaban fuera.

Porque este Hugolot estaba ocioso por temer a la muerte, sin embargo, ellos traen nuevos pájaros para deleitarse en él. Y verdaderamente era cosa de igual, que se daba tanto dolor como esfuerzo; ya los que lo hicieron, les fue todo lo contrario; porque si yo hubiera sido un hombre paciente se hubiera tenido que soltar y reírse de eso, y cuando pagó a los funerarios también se hubiera reído de eso.

NOVELA 79

Messer Pino della Tosa, que tiene un ajuar en la casa de Messer Vieri de' Bardi, tiene una disputa con un caballero, y Messer Vieri lo absuelve y mantiene contento al caballero.

En la época en que Messer Vieri de' Bardi vivía en uno de sus ajuares, iban a comer con él muchos notables caballeros ciudadanos, entre los cuales estaba Messer Pino della Tosa, hombre muy grande de nuestra ciudad. Messer Pino y otro caballero vinieron a discutir los sucesos de Florencia; y es verdad que el dicho messer Pino andaba siempre en muía, que tenía mucho tiempo. Y así, hablando de palabra en palabra, llegaron a una pregunta que dijo el caballero:

- ¿Con cuántos hombres barbudos correría Florence?

Messer Pino dice:

- Correría con doscientos.

El caballero dijo:

- No correrías con quinientos.

Y messer Pino se rió y dijo:

- Me daría ánimo correrlo con ciento cincuenta.

Y el otro se burlaba de eso, y decía muchas cosas, queriendo mantener su número constante. Messer Vieri cayó sobre dicha pregunta y dice:

- ¿Sobre qué estás discutiendo?

- Discutimos así y así.

Messer Vieri dice:

- ¿Qué dice Messer Pino?

El caballero responde:

- Dice que gobernaría Florencia con ciento cincuenta hombres barbudos.

Messer Vieri dice:

- Tengo muy claro que Florencia correría, y con mucha menos cantidad, sin embargo que ha hecho mucho más, que la ha dominado con una mula ya hace tantos años -; y contó un gran número.

Los otros caballeros que oyeron esto, en verdad dijeron que micer Vieri había dado un buen juicio, y que creía que por la razón que mister Vieri había dicho, no que micer Pino corrigió a Florencia con ciento cincuenta lanzas, sino que la corregiría. con un burro, cuando querían.

Y hoy esta noticia se puede creer mucho más, porque son muchos los que, sin caballo, ni burro, y sin correrlo, la dominan; y de nuevo diré algo más fuerte, quelo dominan sin hacer justicia.

NOVELA 80

Boninsegna Angiolini, siendo un muy buen orador en el clavicémbalo, se calla como un tonto y, atraído por la ropa, muestra a sus oyentes una nueva razón para ello.

En la antigüedad en la ciudad de Florencia el consejo se reunía en San Piero Scheraggio, y allí se levantaba o se levantaba continuamente la reja; con lo cual, una vez reunido el consejo en dicho lugar y hecha la proposición, como es costumbre, Boninsegna Angiolini, ciudadano sabio y notable, se levantó y subió a la baranda, y comenzando bien y limpiamente su discurso, como era la costumbre, como era en un pasaje donde concluir donde lo que había dicho, y que enseguida, como un hombre ensombrecido, no dice más; pero hay un buen parche en la barandilla, y no dice nada. Maravillados los oyentes, y especialmente los Priores que volvían a encontrarse con él, enviaron a uno de sus comandantes a Boninsegna para decirles que siguieran sus instrucciones; y el comandante va inmediatamente al pie de la barandilla, y tirando de Boninsegna por el refuerzo, dice en nombre de los Signori, que sigan sus instrucciones. Y Boninsegna, un poco despierta, dice:

- Mis señores y sabios consejeros, vine a este lugar a expresar mi opinión sobre sus propuestas, y así lo había hecho hasta llegar al paso donde me callé. Y les digo, señores, que no es que me acuerde lo que deba decir, pero casi me salgo de mí mismo, viendo las gotas grandes que están pintadas en aquella pared frente a mí; porque ciertamente son las gotas más grandes que he visto en mi vida. Y lo peor es que debe de estar muerto el pintor que las pintó, que tal vez fue Calandrino quien les hizo las medias rayadas y cuadriculadas; ¿Saben, señores, quién alguna vez usó medias como esta? de lo cual les digo, Señores, que me han pasado tanto por la cabeza que si no me salen, ni ahora ni nunca podré decir lo que quiero.

Y se bajó de la barandilla.

Esto parecía nuevo para los Signori y los del consejo, y cada uno miraba riendo aquellas gotas grandes. Quien dice:

- ¡Oh Dios! ¿No es una cosa nueva verlos?

El otro dice:

- Nunca le presté más atención; ¿Quiénes son?

El otro dice:

- Se podría decir de esos que dijo una vez un sienés en el campo de Siena. Al pasar uno, que iba vestido mitad de negro y mitad de blanco, de pies a cabeza, también coro y zapatos; y uno dijo: “¿Quién es ese?”, y los sieneses respondieron: “Es tel dice”; No sé quiénes son, pero es tel lo que dicen.

El otro dice:

- Y son profetas.

Y el otro dice:

- Son patriarcas

Sea como fuere, son larguísimas, como todavía hoy se puede ver, desde la barrida hasta el techo; y considerando a cada uno de ellos, como Boninsegna los consideraba, tal vez que lo que le pasó a él les pasaría a muchos otros, y sobre todo viéndolos con sus medias rayadas y cuadriculadas.

Y por lo tanto verdaderamente al hablante, que tiene que decir algo bien, no le conviene tener la mente o el pensamiento sólo de lo que tiene que decir, ya que cada pequeña cosa que le viene a la mente fuera de su discurso, la impide por forma que a menudo permanece en los bajíos, y ya se encuentra con hablantes perfectos.

NOVELA 81

Un sienés, alojado en casa de los Rossi en Florencia, después de haberle prestado dinero a uno de ellos, va a donde está jugando y este, viéndolo y habiendo ganado, empieza a echarle la culpa, y el sienés dice que no debe darle nada.

En el tiempo que muchos señores, habiendo perdido el señorío de Siena, muchos de ellos fueron encarcelados unos aquí y otros allá, entre otros fue encarcelado uno Nastoccio o Minoccio de' Saracini, que tomó una casa alquilada de la casa Rossi; y mientras vivió allí, era un usuario, como lo son los sieneses, y era un muy buen jugador de mesa. Le había prestado a Borghese de' Rossi unos diez florines, y hacía dos meses que no podía recuperarlo. Ahora bien, este Sinese, siendo invitado a beber por unos vecinos, dice el uno:

- Traje una botella de vino de villa, fui a beberlo.

Dice el Sanese:

- Por la santa sangre de Dios, que no podría ser buen Dios, si estuviese en bancarrota;y de nuevo una barriga se lavaría antes que un vaso casero: id a la taberna, que aquí hay un buen vino en el Canto a' quattro paoni.

La brigada, al escuchar los dichos agradables de los sieneses, no pudo cancelar. Fueron a beber con él a la taberna; y habiendo casi bebido lo que les gusta, uno de sus compañeros vino a decirles que el que le debía diez florines estaba jugando en las mesas de la casa de los Gucciardini, y que había ganado unos buenos treinta florines. El sienés al oír esto, dijo a sus compañeros:

- Ah, subamos aquí del pozo Toscanegli, y volvamos a bajar hacia el puente, porque me dicen que éste está jugando, y ha ganado; tal vez me pague diez florines.

Mossonsi, diciendo:

- Ábrete camino y te seguiremos.

Y así yendo, a medida que se acercaba, y Borghese, al verlo, comenzó a enfadarse ya golpear las mesas como si nunca hubiera ganado; y cómo

El sienés estaba cerca de él, más Borghese mostraba su ira, volviendo la cara al cielo y culpando a toda la corte del cielo.

Una vez llegado el sienés, y viendo las dolorosas acciones de Borghese, e imaginando que lo hacía con arte, por no tener material para pagar, le dijo a Borghese:

- Es decir, no me culpes, no tienes que hacerme ninguna advertencia.

Borghese con los golpes de las mesas, y con su furia, hizo orejas de mercader, con lo cual los sieneses se fueron con Dios, con la intención de no pedirlas y de no tenerlas jamás.

Sucedió de allí que en ciertos días Borghese, jugando y habiendo perdido, quiso pedir dinero prestado, y estando allí el sienés, lo pidió en préstamo, diciendo:

- Tengo que darte diez florines; préstame cinco, y hay quince.

El Sanese responde:

- A me non dei tu dar cavelle.

Borghese dice:

- ¿Como? Tengo que darte diez florines; en cuerpo y sangre, que os daré mañana.

El Sanese dice:

- Te digo que no debo tener nada de ti.

Y se recuperó. Y los sieneses nunca dijeron otra cosa que:

- A me non dei tu dare cavelle.

Y así quedó; y no creo que los haya recuperado nunca; porque si ese señor de' Rossi tuviera conocimiento de sí mismo, si nunca hubiera debido devolvérselos a los sieneses, habría tenido que devolvérselos, por la amabilidad de las palabras usadas hacia él.

NOVELA 82

Un genovés, casi un hombre de corte, para una fiesta celebrada en Melano, se presenta ante Messer Bernabò, quien, queriendo ver cómo tolera la bebida, le hace probar con un gran bebedor de su familia; y el genovés lo gana.

Cuando Messer Marco Visconti, el hijo mayor de Messer Bernabò, traía a su dama, que tenía el nombre de Madonna Isabetta, de la casa de Baviera, o de las mayores de Alemania, sucedió en esta corte, como es costumbre, un Genovés muy agradable, y era como un hombre de la corte, era un gran bebedor y el vino nunca le molestaba. Sucedió que fue a visitar a Messer Bernabò, y arrodillándose ante él, y contando sus historias, y Messer Bernabò, considerando cómo el que conoce a los hombres por el aliento, lo dejó estar más de una hora, que nunca dijo que se levantara. Al fin, al genovés le dolían las rodillas, se levantó solo y dijo:

- Mi señor, ya no puedo arrodillarme.

El señor lo mira y dice:

- Tu dei essere uno obbriaco.

genoves dice:

- No estoy borracho, señor; pero con gusto.

Messer Bernabo dice:

- Si bebes con tanta disposición, ¿quieres beber con uno de mis familiares?

genoves dice:

- Eso espero, Señor.

Messer Bernabo dice:

- Espera un momento -; y hace llamar a su bebedor.

Quien inmediatamente estaba delante de él, dice el señor:

- Venir; ¿Quieres hacer una prueba de bebida con él?

Y él responde:

- Señor, por favor.

- Ahora nos vamos, - dice el señor, - al que gane, le daré un regalo porque creo que se lo merece; y el que pierda aceptará doce golpes de mi malvasía.

- Estar con Dios, - dijeron los bebedores.

Entonces el amo dice a los sirvientes:

- Va a traer una taza de Orlando.

Y van y traen la cuarta parte de un vino blanco, o de Creta, o de donde sea, que era tanto, que pocos hombres lo bebían tres veces sin morir. Y porque este vino era tan grande, y así ganaban todos, y por eso el señor lo llamó Orlando. Ahora, habiendo preparado el vino, y lavado muchas copas, dice el señor:

- Tomarte de la mano, y empezar a bailar.

Y eso es lo que hacen. Y el señor los llama, y dice:

- Dar a beber a cada uno tres muiuoli.

Y así lo hicieron; luego los hizo bailar. Los genoveses bailaban mucho más hábilmente.

Llámalo por segunda vez, dice:

- Dar a beber a cada uno de ellos seis vasos.

Y así beben: luego les hace empezar a bailar de nuevo.

El genovés salta, que parece un pico. El bebedor de Messer Bernabò comienza a tambalearse del pie. Se les llama por tercera vez y se les dan nueve copas a cada uno; reanudan el tercer baile. El genovés hace pequeños intercambios, arrojándose hacia arriba con más destreza que si hubiera sido una nutria; el bebedor del caballero no podía ser objeto de burlas, y se fue en oleadas, como si tuviera suerte. La cuarta vez el genovés bebe doce copas; la del señor, que estaba en el otro mundo, en cuanto pudo beberla; sin embargo, los bebió, esforzándose tanto como pude.

Y entrando en el cuarto baile, en que el genovés hacía maravillas, el otro estuvo a punto de caerse a cada paso, y al final cayó de bruces en el suelo. Mientras caía, los genoveses se montaron sobre él a horcajadas; y rogó al señor que le hiciese caballero sobre el cuerpo del borracho; y el señor dijo que lo merecía bien, y lo nombró caballero por encima del borracho.

Nombrado caballero, el genovés mira al caballero y dice:

- Con tu permiso, ¿quieres que le haga un caballero mojado como se merece?

El señor dice:

- Haz lo que quieras.

El genovés metió la mano en sus calzones y echó a perder al borracho con más orina de la que había bebido un malvado, de la que había bebido treinta vasos; y cuando la hubo despeinado, conun mazo le dio una palmada en la mejilla de manera que se sintió como si hubiera sido una gran mejilla, y dijo:

- Esta es la mejilla que te doy; y por mi bien quiero que tengas el nombre de Messer Bad.

Y así se llamó siempre.

Cuando mister Bernabò se hubo reído mucho de estas cosas, hizo sacar el cuerpo de micer Cattivi del patio, donde estaban las cuadras de sus caballos, y lo hizo arrojar sobre un montículo de estiércol, diciendo:

- Tú lo hiciste un caballero cabreado, y yo lo haré un caballero festoneado; y a ti, que mereces tener honra, quiero que sea mi provisión para lo que pides (y me manda dos vestidos muy bonitos, y yo se los doy), y como lo has bautizado messer Cattivi, y quiero bautízate messer Vinci Orlando.

Y así se llamó siempre.

A quien se le hace una cosa bonita o una cochinada, delante de un caballero, cuando está bien dispuesto, está bien hecho, como le sucedió a este genovés: pero muchos ya se han encontrado con lo contrario, porque el alma de un caballero se parece a veces silencioso, y dentro de sí mismo lucha con diferentes pueblos y en diferentes partes. Sería más seguro que cualquiera que pueda hacerlo no se interponga en el camino, y él no se interpondrá en el camino.

NOVELA 83

Tommaso Baronci, siendo de' Priori, recibe tres bromas agradables de los Priores.

Como Marco del Rosso degli Strozzi, y Tommaso Federighi, y Tommaso Baronci, y otros estaban entre los Priores en su tiempo, sucedió, como sucede a menudo, que queriendo tomar a dichos Marco y Tommaso Federighi algún placer de algunos de sus compañeros, habían descubierto que Tommaso Baronci era de quien uno podía obtener un gran placer. Propuesto el dicho Tommaso Baronci, una tarde de su par de zapatos con grandes picos (habiendo ido a la cama) lo volcó; y por la mañana, levantándose, y jugando a toda prisa en los colegios, calzándose los dichos zapatos en la oscuridad, siendo apremiado, se fue al auditorio; y allí sentado, habiéndose colocado allí una gran pieza, tanto que todos los colegios estaban allí, Marco, mirando los pies de Tomás, dijo:

- ¿Qué es esta Propuesta? ¿Quieres ir de caza con estos zapatos?

Lo mira y dice:

- ¡Como! que mala suerte es esta No se parecen a los míos, aunque no puedo verlos bien si no tengo lentes.

Y se quitó las gafas y se las puso, y con ellas se agachó todo lo que pudo, acercándose a la ventana; cada guayaba que zapatos son esos.

Tomás dijo:

- No son míos, tenían picotazos, y estos no lo tienen.

Por fin se fue a su cuarto, y allí se los quitó, y miró y miró; el familiar Toso, queestaba allí presente, dijo:

- Tommaso, estos zapatos se han vuelto del revés -; y le mostró las clavijas que estaban dentro.

Tomas dice:

- Toso, dices verdad; que hubiera sido esto?

Respondió:

- No lo sé; lo mejor que hay es dirigirlos.

Y entre él y el Toso algo tenían que hacer, bien hasta la tercia, antes de que los hubieran enderezado; y, sin embargo, Tommaso pasó sin darse más problemas. Marco y Tommaso jugaron otro juego el mismo día, en el que perforaron el urinario, donde, de pie sobre la cama, orinó por la noche, y lo volvieron a colocar en su lugar; y por la noche en la cena, estando en la mesa de muchos capones asados, Tommaso Baronci, como Proposto, dio a Toso un capón, y dijo:

- Ve, ponlo en mi caja; y mañana por la mañana lo llevarás a la Lapa, es decir, a la esposa.

Toso así lo hizo. Marco y Tommaso Federighi, habiendo visto esto, cuando habían cenado, secretamente hicieron tomar a uno de los gatos que había en la casa, y tomando el capón que estaba en la caja, metieron al gato dentro y lo encerraron dentro. Y así dispuestos, tanto el urinario como el gato esperaron el tiempo de que su dicho ordenado negocio llegara al fin que deseaban.

Habiéndose acostado todos los señores, era medianoche y Tommaso se puso de pie en la cama, tomando el urinario, haciendo lo acostumbrado. Marco, que estaba despierto, dice:

- Oh Proposto, nos diste todas las noches con esta orina tuya.

Tommaso estaba goteando sobre la cama, y se hizo orejas de mercader, y al armar el urinario, se dio cuenta que todo se había subido sobre la cama, y le dio un cólico, en cuanto encontró un poco seco. Levantándose por la mañana, Toso viniendo a ayudarlo a vestirse, Tommaso dice:

- Toso mio, estoy ultrajado, y no se que hacer; esto me pasó a mí; el urinario muestra que está roto; esta noche, cuando orino ahí, como suelo hacer, toda la orina se va a la cama, y si mis compañeros la ven, dirán que me oriné ahí.

Toso dijo:

- Te he dicho varias veces que es mejor que te levantes un poco de la cama, porque el vaso se revienta muchas veces, y sobre todo con la orina, y sale lo que hay dentro.

Tomas dice:

- ¡Pues lo vamos a mear! o ¿por qué debo quedarme con el urinario si debo levantarme de la cama?

Toso dice:

- Me parece que está muy cabreado: - y extiende la cobija - Toma, te llevo las sábanas a tu casa, y te digo que me des otro par.

Tomas dice:

- No; si Lapa los viera así, no estaría en paz con ella; pero haz como te digo: llévalos a tu casa, y dáselos a alguna niña, que los lavará en agua dulce y los secará, y no digas de quién son, y luego te los llevarás a casa, pero déjalos secar hoy, y luego los traerás, y luego querré que traigas el capón.

Y así lo hizo el Toso, que trajo las sábanas, y las mandó lavar, y luego las puso a secar, y cuando estuvieron secas, el Toso se las dio a conocer a Tommaso, quien le felicitó por la solicitud que había mostrado, para que hiciera una colada. hecho sin fuego, y dijo:

- Ven acá, vamos por ese capón, porque Lapa es otra mujer, y si no dice nada de las sábanas, viendo el capón, se calma un poco.

Y así Tommaso conversando con Toso, llegaron al cuarto, y Tommaso abriendo la caja, donde estaba el capón, y salió disparado el gato, y lo clavó en el pecho; quien, asustado, deja caer la tapa y sale corriendo completamente desconcertado, como si estuviera a punto de perderse por completo. Marco y el otro Tommaso estaban caminando uno al lado del otro para ver a dónde debía conducir la historia, y cuando llegaron a donde estaba Tommaso, dijeron:

- ¿Qué tenías, que saliste corriendo de la habitación?

Tomas dice:

- Creo que era enemigo de Dios; y él debe haber sido el que dio la vuelta a mis zapatos.

Toso dijo:

- Parecía un gato para mí.

Tomás dijo:

- Ben, que era un gato macho: me pareció tres veces más que una gata.

Toso dijo:

- Vamos a la caja registradora, y dame el capón, que puedo traer.

Y vuelven a abrirla; y lo abrió, no había nada en la tabla de cortar.

Tomas dice:

- ¡Pobre de mí! que 'l Toso habrá dicho la verdad, que se ha comido el capón.

Marco y su compañero dicen:

- ¿Dónde se metió el gato? tiene gatera?

Y el Baroncio saca el menaje de casa, y mirando dice:

- No veo ninguna gatera ni agujero.

Tommaso Federighi dice:

- Me pasó una vez, que yo era uno de los señores, como ahora, caso parecido; y brevemente, cuando envié al sirviente con la tabla de cortar, para que la pusiera en la caja, un gato estaba dentro a dormir: ella no se dio cuenta, y se comió lo que había en la tabla de cortar, y luego salió de esta forma que este.

- Mala suerte, no me volvió a pasar tan nueva fortuna, y creo que desde ayer en adelante está ociosa para mí. Ahora he aquí, no creo que nunca cumpla este oficio antes de volver a mi Lapa, que con ella nunca tengo miedo; y aquí hoy me quedaré con mucho miedo, porque creo que hay algo malo en estos cuartos.

Vo' dite pur: gato, gato: patas arriba los zapatos del gato, y más aún, ¿qué era peor?

Marco dice:

- Bien puede ser: muchas oraciones y paternosters son considerados para esto; tome consejo con estos maestros en teología.

Y envió tres días por ciertos teólogos, quienes le aconsejaron que rezara y dijera paternosters ocho días desde cuatro horas hasta maitines; y este consejo fue la factura de los dos compañeros.

El dicho Tommaso, como esclavizado por el miedo, hizo que ocho noches apenas durmiera, armándose de muchos paternósteres, para que no entrara más el enemigo en el cofre, y habiendo perdido cuarenta libras, terminó el oficio, y volvió al Lapa, en el

de cuyos brazos tomó gran seguridad, diciéndole que nunca más quería ser de los Priores, porque el demonio estaba en aquellas habitaciones, y le había hecho las cosas arriba escritas, diciéndole una por una: y con esta creencia él permaneció mientras vivió, que fue poco.

Por la sencillez de muchos, los sabios andan a menudo jugando, para pasar el tiempo; porque aunque los hombres son señores, porque muchas veces tienen melancolía, parece que no se desdeña hacer tales cosas para divertir el ánimo.

NOVELA 84

Un pintor sienés, al enterarse de que su mujer ha colocado un amante en casa, entra en la casa y busca a un amigo, quien encontrándolo en forma de crucifijo, queriendo cortar con un hacha aquella obra, huye del dicho, diciendo: " No juegues con el hacha".

Había una vez en Siena un pintor llamado Mino, que tenía una dama suya muy vanidosa, y era muy hermosa, que un sienés de buena estatura había anhelado, y también había podido pintar con ella, y algunos de sus parientes. varias veces se lo había dicho, y no le creía. Sucedió un día que, habiendo salido Mino de la casa, y habiendo salido por casualidad a ver algún trabajo, se quedó fuera toda la noche. El amigo de la mujer, informado de esto, fue por la tarde a hospedarse con la esposa del dicho pintor a su placer. En cuanto el pariente oyó esto, que una vez había enviado espías para cerciorarse, enseguida salió fuera donde estaba Mino, e hizo tanto que, diciendo que por cierta razón tenía que ir y volverse adentro, envió a alguien con las llaves de la puerta: y este pariente, saliendo, dejó al de las llaves para que lo esperara, y fue a Mino, que estaba en una iglesia cerca de Siena; y al llegar dijo:

- Mino, te he hablado varias veces de la vergüenza que una esposa te causa a ti ya nosotros, y nunca has querido creerlo; y por tanto, si queréis estar seguros de ello, venid y testificad, y los hallaréis en la casa.

Inmediatamente se conmovió y entró en Siena por la puerta; y el familiar dijo:

- Ve a casa, y mira con mucho cuidado, sin embargo, en cuanto sepa de ti, tu amigo se esconderá, como debes creer.

Mino así lo hizo, y le dijo al pariente:

- Ah, ven conmigo; y si no quieres entrar, quédate afuera.Y

así lo hizo.

Este Mino fue pintor de crucifijos más que de otra cosa, y especialmente de los que estaban tallados con relieve; y siempre lo tenían en casa, entre las edades y entre manos, cuando cuatro y cuando seis; y conservarlos, como es costumbre de los pintores,

en una mesa, o mesa muy larga, en uno de sus talleres apoyados contra la pared uno al lado del otro, cada uno cubierto con una toalla grande; y en la actualidad había seis de ellos, los cuatro tallados y esculpidos, y los dos estaban pintados, y todos estaban sobre una mesa de dos brazos de largo, apoyados uno al lado del otro contra la pared, y cada uno estaba cubierto con grandes tendederos o con otra tela de lino. Mino llega a la puerta de su casa y toca. La mujer y el joven, que no están dormidos, al escuchar un golpe en la puerta, inmediatamente sospechan que no era lo que era; y la mujer, sin abrir una ventana ni contestar, se acerca tranquilamente a una pequeña ventana, o hueco que no cerraba, para ver quién era; y al darse cuenta de que debe ser sumarido, vuelve a su amado y le dice:

- Estoy muerto: ¿qué haremos? lo mejor que hay es que lo escondas.

Y no viendo exactamente donde, y estando él en camisa, tropezaron con la tienda donde estaban dichos crucifijos.

La mujer dijo:

- ¿Quieres hacerlo bien? sube a esta mesa y reposa sobre uno de esos crucificados planos con los brazos cruzados, como los otros, y te cubriré con la misma sábana con que aquél está cubierto; entonces ven y busca cuanto quieras, no creo que lo encuentres esta noche, y te haré un pequeño bulto de tu ropa y la pondré en algún baúl hasta que llegue el día; entonces algún santo nos ayudará.

Él, como el que no sabía dónde estaba, se sube a la tabla y se quita la toalla, y sobre el crucifijo plano se broncea igual que uno de los crucifijos tallados, y la mujer toma el lienzo y lo cubre. , ni más ni menos , como los demás estaban tapados, y endereza un poco la cama para que no parezca como si hubiera dormido en ella excepto ella; y habiendo quitado las medias y los zapatos y el jubón y la falda y otras pertenencias de su amado, inmediatamente hizo un paquete recortado de ellos y lo colocó entre otras ropas. Y hecho esto, va a la ventana, y dice:

- ¿Quién es?

Y eso' responde:

- Abre, soy Mino.

Dice que:

- ¿O qué octava es esta? - y corre a abrirlos.

La puerta se abre y Mino dice:

- Mucho me hizo quedarme, ya que ella estaba muy contenta de que volviera.

Ella dijo:

- Si has estado demasiado, es falta de sueño, porque estaba dormido y no te escuché.

esposo dice:

- Lo haremos bien.

Y se quita una lámpara y va a buscar lo que había hasta debajo de la cama.

La esposa dice:

- ¿Qué estás buscando?

Mino dice:

- Te muestras nuevo; sabrás bien

Dice que:

- No sé qué decirte: lo sabrás por teléfono.

Yendo en busca de toda la casa, llegó a la tienda donde estaban los crucifijos. Cuando el crucifijo encarnado lo oye allí, cada uno piensa cómo parece ser; y le convenía quedarse como los otros que eran de madera; y tenía el pulso de la muerte. Que la suerte lo ayude, porque ni Mino ni nadie hubiera creído jamás que el que estaba escondido tuviera esa forma. Decir que Mino estuvo un rato en la tienda, y al no encontrarlo, salió. Esta tienda estaba con una puerta al frente, la cual estaba cerrada con llave por fuera, porque un mozo que vivía con el dicho Mino la abría todas las mañanas como abren los demás, y al costado de la casa había un puertita, por donde el dicho Mino entró en la tienda; y cuando salió de la tienda y entró en la casa, cerró con llave dicha puertita para que el crucifijo viviente no pudiera salir aunque quisiera.

Habiendo peleado con Mino el tercero de la noche, y sin encontrar nada, la mujer se acostó y le dijo a su marido:

- Ve tralunando todo lo que quieras; si quieres irte a la cama, sí lo haces; y si no, váyansea casa como gatos, tanto como quieran.

Mino dice:

- Cuando haya sufrido mucho, te diré que no soy un gato, perra inmunda, maldito sea el día que llegaste allí.

La esposa dice:

- Podría decir esto: ¿es blanco o bermellón lo que hablas?

- Haré bien en decírtelo antes de que sea demasiado.

Dice que:

- Vete a dormir, vete, y harás lo mejor que puedas, o me dejas dormir.

Las cosas para Istracca quedaron para esa noche; la mujer se durmió y él volvió a dormirse. El pariente, que esperó afuera cómo debían salir las cosas, quedándose allí hasta que pasó la campana, se fue a su casa diciendo: "Seguro que mientras yo salí por Mino, el enamorado se habrá ido a su casa".

Mino se levantó muy temprano en la mañana, y todavía buscando cada agujero, al final, después de haber buscado mucho, abrió la puertecita y entró en la tienda: y su aprendiz abrió la puerta fuera de la calle de dicha tienda.

Y en esto, Mino mirando estos crucifijos suyos, vio dos dedos de un pie del que estaba cubierto.

Mino se dice a sí mismo: “Claro que este es el amigo”. Y mirando entre ciertos utensilios con que desbastaba y tallaba a los crucificados, no vio hierro más adecuado para él que un hacha que había entre ellos. Tomando esta hacha, y acercándose para subir hacia el crucifijo viviente, para cortar lo principal que lo había llevado allí, el perspicaz salta hacia adelante, diciendo:

- No te metas con el hacha.

Y sácala por la puerta abierta; Mino se alejó varios pasos, gritó: "Al ladrón, al ladrón"; sededicó a sus asuntos.

La mujer, que había oído todo, se topó con un hermano lego de los frailes predicadores que iba al convento con una bolsa de la compra por limosna. Subiendo las escaleras, como hacen a veces, dijo:

- Fray Puccio, muéstrame la bolsa y yo le pondré un poco de pan.

Él se lo dio. Sacando la mujer el pan, echó dentro el bulto que le había dejado su amado, y encima echó el pan del fraile y cuatro de los suyos, y dijo:

- Fray Puccio, por el amor de una mujer que trajo este bulto aquí de la estufa, donde parece que este muchacho iba anoche, lo puse debajo del pan en su bolsa para que no se pensara en ningún mal; Te di cuatro panes; Te ruego (ya que él está hospedado cerca de tu iglesia) cuando vayas, que se lo des, y lo encontrarás en casa; y dile que la mujer de La Stufa le está enviando su ropa.

Fra Puccio dice:

- ¡Ya no! déjame.

Y ve con Dios; y llegando a la puerta de su amado, mostrando que pedía pan, preguntó:

- ¿Hay fulano de tal?

Estaba en la cámara del suelo; Oyéndose a sí mismo preguntado, se dirigió a la puerta y dijo:

- ¿Quién está ahí?

El fraile se acerca a él y le da la ropa, diciendo:

- Te los manda la mujer de la Estufa.

Y le dio dos panes, y el fraile se fue. Y el amante considera todo bien, y enseguida se va al campo de Siena, y fue casi uno de los primeros allí aquella mañana, y allí hizo sus hazañas, como si tal acontecimiento nunca hubiera ocurrido. Mino cuando había soplado mucho, habiendo sido humillado por el crucifijo, que había huido, va hacia su mujer diciendo:

- Puta asquerosa, dime que soy un gato, y que he bebido blanco y bermellón, y esconde tus argucias sobre crucifijos; mejor que tu madre lo sepa.

La mujer dice:

- ¿Dime?

Mino dice:

- También le digo mierda al burro.

"Y hablas con eso", dijo la mujer.

Mino dice:

- ¿Y además no tienes rostro, y no te da vergüenza? No sé si no me importa no poner una marca de fuego en este lugar.

La mujer dice:

- No serías audaz, si no hiciera al hombre por qué; porque a la cruz de Dios! si me pusiste la mano encima nunca hiciste nada tan caro como te costó.

Él dice:

- Ah, perra molesta, que hiciste un crucifijo con la bagascione, para que yo pudiera cortar lo que quería mientras él huía.

La mujer dice:

- No sé lo que dices: ¿qué crucifijo podría escapar? ¿No están jodidos con agouti spannali? y si no ha sido llamado, y vosotros sufrís el daño, si se ha escapado por culpa vuestra, y no mía.

Mino corre hacia la mujer y comienza a 'ngoff' ella:

- ¿Así me lo reprocháis y vosotros pájaros también?

Como la mujer se siente entregada, que era mucho más próspera que Mino, comienza a darle; ven aquí, ven allá, aquí está Mino en el suelo y la mujer encima de ellos, y destrúyelo en el camino. La mujer dice:

- ¿Qué quieres decir? Tómala como quieras, te estás emborrachando aquí y allá, y luego llegas a casa y me llamas puta; Te trataré peor de lo que te trató Tessa con Calandrino: maldito el que secase con una mujer.

algún pintor, porque sois todos fantásticos y locos, y andáis siempre embriagando y no os da vergüenza.

Mino, viéndose mal vestido, ruega a la mujer que lo deje bajar, y que no grite, para que no oigan los vecinos, que, si arman alboroto, no encuentren a la mujer en lado de caballo. Cuando la mujer oyó esto, dijo:

- Me gustaría mucho que hubiera toda la cercanía.

Y me levanté, y así Mino se levantó con la cara toda ennegrecida; y lo mejor de todole dijo a la mujer que lo perdonara, porque las malas lenguas le habían hecho creer lo que no era, y que verdaderamente el crucificado había huido por no haber sido crucificado. Y mientras el dicho Mino iba a Siena, le preguntó aquel pariente suyo que le había inducido a hacer esto:

- ¿Cómo fue? ¿como le fue?

Y Mino le dijo que toda la casa estaba buscando y que nunca había encontrado a nadie; y que, mirando entre los crucifijos, uno había caído sobre su rostro, y lo había golpeado cuando vio. Y así a todos los sieneses que preguntaron: "¿Qué es eso?" dijo que le había caído un crucifijo en la cara.

Ahora bien, sucedió que para mejor permaneció en paz, diciéndose a sí mismo: “¿Qué bestia soy yo? Tuve seis crucifijos y tengo seis: tuve una esposa y tengo una; asi que no lo tenia! de darme aflicción, podré prescindir del daño, como en la actualidad me ha venido; y si quiere estar triste todos los hombres del mundo no pueden hacerlabuena”; si no intervino ya como le sucedió a uno en la siguiente novela corta.

NOVELA 85

Un florentino toma por esposa a una viuda que ha sido muy deshonesta en su propia persona, y con poco esfuerzo la castiga para que se vuelva honesta.

En la ciudad de Florencia había ya uno, según oí, que se llamaba Gherardo Elisei, que tomó por mujer a una viuda; la cual, siendo deshonesta y vanidosa con su otro marido,la habían tenido muy mal en su persona; y tenía el nombre de monna Ermellina. Ahora bien, como este Gherardo tomó a esta mujer por esposa, muchos de sus parientes y amigos, aunque consumado el matrimonio, dicen:

- Gerardo, ¿qué has hecho? eres sabio, y has quitado lo que tienes: ¿qué fama te da esto? - y muchas otras cosas.

Gerardo dice:

- Te aseguro que sé quién era ella: y sé que, si no cambiara de modales, me habría ido mal; pero con la gracia de Dios creo asegurar que conmigo no será como fue, sino todo lo contrario; y por lo tanto no te preocupes por esto más de lo que yo lo hago.

El grupo se encogió de hombros y se burló entre ellos, diciendo:

- Dios te dé bien que hacer.

Y así, después de algunos días, Monna Ermellina vino a casarse con él una noche, y habiendo cenado, y era hora de acostarse, se fue a su habitación, donde Gherardo se representó de nuevo, como es costumbre; y cerrado, monna Ermellina, acercándose ala lama, comienza a hablar amorosamente con dicho Gherardo; y Gherardo empieza a desvestirse en jubón, y Monna Ermellina en chaqueta. Y estando todo bien dispuesto en este asunto por parte de Monna Ermellina mencionado, y Gherardo sale de una de las esquinas de la habitación con un palo en la mano, y da, y da, y da a la nueva novia. Ella comienza a gritar, y cuanto más grita, más Gherardo la golpea. Cuando tuvo un trozo así golpeado, y la mujer diciendo:

- ¡Ay, fortuna, adónde me has conducido? porque, sin saber por qué, en la primera noche estoy tan arreglado por aquel con quien creo tener el mayor placer; buscado

Dios que aún era viuda, pues era mujer de mí misma, y ahora estoy sujeta en forma y a la que nunca más seré feliz.

Y Gherardo reinicia el juego; y tocó hasta donde quiso, y la mujer todavíadiciendo: "¿Por qué me haces esto?"; y Gerardo le dice:

- No quiero que creas, Ermellina, que te tomé por esposa que no sabía muy bien qué mujer eras; y yo sé bien, y he oído qué modales han sido vuestros y cuánta honradez ha habido en vuestra persona; y creo que si el marido que tenías te hubiera castigado por el que yo ahora te he castigado, estos golpes no hubieran sido necesarios. Y por lo tanto considerando, ahora que eres mi esposa, tus costumbres pasadas, tu deshonestidad y tus vituperios no han sido castigados, antes de querer consumar el matrimonio contigo, quise purgar lo que has hecho desde entonces. ; para que, considerando si te he disciplinado por las pasadas ofensas que cometiste cuando no eras mi mujer, piensa qué haré y cuáles serán los golpes que recibirás de mí, si de ahora en adelante, siendo mi mujer, ganaras No te quedes con ellos, y no te diré más: eres sabio y el mundo es grande.

En fin, esta buena señora se quejó mucho, y tenía razón, disculpándose por lo dicho por Gherardo. Al final se acostó, y sólo esa noche, pero durante un mes o más no le ayudó estar con su esposo, como el que estaba todo golpeado. De vez en cuando, reconciliándose con Gherardo, estas palizas tenían tal virtud que, así como ella había sido disoluta y vanidosa en tiempos pasados, así desde entonces fue una de las mujeres queridas, realizadas y honradas de nuestra ciudad.

¡Oh, cuántos maridos dolorosos hacen malas esposas! son peores para sus maridos que para los suyos. Dale una niña a un niño y deja que lo haga. ¿Qué doctrina aprenderá del joven ignorante? y el camino que toma, lo recorre.

Y no siempre se encuentra el palo de Gherardo o el que será contado en la siguiente historia.

NOVELA 86

Fra Michele Porcelli encuentra a una casera desagradable en un hotel, y se dice a sí mismo: "Si fuera mi esposa, la castigaría tanto que cambiaría sus modales". su esposo muere; Fra Michele se la lleva como esposa y la castiga como se merece.

Como treinta años después, había un hombre de Imola llamado Fra Michele Porcello, que se llamaba Fra Michele, no porque fuera fraile, sino que era uno de los que tienen la tercera orden de San Francisco, y tenía una esposa, y era un hombre malicioso y culpable, y de otra manera; y se fue haciendo su propia mercadería para Romaña y Toscana; luego volvió a Imola, al ver que estaba hecho para él. Volviendo una vez, entre otras cosas, a Imola, llegó una tarde a Tosignano, y se apeó en el hotel de un hombre llamado Ugolino Castrone, quien Ugolino tenía por mujer a una mujer muy desagradable y empalagosa, llamada monna Zoanna: habiendo descendió fray Michel de su caballo, y viniendo y enderezándose, dijo al posadero:

- Cenemos bien; ¿Tienes buen vino?

- Sí, bueno, estarás bien.

Estos de Michele:

- Ah, comamos una ensalada.

Ugolino dijo:

'Zoanna', llamando a su esposa, 've, cómprate una ensalada.

Zoanna tuerce su grifo y dice:

- Va', co' tela tu.

El esposo dice:

- Bueno, tú.

Ella responde:

- No quiero ir.

Fra Michele, al ver el camino de esta mujer, se consume de ira. Nuevamente, teniendo Fra Michele ganas de beber, el posadero le dice a su esposa:

- Ah, ve por este vino.

Y dale la vasija.

Madonna Zoana dice:

- Te vas, volverás antes, y tienes el cántaro en la mano, y conoces mejor la barrica.
a mí.

Fra Michele, viendo lo desagradable que era en muchas cosas, dijo al posadero:

- Ugolino Castrado, eres un buen castrado, hasta una oveja; seguro que si yo fuera como tú, haría que esta mujer tuya hiciera lo que le dije.

Ugolino dijo:

- Fra Michele, si fueras como yo, harías lo que yo hago.

Fra Michele se consumió en la iniquidad, al ver las maneras lascivas de la esposa de Ugolino, y se dijo a sí mismo: "Señor Dios, me harías tanto favor que mi señora muriera y Ugolino muriera, seguro que sería mejor para mí quitarla por mujer, para castigarla por su insensatez". Pasé junto a Fra Michele por la tarde como pude, y por la mañana se fue a Imola.

Ocurrió que al año siguiente en Romaña hubo una mortandad, por la cual fallecieron Ugolino Castrone y la esposa de Fra Michele. Varios meses después, la plaga cesó y Fra Michele empleó todo su talento para tener a Madonna Zoanna como esposa; y finalmente su propósito se cumplió. Cuando esta buena dama se casó y se fue a la cama por la noche, donde creía que se le acercaban los recién casados, y fray Michele, que aún no había sacrificado la ensalada Tosignano, la atacó con un palo y comenzó. para darle, y sin restarle le dio tanto, que lo partió todo; y la mujer gritando, no era nada, porque le dio de comer, y luego se fue a dormir.

Dos tardes de allí, y Fra Michele le dijo que pusiera un poco de agua en el fuego, que quería lavarse los pies; y la mujer, que no dijo: "Ve, vístetelo", así lo hizo; y luego sacándolo del fuego y colocándolo en la palangana, Fra Michele se deshizo de todos sus pies, sí

hacia calor. Al oír esto, no dice: ¿qué se nos da? ; volvía a poner el agua en el cántaro, y volvíaa ponerla al fuego, para que se quitara la ebullición.

Hecho esto, saca la palangana, echa agua en ella y dice a su mujer:

- Anda, siéntate, quiero lavarte los pies.

Ella no quería; al final, por miedo a lo peor, accedió a quererlo. La lava con agua hirviendo, la mujer chilla: "oimè"; y tira de sus pies hacia él. Fra Michele los arroja al agua, les da un puñetazoy dice:

- Mantén tus pies quietos.

La mujer dice:

- Trista, cocino todo.

Fra Michele dice:

- Se dice: “Llévate a tu mujer que te cocinará”; y te llevé para cocinarte, antes quiero que me cocines.

Y brevemente, hizo que se quedara más de quince días antes de que casi no pudiera ir, por lo que estaba desolada. Y otro día fray Michele le dijo:

- Ve por el vino.

La mujer, que apenas podía poner los pies en el suelo, se quitó la 'nghestara y anduvo con todas las dificultades que pudo. Como ella está en la parte superior de las escaleras, y Fra Michele desde atrás le da un puñetazo, diciéndole:

- Ve rápido -; y tíralo por la escalera; y luego agrega: - Crees que soy Ugolino Castrone, que cuando te dijo: “Ve por el vino”; y respondiste: “Va'vi tu”?

Y así esta mujer Zoanna, cocida, lívida y golpeada, accedió a hacer lo que no quería hacer cuando estaba sana.

Sucedió que un día fray Michele Porcello cerró con llave las puertas de la casa para hacer la octava con ella; ésta al percatarse huyó escaleras arriba, y por una ventana en el techo se fue huyendo de techo en techo, tanto que llegó hasta una vecina de Fra
Michele, apiadándose de ella, la mantuvo en casa; y luego alguien cerca y cerca, viniendo a rogar a Fra Michele que se lleve a su dama y se quede con ella como debe, él respondió quecomo ella se había ido tan

volvería; si hubiera subido al techo, volvería por ese mismo camino, y no por otro; y si no lo hacía, nunca esperó a volver a su casa. La cercanía, saber quién era Fra Michele, hizo posible que la mujer regresara al matadero como gatos. Como ella estaba en casa, y Fra Michele comienza a tocar las castañuelas. La mujer torturada y atormentada le dice a su marido:

- Te suplico que antes de atormentarme todos los días de esta manera, sin saber por qué, que me mates.

Fra Michele dice:

- Porque todavía no sabes por qué hago esto, y quiero decírtelo. Recuerdas bien cuando llegué una noche al hotel de Tosignano que eras la mujer de Ugolino Castrone; ¿Y te acuerdas cuando te dijo que fueras a buscarme la ensalada, y dijiste: “Va' vi tu”? - Y sobre esto, le dio un gran puñetazo; y luego dice:

- Y cuando dijo: “Ve por este vino”; y dijiste: "no quiero ir"?
- Y dale otro.

- Entonces me indigné tanto que rogué a Dios que diera muerte a Ugolino Castrone ya la mujer que tenía, para que yo te llevara por mujer.
Él, como buen oyente de mis oraciones, las envió a ejecución; y ha hecho que seas mi mujer, para que yo te dé el castigo que no te dio tu castrado; de modo que lo que te he hecho hasta ahora ha sido para castigarte por tus faltas y maneras molestas cuando eras su mujer. Ahora piensa que, ya que eres mi esposa de ahora en adelante, si quieres mantener esos métodos, lo que haré; ciertamente, lo que he hecho hasta ahora les parecerá leche y manzanas; así que hoy te toca a ti, si tú con las pruebas y yo con palos y púas, si es necesario.

La mujer dijo:

- Esposo mío, si en tiempos pasados he hecho algo que no conviene, me has dado la pena. Dios dame el favor de que de ahora en adelante me encargaré de que puedas estar satisfecho; Lo haré y que Dios me dé la gracia.

De Michele estos:

- Messer Batacchio te lo aclaró; tú decides.

Esta buena señora cambió completamente en sus hábitos, como si renaciera; yFra Michele no necesitaba usar, no sólo las teclas, sino la lengua, porque se imaginaba lo que él debía querer, y no ir, sino volar por la casa, y ella era muy buena mujer.

Por mi parte, como se ha dicho, creo que los maridos tienen casi todo que ver con las buenas y malas esposas. Y aquí vemos que lo que 'l Castrone no había sabido hacer, Porcello lo hizo. Es como si un proverbio dijera: una mujer buena y una mujer mala quieren un palo; Soy el que cree que la mala quiere un palo, pero la buena no tiene necesidad; pero si los golpes se dan para cambiar los malos hábitos por buenos, se pretende que se los den a la mala hembra para que cambie los malos hábitos; pero no por casualidad, porque si cambiaba a los buenos, podía llevarse a los malos, como suele pasar, cuando los buenos caballosson golpeados y maltratados, se vuelven reacios.

NOVELA 87

El maestro Dino da Olena, médico, cenando con los Priores de Florencia una noche, siendo Dino di Geri Tigliamochi gonfalonier de justicia, hace tanto que dicho Dino no cena, queriendo entonces darle los límites a dicho maestro Dino.

Dino di Geri Tigliamochi era un ciudadano comerciante de Florencia, muy utilizado en los países de Flandes e Inglaterra. Era muy largo y maghero, con un enorme gorgozzule;y era muy repugnante oír o ver fealdad, y por eso, hablando allí media lengua, tenía un poco de lo nuevo. Siendo Gonfaloniere di Giustizia, invitó al Maestro Dino a cenar, y dicho Maestro Dino era mucho más nuevo que dicho Dino. Habiéndose, pues, sentado a la mesa, el dicho Confaloniere a la cabecera de la mesa, y el Maestro Dino a su lado, y luego Ghino di Bernardo d'Anselmo, que fue prior, y quizás compositor con el Maestro Dino de lo que sigue del presente. Novella, puso la mesa, el vientre de un ternero fue llevado a la mesa; y comenzando a cortar, el maestro Dino le dice a Dino:

- ¿Cuánto te comerías en un bol, donde la mierda había estado varios meses?

Dino lo mira, y molesto, dice: - Es mala

mezcla para los que se portan mal; quitar, llevar.Maestro

Dino dice:

- ¿Qué es esto que vino a la mesa? es aún peor.

Dino trastorna su gorgozzule:

- ¿Y qué palabras son estas?

Maestro Dino dice:

- Son según lo que vino en la mesa para el primer plato: dime la verdad; ¿No es este vientre el recipiente donde han estado las heces de esta bestia desde que nació? ¿Y vosotros sois el señor que sois, y os alimentáis de tan inmunda comida?

- Es mala travesura, es mala travesura; quítalo, - dice la doncella, - y en la fe del Creador no lo comerás más.

Hasta ahora Dino no comía ni la barriga ni nada. Cuando se tomaba este plato, se leían;y el maestro Dino dice:

- Esta agua de las putas perdices -; y le dice al gastador: - ¿Dónde los compraste?

El gastador dice:

- De Francesco pollaiuolo.

Y el Maestro Dino dice:

- Muchos de ellos han venido en estos días, y algunos de mis vecinos los han comprado, creyendo que son buenos, luego los encontró todos agusanados; y estos de aquellos.

Y Dino dice:

- Es una mala mescianza, mala mescianza, en la mala hora con tanta inmoralidad -; y le da su cuenco al familiar, y dice:

- A' vía.

Maestro Dino dice:

- Es mejor para mí comer, si quiero vivir; déjalo ser.

Y Dino en sus mejillas, ya no come, y parece la Santa Faz.

Una vez retirado este plato, se sirvieron las sardinas en trozos. Maestro Dino dice:

- Gonfaloniere, me recuerda cuando mis hijos eran pequeños, cuando les salían bichos por la espalda.

Y Dino se levantó:

- Es mala mezcla a los que se portan mal; por Nuestra Señora de París, no me dejaste comer esta noche con una manera tan sucia de hablar; pero por mi bien nunca más vendrás a este hotel.

El maestro Dino se reía y le suplicaba que volviera a la mesa, y no había manera, pues se iba entre las habitaciones diciendo:

- Nuestro Señor les dé un buen día; un hombre de sillón que ha venido a tal mansión, y se tiene por gran maestro de la música, y sus discursos son más de los rufianes que votan por los jardines que de los que tienen que dar ejemplos y doctrinas, como debe hacer , de quien se puede decir que es viejo y mal vivido .

Ghino di Bernardo y los demás señores, que con esto quedaron muy contentos, se levantaron de la mesa y fueron a donde estaba Dino, y lo hallaron muy amontonado, y no querían ver al Maestro Dino; sin embargo hicieron tanto, que se humilló un poco: y el Maestro Dino con él en verso, tanto que se reconcilió con él. Pero no fue difícil, porque estando un rato, y el Maestro Dino queriendo irse, Ghino di Bernardo dijo:

- Maestro, despídase de Dino y presente sus respetos.

Y el Maestro Dino toma a Dino de la mano y le dice:

- Messer el Confaloniere, con su merced, deme licencia -; y extiende su mano; y el maestro Dino, tomándolo, inmediatamente se da la vuelta y, arrojándose los pantalones, de repente saca el culo y la cabeza.

Ya no; Dino comienza a agarrarte:

- Tómalo, tómalo.

Ghino y los demás dijeron:

- Oh Dino, no grites; iremos a la audiencia, y allí haremos lo que se debe hacer.

Maestro Dino dice:

- Señores, les ruego que no perezcan por haber mostrado la debida reverencia -; y aunque bajes las escaleras vas con Dios.

Dino, salido furioso, va a la audiencia esa misma noche, reúne a sus compañeros y toma la decisión, que se proponía, de enviar un boletín al albacea, y que el Maestro Dino tiene límites. Ponga la fiesta, y ponga y vuelva a poner, nunca podría ganar. Dino al ver esto, con su gorgozzule inflado llama a las doncellas para que enciendan las prensas, porque quería irse a casa. Sus compañeros se echaron a reír y dijeron:

- Doh, Dino, no vayas esta noche.

Y Dino brevemente, sin arrepentirse, se fue a casa, y por la mañana lo enviaron por él; y nunca hubo forma de que él regresara al palacio al día siguiente; tanto que uno de los señores, con un carboncillo, en la audiencia más pequeña había pintado al mismo Dino en la pared con un gran gorgozzule, y con la garganta larga, que se parece a él. Como era de noche, cuando Dino no había querido volver al palacio, enviaron allí a los señores Ser Piero de los Riformagioni, rogándole que regresara para que los asuntos de la comuna no quedaran sin gobierno; y también para que el Maestro Dino fuera sancionado por la infracción cometida Después de muchas palabras, Dino se dejó ganar, y a la mañana siguiente volvió al Palagio, y al llegar al público menor del día, vio, mientras estaban junto a Ghino di Bernardo, la cara que había sido pintada en la pared; y mirándolo, comenzó a soplar: y Ghino dice:

- Ah, deja estas cosas, no pelees más.

El dijo no:

- ¿Cómo diablos me dices esto, que todavía me pintó en esta pared? Y si no me crees, míralo.

Ghino, que estallaba por dentro con tantas ganas de reír, dice:

- ¿Cómo, buena suerte, te aburres de esta cara, y dices que está pintada para ti? Este fue pintado, ya hace algún tiempo, para el rostro del rey Carlos I, que era delgado y alargado, de nariz chata. Y perdóname, Dino, porque he oído decir a muchos ciudadanos que tu rostro es precisamente el del rey Carlos I.

Dio fe a estas palabras, y de nuevo se consoló, sintiéndose semejante al rey Carlos I: y deteniéndose un rato, volvió al Maestro Dino, y arrastrándose entre la audiencia, aparta el boletín y los límites, y uno no gana, y se desesperó fuertemente. Finalmente Ghino dijo:

- Como esta fiesta no se puede ganar, hágase llamar dos de nosotros al Maestro Dino, y dígale lo que conviene, haciéndolo muy asustado - ; y así lo hicieron.

Y fue Ghino y otro que mandó llamar al maestro Dino: y cuando vino, y Ghino se echó a reír, y al fin le dijo que Dino lo quería hasta para el muerto, y que hubiera renunciado a todas las demás cosas. , y dado tranquilidad, excepto para dibujar calzones. Maestro Dino dice:

- Es una parte del mundo que es muy grande, y hay un rey que es el más grande, y tiene muchos príncipes debajo de él, y se llama el rey de Sara: cuando uno hace reverencia a uno de esos príncipes, atrae su capucha; y cuando se hace reverenciaal re mayor, uno se quita repentinamente la capucha y los calzones; y yo, teniendo por el mayor señor al gonfalonier de justicia, no sólo de esta provincia, sino de toda la Italia, queriendo hacerle reverencia, hice lo mismo que allí es costumbre.

Cuando los dos priores oyeron este razonamiento, se rieron aún más, y volvieron a Dino y los demás, y dijeron cómo habían insultado al Maestro Dino, y le habían hecho una gran rudeza; y que se había excusado con la costumbre que hay en aquel país; y si es así, no cometió tal error; rogándole a Dino que no se preocupe por eso, y que les deje este asunto a ellos. Brevemente, poco a poco Dino empezó a olvidar el insulto del Maestro Dino, pero no para que no lo vigilara de cerca durante varios años; y el Maestro Dino se alegró de esto, y dijo:

- Si no me habla, y yo no voy a curarlo, cuando está enfermo -; y así estuvieron mucho tiempo, hasta que maese Tommaso del Garbo, dándoles una panza y unas perdices grises de cena una noche, les hizo hacer las paces.

Siempre es conveniente que entre los señores oficiales y brigadistas haya uno que, por sus maneras, se deleite en los demás. Este Dino era uno de ésos: no por vicio, sino por costumbre, era culpable de cosas groseras, y no quería oír; y como el Maestro Dino quedó complacido, se lo dio a los señores. Y por eso es una gracia a Dios haber hecho tal vientre que todo sufre.

NOVELA 88

Un campesino de Decomano viene a quejarse a Messer Francesco de' Medici que una de sus consortes quiere quitarle un viñedo y alega amablemente que Messer Francesco se asegura de que no se lo quiten.

Fue en Decomano, no hace muchos años, un campesino muy acomodado, y confesó lo de Vicchio; donde sostenía en sus manos una hermosa viña, que uno de los Medici quería quitarle, y estaba a punto de tenerla.
Viendo que este hombre, que creo que tenía por nombre Cenni, estaba en mal estado, pensó en ir a Florencia a quejarse al mayordomo de la casa; y así lo hizo; porque montó una mañana en su caballo y fue a Florencia, y sabiendo que micer Francesco era el mayor, fue a él, y cuando llegó allí, le dijo:

- Messer Francesco, vengo a Dios ya usted, para rogarle por el amor de Dios, que no me roben, si me roban no debo serlo. Uno de tus esposos quiere quitarme una viña, la cual perderé si no me ayudas. Y esto le digo, señor Francesco, que si él tiene que tenerlo, quiero que lo tenga; y te digo como. Debes saber, que has vivido mucho tiempo, que este mundo anda de malas costumbres, y cuando corre la mala costumbre de la viruela, cuando de las pestes mortales, cuando es mala costumbre que todos los vinos se echen a perder, cuando Es mala costumbre que se maten en poco tiempo muchos hombres, cuando es costumbre que la gente no tenga razón: y así cuando es costumbre de una cosa, y cuando de otra. Y sin embargo, volviendo al tema, digo que no hay remedio contra ellos. Así mismo lo que quiero pedirte por el amor de Dios en este momento es esto: que si tiene costumbre de tomar viñas, que tu marido haga marcar y bendecir mi viña, para que contra el mal no pueda yo, ni No quiero defenderlo; pero, si no fuera mala costumbre de tòr viñas, os ruego de corazón que no me quiten mi viña.

Messer Francesco al oír la amabilidad de este hombre, le preguntó cómo se llamaba;y le dijo; y luego dice:

- Buen hombre, mi esposo no puede estar bien contigo, y ten por seguro que, vaya o no vaya, tu viña no te será arrebatada -; y dijo: 'No te importa esperar un poco.

Y envió a los ancianos de la casa por cuatro; y les dice esta grata noticia; ymás, que llama a Ceni y dice:

- Diles lo que me dijiste -; y les dijo literalmente.

Todos ellos de acuerdo mandaron llamar a su consorte que ya había entrado en la viña, y le reprocharon el hecho, y brevemente libraron la viña de manos de Faraón, y le dijeron que Cenni había adjuntado la cuenta de los malos hábitos, en una forma que podría estar equivocado; y que se aseguraría de que nunca escucharan ninguna llamada de él. Y así les prometió, como no iba bien, liberar la viña, y no seguir más su empresa.

Ciertamente, la ley no habría hecho que Cenni hiciera esa razón en mucho tiempo, lo que hizo su agradable alegación del mal hábito. Y que nadie se burle de ello; porque quien lo cuida bien, desde hace mucho tiempo me parece queel mundo ha andado por el mundo, salvo una cosa, que es para usar bien, perolo contrario ha sido bueno, y ha durado Buen tiempo.

NOVELA 89

El sacerdote de Mont'Ughi, llevando el cuerpo de Cristo a un enfermo, viendo una a una su higuera, lo grita con palabras nuevas y deshonestas, prestando poca atención al sacramento que tenía en sus manos.

En la iglesia de San Martino a Mont'Ughi cerca de Florencia, había hace poco tiempo un sacerdote que se llamaba Ser... que no era muy devoto, sino más bien malvado; y entre otras cosas se tenia toda la iglesia mal tapada, y el altar peor tapado que en ningun otro lugar, por tal señal que el dia de su fiesta llovio sobre el altar, tanto los vecinos como los demas decian:

- Doh, sacerdote, ¿por qué no cubre que no llueve sobre el altar?

Y ellos respondieron:

- Que sea de él, si quiere que llueva sobre él. Dijo que fiat ben , y el mundo fue hecho; puede decir cuopri, y estar cubierto, y no lloverá sobre él.

Y así era de diferente condición en todo.

Sucedió por casualidad que, estando uno de su populacho gravemente enfermo durante el verano, lo enviaron a buscar para que le llevara la comunión; y él, tomando el cuerpo de Cristo, fue a comunicar al enfermo; y no habiéndose alejado mucho de la iglesia, mirando alrededor de uno de sus campos, vio a un muchacho sobre una higuera que estaba comiendo y recogiendo sus propios higos; y como un hombre no católico, ni uno que iba con la comunión en las manos, sino como un ladrón desesperado, volviéndose hacia él, gritó:

- Si el diablo me da gracia para acostarlo, los golpearé para que estos sean los peores higos que jamás comerán.

El niño, que tuvo algo que ver, y tal vez hasta quiso hacerlos decir algo peor, dice:

- Oh Señor , llevas a il Signore, y yo voy en la tentación de los higos.

El sacerdote dice:

- ¡Yo boto a Dios que me mate! ¿Qué dirás? Scendine, che sie mort'a ghiado.

El muchacho, teniendo el cuerpo lleno, dijo:

- Ahora he aquí, voy a bajar, y te daré tus higos.

Y soltó un pedo que sonó como una bomba; y el sacerdote siguió su viaje todo hinchado; y nuestro Señor fue así honrado, entre el sacerdote discreto y el comilón que estaba sobre la higuera; y el enfermo fue comunicado por el venerable sacerdote tan bien dispuesto.

¿Qué diremos que fue aquella hostia consagrada y llevada por tan devoto clérigo? Por mi parte, no creo que los malos árboles puedan producir buenos frutos. Y el mundo entero está lleno de tales, que Dios sabe por manos de quién vino.

NOVELLA XC

Un zapatero de San Ginegio intenta quitarle la tierra a Messer Ridolfo da Camerino, quien habiendo llegado a sus oídos, con bellas palabras le hace cambiar de opinión sobre su error, y lo perdona.

Nuevamente debo volver a una de las historias de Messer Ridolfo

Vestidor, que está en esta forma. Un zapatero del pueblo de San Ginegio, que tenía al dicho messer Ridolfo, fué una vez tan presuntuoso, que se puso a hablar y negociar en el camino del estado contra dicho messer Ridolfo; de lo que llegó a sus oídos. Estando el dicho messer Ridolfo en dicho pueblo, y sabiendo que tenía la ventaja del hecho, no se apresuró, como hacen muchos tontos; y no quería que aparecieran estas cosas, sino como las de un zapatero. Y todavía no queriendo mostrar cobardía, sino más bien magnanimidad, mostró que iba por diversión a la tierra; y yendo a donde estaba parado este zapatero con su stazzone, y micer Ridolfo se detiene y dice:

- ¿Por qué haces este arte? Y dice: - Mi señor, para poder vivir - dice Messer Ridolfo: - . Y No puedes vivir con eso, no es tu arte y no es tu oficio, y no lo sabes hacer -; y quitar las formas y hacer que se las lleven.

El zapatero bien podría decir que no le faltan las hormas; y no sabiendo qué hacer, y no pudiendo pensar lo que esto significaba, fue varias veces a micer Ridolfo a pedir sus formularios. Por fin fue allí una vez y halló a micer Ridolfo con una compañía de hombres hábiles; y advirtiéndose, que si delante de tantos pidiere las formas, más le valdría que las devolviese, teniendo por vergüenza al dicho señor Ridolfo que se las devolviese; y adelantándose, en presencia de todos, dice:

- Mi señor, os ruego que me devolváis mis formas, porque no puedo trabajar, ni hacer mi arte.

Y Messer Ridolfo lo mira y dice:

- Te dije que no es tu arte coser pantuflas y hacer zapatos.

Y el zapatero dijo:

- ¿O si este no es mi arte, que siempre lo he hecho lo que es mío?

Messer Ridolfo dijo:

- Bueno, nos preguntaste; tu arte es quedarte en este hermoso palacio, y entregartea las cosas más altas; y quiero conservar esas formas, dedicarme a la costura y hacer zapatos y sandalias, si es necesario.

Este zapatero, continuando con sus preguntas, y Messer Ridolfo dando extrañas y cerradas respuestas, y los hombres que aquí estaban parecían como si se olvidaran de oír al zapatero preguntar por las formas y las respuestas que daba el Señor. Llevo bastante tiempo, y dice Messer Ridolfo:

- Este zapatero que ves aquí, ha tratado de quitarte el señorío; y yo, sabiendo esto, y viendo que su mente debía ser muy grande, y no para tirar cuero con los dientes, sino para ser señor en estos palacios, le quité las formas, para que, si busca este trabajo y hablar de que esto debe ser suyo, él no tiene nada que ver con eso, porque no es su trabajo, pero es muy vil y bajo para su gran alma.

Este zapatero se disculpó, y sus pepitas empezaron a temblar: y señor ridolfo dice:

- En tu mal momento, ni siquiera te disculpes, que lo sé todo, y quiero condenarte en presencia de ellos -; y le dijo a uno que buscara formularios.

Oyendo esto el zapatero, aconsejó que con dichas formas lo hiciese matar. Una vez llegados los formularios, Messer Ridolfo dice:

- Ya que nos dijiste antes que ese es tu trabajo, y quiero creerte, y te daré los formularios; pero deja mi oficio, que no es propio de ti, ni de tu igual, y vuelve a cortar y coser zapatos en tu mala hora; y ve y hazme lo peor que puedas.

El espíritu del zapatero comenzó a regresar; y él dijo:

- Mi señor, - de rodillas, - ruego a Dios que le dé una vida larga y buena; y de la gracia que me has dado darte el mérito que se requiere de tu virtud y de tu misericordia. Para mí no ha pasado tanto tiempo como para merecerlo; pero ten la certeza de una cosa: mi alma, y lo que puedo, te es enteramente entregado a ti.

Y así partió en aquella hora, que nunca pensó, ni en palabra ni en obra, sino en la exaltación de su señor. Y por esto se hizo tan querido micer Ridolfo por su pueblo, que a todos les parecía que... con un ferviente amor a cada una de sus necesidades.

¡Oh, qué encomiable es un caballero cuando se le hace tal ofensa por un hombre vil, que lo cuide como lo hizo, mostrando su magnanimidad y espíritu liberal, que lo hace grande y se eleva a las estrellas, por haberlo canceló y menospreció aquellas cosas que muchos cobardes hacen más, temiendo que toda mosca los ofenda.

NOVELA XCI

Minonna Brunelleschi, siendo ciega, por la noche lleva a otros a vender melocotones;y algún otro robo para él agradablemente hecho.

Minonna Brunelleschi de Florencia fue en mis días, y era ciega, como en muchas cosas se superaban los ilustrados, de modo que no había nadie cercano a él que, si tuviera que poner canela en un tonel de vino, no mandara a buscar a Minonna para ponerlo; y varias veces le vi que nunca derramaba una gota de vino, tocaba zara y andaba solo sin ningún guía. Este hombre tenía su propio lugar en el Panche, y era cercano a un tal Giovanni Manfredi, llamado Giogo. En la viña de este Giogo Minonna había colocado ciertos melocotoneros cargados de deliciosos melocotones; y una tarde en la noche tenia dos compañeros, y dijo:

- ¿Vendrás conmigo a este lugar por duraznos?

Dijeron quiénes habían dado con su casa, y eran florentinos:

- O no conocemos el lugar nosotros mismos.

Minona dice:

- No hay cuajada; ven como te guío, y trae este saco.

Estos dos se miran, diciendo:

- Esto es una gran cosa, que los iluminados suelen guiar a los ciegos, y este ciego quiere guiar a los iluminados.

Se enardecieron más que para ir, y dijeron:

- Vamos, a ver tantas cosas nuevas.

Fueron, y Minonna los había guiado muy bien de un campo a otro; y llegando a entrar en la viña, donde estaban los melocotoneros, esta estaba muy bien cavada, ycon buen seto. Minona dice:

- Déjame seguir adelante; baja aquí, porque debe haber una callaietta tan escondida -; y los de atrás.

Cuando estaba en la callaia, Minonna dice:

- Ahora pase aquí, y manténgase a la derecha, y verá los melocotoneros.

Lo hacen, y así descubren lo que dice; y 'l Minonna con todo esto estaba en lapesca cuando ellos estaban; y recogió para los dos: al fin llenaron el saco; yMinonna quería que se los colocaran alrededor del cuello. Ellos no querían, y tomaron este saco como pudieron, y se fueron a su casa y se acostaron.

Por la mañana Minonna y Ellino parten para Florencia, y estos dos, incapaces de dejar de distribuir dicha historia, dicha cosa llegó a oídos de Giovanni Manfredi. No pudiendo el dicho dar paz, sin decir nada, a la noche siguiente se fue con alguien al jardín de Minonna, y cortó muchas coles hermosas que allí había, y recogió aquellas frutas que pudo llevar, e hizo daño, hizo .

La historia llega a Minonna, e inmediatamente se piensa que fue Giovanni Manfredi; y comienza a soplar como un cerdo infiel, con la nariz gruñendo y un atril en la espalda, como un delfín cuando se lanza sobre el mar, soplando para anticipar una tormenta. Inmediatamente se abre paso entre sus piernas, y echa la cabeza hacia adelante con la moda, como iba, para ir a los Bancos; y pasando con este ímpetu de la tienda de Caperozzolo, afuera en la calle había un bariglione en un desco con no sé qué cosas hacer, o algodoncillo o sabores en manantiales, y entonces se hicieron el bariglione y el desco adentro, con esto que estaba allí, se fue a tierra; y va más allá de su camino.

Caperozzolo, o su trabajador, que se golpeaba por dentro al ver esto, sale y mira a Minonna, gritando:

- ¿Estás muerto en la grava, o no ves la luz? que perder los ojos.

Minonna fingió no oír, y aun así se va, y llega a los Bancos, y entra en el jardín, y va palpando las coles con lo que hay allí, apenada mucho, y sobre todo las coles de las que a menudo comía mucho sopas; y se quedó algunos días, mostrando que no sabía quién le había hecho esto. Al final pensó que la cosa no se quedabaaquí. Una tarde tenía dos campesinos, y les rogó que se quedaran con él, y así fue; pues cuando llegó la noche, con dos bolsas y con cuchillitos fueron al jardín de Giovanni Manfredi, donde había un campo de inconmensurable belleza, y del cual siempre hablaba el dicho Giovanni, y estos despertándolos uno por uno

uno, cortaron las cabezas y las pusieron en sacos, y volvieron a clavar el tallo en la tierra, y así las arrancaron todos y se llevaron las cabezas y dejaron los tallos en su lugar.

Dos días después, cuando Giovanni y Minonna estaban en Trebbio, donde solían estar, Minonna se quejó de su repollo. Giovanni Manfredi dice:

- Ojalá me hubieran arrebatado antes a mis padres, que me estropearan como parece que estropean.

Minona dice:

- ¿Como? él era tan hermoso.

Y esos dice:

- Y todos se han marchitado desde ayer.

Minona dice:

- Tal vez serán quemados.

Se va y comprende demasiado bien que Minonna ha hecho algo; y entrando en el jardín, echa un ajo, saca dos, y pudo echar tanto que no halló la cabeza de nadie. Inmediatamente imaginó lo que era; y el otro día, estando en Trebbio, no se pudo celebrar el Giogo que no decía:

- Minonna, al menos te quedaban unos cuantos.

minona dijo:

- ¿Tienes el delirio?

yugo dijo:

- Lo tengo bien, cuando te llevaste a mis padres.

Minona dice:

- ¿De qué estás hablando? ¿Lo enviaste a vender a Ciacca?

- ¿Qué Ciacca, que murió en el hielo?

- En realidad eres tú.

- Efectivamente tú -; y van uno contra el otro para darse el uno al otro.

Ambos tenían ciento cincuenta años, uno era ciego y el otro tenía los ojos entornados que parecían bordeados de escarlata. Subió el pueblo, hicieron las paces; Minonna se quedó con el ajo, Giogo con las coles... y nunca se amaron, y siempre murmuraron... sin nadie que lo compense, sus pies estaban en la tumba, y rellenaban las coles con ajo: otra cosa le hubieran quitado, porque un perro que lame ceniza no le tiene confianza a la harina.

NOVELA 92

Soccebonel di Frioli, va a comprar tela a un cortador, creyendo que ha engañado la medida, y el cortador lo ha engañado groseramente.

Un clíper florentino ya estaba en Frioli en el castillo de Spilinbergo; y un friulano, de nombre Soccebonel, iba a comprar paños, empezó a pedir paños de algún color bonito, pero quería hacer una cioppa para los barones. El Clippers dice:

- ¿Quieres a celestrino?

- No.

- ¿Quieres verde?

- No.

- ¿Quieres desteñido?

- No.

- ¿Quieres una perra?

- No.

- ¿Quieres una capa de cielo?

- Sí, sí, sí.

Noté el nombre, que allí estaba el sol y la luna, y las estrellas, y tal vez una gran parte del Paraíso. Cuando trajeron este cabo del cielo, acordaron el valor de cuatro pipas. El cortador encuentra el cañón y le dice a Soccebonel:

- Llévala allí, y empieza a subir el cañón.

El friulano colocaba y tiraba de la tela más arriba que la vara, a veces suavemente, a veces más, y tenía tanto cuidado que no miraba a otra cosa. El florentino, que en seguida se dio cuenta de esto al principio, cuando ponía la tela en la caña dejaba atrás media vara de la caña, y a veces más, de modo que cada cuatro varas tal vez tres y media volvían al buen hombre . Medir la

cuatro cañas, y pagado, el friolano hace traer el paño; y para que se oculte el engaño, dice el vendedor:

- ¿Quieres hacerlo bien? métela en una tina de agua y déjala reposar toda la noche, para que beba bien, y luego verás qué tela hace.

Así lo hizo; y por la mañana escurrirlo un poco del agua, y enviarlo al esquilador, que lo secaen la sopressa y lo despunta. Se recorta la tela, y Soccebonel va a por ella, y dice:

- ¿Qué tienes tú?

Dice el cimatore:

- Es como la longitud de nueve brazos para mí; dar nueve sous.

Él dice:

- ¿Como nueve brazas? ¡Pobre de mí! ¿Qué dices?

El esquilador lo encuentra y dice:

- Vedilo, misuralo tu.

Vuelve a medirlo y ya no se encuentra; Y dice:

- Por el cuerpo de la madre de Jesucristo, que me habrán robado.

Y va al cortapelos, y va aquí, y va allá; uno le dijo:

- Estos paños florentinos no devuelven nada al agua.

Y el cortapelos dijo:

- Mira dónde se quedó la noche que lo pusiste en los manantiales, que quienquiera que sea no lo había estacado.

Otro dijo:

- Estos cortapelos son todos ladrones.

Y un compañero del clipper, que tal vez sabía el hecho, dijo:

- ¿Quiere decirle la verdad, caballero? Porque no hace mucho que oí que uno levantó un brazo de tela florentina, y por la tarde lo mojó, como tú hiciste esto, en una tina de agua, y lo dejó allí toda la noche, por la mañana cuando iba a sacarlo del agua, lo encontró tan adentro que no encontró nada.

Fútbol de dados:

- Au, ¿puede ser cest?

Y él respondió:

- Sí, podrían ser canastas.

Ahora bien, este hombre, creyendo que estaba engañando, fue engañado y estaba a punto de volverse loco; y volvió la capucha del cielo que no hubiera tapado el cielo de un pequeño horno; y la capa del barón se convirtió en una capa, que parecía un jersey.

Y así sucede a menudo que tantos otros saben cuántos otros.

NOVELA 93

Maso del Saggio hace una gran reunión de ciudadanos que tienen narices grandes en Santo Piero Scheraggi, y luego les demuestra gratamente que tiene narices muy grandes.

En Florencia ya había un hombre agradable y divertido, que se llamaba Maso del Saggio, y era corredor de bolsa. Al ver una compañía de ciudadanos de narices muy grandes por todo nuestro pueblo, pensó reunirlos a todos una mañana, y al cabo de un día, uno por uno los fue invitando, diciendo:

- Un ciudadano muy respetable le ruega que esté en la mañana con los demás que van a San Piero Scheraggio. Y como usted no sabe en este momento quién es el ciudadano, no se preocupe, ya que no dice quién, por ningún motivo.

Y así uno por uno les dijo a todos. Estas auditivas tan nuevas...

NOVELA XCVII (fragmento)

... boca, haciendo: Sciu, u, u, u. El cura, o fraile queremos decir, como lo ve con estos actos, dice en verso al mochuelo:

- ¿Y tú tienes el tuyo?

Y arrojándole la copa con todo el vino, dijo:

- Y tienes esto ahora en el nombre del diablo.

Cuando hubo tirado el cáliz, y vio la hostia sobre el altar, y sin darse cuenta de que había estado debajo del cáliz, dice:

- Entonces nos asustó, y por eso lo denunció aquí -; y volviéndose a la gente dijo milagrosamente cómo la niña había robado la hostia, y que por temor a que le arrojaran aquel cáliz a sus ojos abiertos de par en par, lo había devuelto, y puesto sobre el altar, y guardado el vino .

La niña parecía querer decir estas cosas, mirando ahora al sacerdote, ahora al clérigo, ahora a la gente, continué, ahora inclinando la cabeza hacia el suelo, ahora levantándola, apretándola con su pico, dijo : Sciu, tu, tu, tu. Los que estaban allí con algún entendimiento en la Misa no pudieron evitar reírse. Otros croatas y grandes campesinos dijeron:

- O en tiempos malos, ¿de qué sirve fray Sbrilla la civetta cerca del altar, si ella robó el cuerpo de Cristo?

Y ellos lo creían demasiado bien.

Fray Sbrilla, amenazando a la lechucita con que no se quedaría más en aquel lugar, hizo dar las ampollas al clérigo, y volvió a llenar el cáliz con vino, y celebró misa.

Y de esta manera, y entre tales manos, y sacerdotes tan discretos es llevado nuestro Señor; quela semilla puede ser apagada!

NOVELA 98

Benci Sacchetti le da a una brigada una barriga de la olla y la envía a casa para el soldado de infantería, y a cambio le pone un pequeño sombrero en la olla.

En la ciudad de Venecia había ya ciertos comerciantes florentinos, que desde hacía mucho tiempo habían tomado amistad y compañía, de modo que comían juntos varias veces, y muchas veces cada uno traía su parte, y se peleaban entre sí, y hacían tanisca, y por lo que ya escuché al escritor de mi padre, que fue el comienzo de la presente novela, fue un tal Giovanni Ducci, Tosco Ghinazzi, Piero di Lippo Buonagrazia, Giovannozzo di Bartolo Fede, Noddo d'Andrea, que aún vive, y Michel Cini, y Benci del Buon Sacchetti, y algunos otros. Sucedió por casualidad que Giovanni Ducci, el Tosco y Piero di Lippo, consiguiendo un ternero muy grande y hermoso, hicieron un bolso, y compraron la panza para comérsela el domingo siguiente en la cena, y tal vez no dijeron nada al respecto: porque, si los otros compañeros lo supieran, no lo podríamos tener en paz, no sería mucho para uno.

Tosco dijo:

- Esto es lo que quieres hacer, porque he querido mucho: tengo la intención de hacer un lote.

Y así guardaron el secreto, y Messer Gherardo Ventraia fue llevado a la casa de Giovanni Ducci.

Esa misma mañana, que era sábado, Benci y Noddo fueron, como es costumbre, a ver la carnicería, a comprar para el domingo, y se toparon con la mesa donde vendían dicha ternera.

Dice el uno:

- O esto es hermosa carne.

- Muy cierto.

- ¿Cuánto cuesta una libra?

Y compré un pedazo de él. Y pesandolo el carnicero dice:

- ¡Gnaff! Tus compañeros recientemente tuvieron sus panzas.

Dados de odio:

- ¿O quién?

Y el carnicero dice:

- Giovanni Ducci, y tal, y tal.

- ¿Y a qué casa fue la barriga?

El carnicero dice:

- En casa de Giovanni Ducci; y allí me parece que lo comerán mañana por la noche.

Ellos dicen:

- O estar con Dios.

Quitan la carne y se van; y al volver a casa, se dicen unos a otros:

- Esta cosa no quiere ir por aquí.

Nodo dice:

- ¡Dios mio! Tomaré la finca mañana desde la tarde hasta buon'otta.

Dados de odio:

- Noddo, él no quiere ir por este camino; ¿quieres dejármelo a mí?

Nodo dice:

- Sí bene.

Dados de odio.

- No digas nada; Yo creo que tendremos la panza, y él tendrá el caldo; cállate, y no digas nada: haz los arreglos para encontrarme contigo mañana dos horas antes de la hora de la cena, y harás lo que te diga, y verás el juego más hermoso que jamás hayas visto -; y así se detuvieron.

Benci, de regreso a su casa, fue a buscar una vaina blanca vieja de sombrero, y por casualidad encontró un sombrero, que ya había usado el padre de su esposa, el cual era muy grande y estaba sucio; se quitó la tela y quitó la vaina, y preparó una mochila, y metió dicha vaina dentro; y encontré uno agudo

medio brazo de largo, y de la punta hizo un poco de cebolla, y la puso en la alforja. Habiendo encontrado estos bienes, el otro día a la hora fijada se encontró con Noddo, y tenían a Michele Cini, que era corredor de comercio, y se juntaron, dice Benci:

- No sé, Michele, si conoces este hecho; la cosa es si y si.

Michele se concedió rápidamente. benci dice:

- Avanzarás un poco más, y llamarás a Benvegnuda, quien te traerá la llave del almacén, y a quien le gustaría ver unos fardos de mercadería; Noddo y yo entraremos a escondidas ytú la mantendrás a raya tanto como puedas; gira y gira las pacas, y dile que te ayude; y subimos a la cocina, y nos lo dejo a nosotros.

Y así lo ordenaron, llevando a Benci uno de sus soldados de infantería en una capa con la alforja y demás enseres domésticos. Y llega Michele Cini, y llama a la puerta, y llama a Benvegnuda, para que traiga la llave del almacén. Benvegnuda viene inmediatamente con las llaves. Michael dice:

- Abre, quiero ver unos fardos para venderle a Giovanni.

Dice la Benvegnuda:

- Cierra la puerta.

Michael dice:

- Giovanni está cerca, que viene con los mercaderes; solo déjalo abierto.Y

así lo hizo.

Una vez que ha ido a abrir el almacén, entra la brigada de alforjas y se dirige a la cocina. Cuando Michele ve a Benci subiendo con los demás, se dirige al almacén, que había abierto Benvegnuda, y allí da vueltas y vueltas, ayudándolo por un buen espacio. Benci y los demás, que estaban en la cocina, encontraron a micer Gherardo hirviendo mucho, y Benci inmediatamente tomó en su mano los enseres domésticos, con los que parecía querer trabajar, y sacó el afilado garfio y la vaina de la capilla; y metiendo dicho anzuelo en la olla, toma a Messer Gherardo con su mujer Monna Muletta; y sacándolo de la colada, lo metió enla alforja, y se lo dio al soldado de infantería, y dijo:

- Vete a casa y no digas nada.

Una vez que el soldado de infantería se hubo ido, Benci metió en la olla la vaina de la gorra volcada, y la meó dentro, y tapada como estaba, salieron de la cocina, y bajando las escaleras, salieron por la puerta aún abierta. Michele, que estaba con Benvegnuda en el almacén, cuando piensa que era mucho, dice:

Ciertamente, Giovanni Ducci ha tenido algunos lisiados; Cierra el almacén e iré a averiguar qué está haciendo.

Benvegnuda así lo hizo. Michele fue con Dios, y en el Rialto encontró a Noddo, que se partía de risa, dice:

- ¿Dónde está Benci?

Nodo dice:

- Fue a su casa a que sacaran la panza de la mochila, y la pusieran en una olla al fuego, porque si no estaba cruda, se cocinaba; y me dijo, cuando sea la hora, vamos allá a cenar.

Y así lo hicieron: por la hora de la cena Noddo y Michele con la mayor fiesta del mundo fueron a comer la dicha panza, esperando la gran fiesta que iban a tener con esta noticia. Por otro lado, la brigada que había comprado la barriga se dirige a cenar. Piero dijo en el camino:

- Llevo un buen año queriendo una barriga, y no he tenido la oportunidad de tenerla.

Tosco dice:

- Te diré lo mismo.

Juan dice:

- Esta noche nos quitaremos las ganas -; y así razonando, llegaron a casa: - Oh Benvegnuda, haz que cenemos.

Habiendo puesto agua en sus manos, se sientan a la mesa. Benvegnuda había hecho inmediatamente la sopa, como se hace, con especias y todo; y mete el mango del molinillo en la olla, lo saca, y lo pone en una palangana tan inmediatamente que no se dio cuenta de lo que era; pero inmediatamente tráelo a la mesa y al suppa; y empiezana manipular la sopa, y mientras comen encuentran tablas de picar, y traen vinagre, y todos destapan la palangana, y toman el cuchillo para cortar un trozo de panza, toman el cuchillo, no se podían ir, y quedaron buena pieza.

Finalmente uno dice:

- ¿O qué es esto?

El otro dice:

- Non so io, piglialo, e tiralo su.

- ¡Bien bien! o que diablos es esto? me parece una pequeña capilla.

- ¿Una capilla?

El que tenía sopa en la boca tira:

- En el guagnele, tenemos uno...

Llama a la Bienvenida; y ella agrega:

- Buena suerte para ti.

- ¿Eres tú el indeseable - dice Giovanni Ducci - o qué has traído a la mesa?

Dice que:

- Te he traído una barriga que me enviaste.

Dice el toscano, que se había levantado y estaba del lado de afuera:

- Mira si es panza.

Y tómalo alto.

Dice la Benvegnuda:

- Ay, ¿qué significa esto?

Tosco dice:

- Quiere decir pánico al pesto -; y habiendo abierto esta pequeña capilla, la doncella se había vuelto hacia la cocina y se la puso sobre la cabeza.

La criada lo tira al suelo:

- ¿Qué diablos es esto que haces?

Juan dice:

- Ven aquí: dime la verdad, ¿quién vino allí?

Ed ella dice:

- Vino Michele Cini.

Ellos dicen:

- Nuestros camaradas lo dejaron caer.

Y sabiendo cómo había llegado Michele, y lo que había hecho y dicho, casi lo detuvieron; Pedro diciendo:

- Bueno, últimamente he visto a Noddo reírse mucho.

El otro dice:

'Como si nos hubieran hecho la broma más suicida que hemos tenido, creo que nos han hecho mucho bien; habíamos dividido la compañía por una barriga.

Juan dice:

- Búscanos un poco de marzolino; y pon esta capilla en el lavadero, porque querré devolvérsela a Benci, que debe haber sido el autor de todo esto.

Los otros dijeron:

- Ya me lo enviaremos -; y quitan un plato, y tapan; y dicen: - Anda, dile a Benci que Giovanni Ducci le está mandando panceta de ternera.

Y llegando así a Benci con la embajada y el presente, Benci dice:

- Di qué gran merzè; pero que el mesonero lo engañó, porque éste es de oveja y no de ternera.

El soldado de infantería regresa y dice lo que han dicho Benci y los demás, y que era una oveja. Tosco dice:

- Y nos trató como ovejas.

Y con todo esto, los que lo tenían, y los que tenían que comerlo, estaban demasiado contentos con tan hermosa burla; y luego, al encontrarse, todos se rieron de tal manera que toda Venecia estuvo encantada durante ocho días.

Hoy los hombres serían asesinados; y fíjate que de esto se dice: “Hizo una broma cochina” sin embargo que aquella capillita estaba muy cochambrosa.

Y así los mercaderes se deleitaban el uno con el otro, y al mismo tiempo estaban contentos con lo que estaban haciendo, y lo apreciaban. Pero creo plenamente que entonces ocurrió lo contrario;

sin embargo, esa risa se convierte casi por completo en lágrimas por los defectos humanos, o por los juicios divinos.

NOVELA 99

Bartolino el hacedor de jubones, viendo a su dama ser muy negra, la muerde con bellas palabras, como si no demostrara que las entiende.

Bartolino jubón se casó con una mujer viuda, que era muy negra; y al acostarse por la noche, esta mujer se desnudó por completo y se sentó en la cama, santiguándose, diciendo sus oraciones. Ya estaba acostado Bartolino, y como no se acostó la señora, y él la miró, y le pareció que estaba en pollera de monja, porque sus carnes tenían ese color. Bartolino dice:

- Desvístete y vete a la cama.

La mujer dice:

- Estoy desnudo.

Bartolino lo toca; y ella chilla.

- ¿O estás diciendo verdad? ingresa abajo.

Y ella entró.

Dije esto porque estaba muy negra, tanto que, entre otras veces, Bartolino, cenando carne de cordero una mañana, y además, dijo que le iba muy bien con la salsa, como vago de ella. Delante de ellos llegó un pequeño plato de salsa.
Bartolino dice:

- ¿O qué quiere decir esto, que tengo tan poca salsa?

La mujer dijo:

- Y no se encontraron hierbas.

Bartolino dice:

- Me parece bien que busquen algo, que te lo comiste, por esa señal de que tu cara está toda verde.

La mujer dice:

- No es lo que piensas.

- ¿O qué es?

- Es que quiero quitarme de en medio esta carne de caza, quedarme en el campo está horrorizado.

Bartolino dice:

- Date muchos problemas, ya que después de que fuiste mi esposa te hizo la discusión varias veces, como si pensaras que yo no me había dado cuenta; y cuanto más ahuecas, más me parece que encuentras negro; y pues por mi amor, señora mía, no escarbéis más, que podréis encontrar el infierno, tan bajo descenderéis.

La mujer dijo:

- Ah, bien ista; Todavía quiero parecerme a los demás, y no quiero parecer un imbécil.

Bartolino dice:

- Ahora haz lo que quieras, porque a mi parecer es mejor que tapes la triste, que que la tapes.

La mujer dijo:

- No sé qué triste; si estoy triste, sufriré el daño.

Y si alguna vez hizo un dibuccio, de aquí en adelante hizo cuatro, tanto que se convirtió en arenque negro, y en retrospectiva siempre iba al mercado, pareciendole muy hermoso; y Bartolino quedó satisfecho, tanto con la mostarda como con la salsa.

La mujer está grandemente engañada de sí misma por el vicio de la vanagloria; y cuanto más sucio se ve en el espejo, menos se sabe; pero con nuevas artes se esfuerza por aparecer, sin dejar sola la cara ni ningún miembro, como Dios lo creó; y no penséis que lo más hermoso quees, en poco tiempo, como una flor, se marchita, y se marchita en su última vejez, y al fin se convierte en testio.

NOVELA C

Romolo del Bianco le dice al fraile en Santa Reparata, predicando sobre la usura, que él predica sobre los mendigos, sin embargo que allí eran todos pobres.

Me apetecía contar una pequeña historia de un viejito florentino que tiene bien ochenta años y aún vive, y se llama Romolo del Bianco. Tiene las palabras más nuevas del mundo en sus manos, y la mayoría de ellas filosóficas. Durante la Cuaresma va al sermón que se da por la noche en la iglesia principal de Santa Reparata, al que van todos los pobres laneros, después de haber salido y las tiendas están cerradas, y todavía van allí cuchillos y cuchillos y sirvientes. ; un joven fraile romitano predicaba todas las tardes sobre la usura, y que todos debían cuidarse de no prestar, porque era eso lo que llevaba al hombre a la perdición; y luego volvió también a la usura y los contratos ilícitos. Cuando Romolo del Bianco ha oído muy bien de esta usura, se levanta y dice:

- Messer lo fray, creí que ya os lo había dicho hace varias tardes, pero lo tuve presente, porque creía que salíais a predicar sobre otros temas que no fuera la usura; ahora me parece que no debes predicar sobre otra cosa; Quiero dejarles claro que no tienen palabras, porque todos los que ven en este sermón toman prestado, y no prestan, porque sólo tienen, y yo soy el primero. Y por tanto, si sabéis darnos algún consuelo en cuanto a nuestras deudas y en cuanto a lo que tenemos para dar a los demás, os lo suplico; cuánto no, y yo y los demás que allí estamos, podremos prescindir de venira tu sermón.

El fraile, y todo el sermón, parecían como olvidados de dónde venía esta boca, porque estaba oscuro, que casi no se veían; y sin embargo saben lo que fue
Romolo del Bianco, diciendo todos:

- Tiene mucha razón, porque no hay ninguno de nosotros que no deba más que la liebre.

Y el fraile en adelante predicó de la pobreza, como quería comportarse con paciencia; diciendo a menudo: “Beati pauperes, etc. ”, y se sintieron muy consolados por las palabras que Rómulo había predicado al predicador.

Y por eso conviene que el predicador sea tan discreto que si predica a un pueblo en una tierra rica por la usura, les reproche mucho por esto, y si predica a los pobres, los consuele de la pobreza; si están manchados de lujurias desenfrenadas, dicen contra ellas, y con extorsiones, así como con robos, y guerras, y así con los demás vicios de hacer lo mismo; para que no seareprendido por un pobre como él.